

ANTONIO UNGAR

Eva y las fieras



Lectulandia

Una historia de amor y muerte en un puerto fluvial de la selva. Un demoledor retrato de la violencia en la Colombia de finales del siglo xx.

En una barca a la deriva, en lo más profundo de las selvas del Orinoco, Eva se desangra y entre el sueño y la vigilia se pregunta si será encontrada, si llegará viva a una orilla, si su destino es entregar su cuerpo a los picos de los buitres. En la ciudad está su pasado remoto, del que ha sabido huir a tiempo. En el último puerto está lo vivido hace poco, y ahí también, esperándola, todos los que la quieren: su amante y su hija Abril.

Ambientada en la Colombia de finales de los años noventa, desgarrada por la guerra que fomentó el Estado entre paramilitares, militares y guerrillas, esta historia puede leerse como una metáfora de un país condenado a repetir sus errores y a empeorarlos, pero también como un viaje hacia el interior del alma de Eva, vida terca que, como la de la selva, se niega a callarse. Basada en hechos reales, escrita en una prosa nítida y contundente, la novela le propone al lector ser Eva entre las fieras y, como ella, jugarse la vida por los demás, que acá somos todos.

Antonio Ungar

Eva y las fieras

ePub r1.0

Titivillus 12.02.2022

Título original: *Eva y las fieras*
Antonio Ungar, 2021

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Eva y las fieras

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

Sobre el autor

Esta novela está basada en hechos reales ocurridos en Puerto Inírida, Colombia, entre el 17 y el 21 de noviembre de 1999.

La bala entró justo bajo la clavícula, pero Eva no sintió ningún dolor. Oyó el ruido de la carne desgarrándose, el ruido de su cuerpo cayendo al fondo. Se miró el hombro y no notó nada hasta que el pecho y la espalda empezaron a mojarse. Se preguntó si sería el agua estancada en la canoa, la sintió demasiado caliente. Consiguió levantar la cabeza unos centímetros, los suficientes, y la visión de la sangre y el golpe del dolor le llegaron al mismo tiempo. Un dolor como ningún otro: demasiado fuerte para los gritos, para las lágrimas, un dolor que le impidió volver a moverse y casi la asfixia. Como si no estuviera ahí, como si tanto dolor la hubiera sacado de su cuerpo, se preguntó si la bala le habría atravesado el corazón, si le habría reventado una arteria. Tal vez era así como se acababa todo. Tal vez esa era su muerte: tendida en un charco de sangre, en el fondo de una canoa a la deriva, en lo más profundo de las selvas del Orinoco. Sintió entonces una placidez muy dulce y recordó, antes de perder la conciencia, el viaje liviano de su primera dosis de heroína. Se rio en voz alta. Su primera dosis de heroína. Se rio más fuerte cuando oyó su propia risa. Y se dejó ir.

1

Nadie en el puerto conocía su primer nombre. Era Ochoa, era gordo y se declaraba embajador de las dragas de oro en los ríos Atabapo, Inírida y Guainía. Un jueves por la tarde, bajo las últimas gotas de un aguacero despiadado, apareció jadeando y cojeando en las escalinatas del Puesto de Salud. Desde el principio fingió una enfermedad vaga y generalizada, muy parecida a una real del trópico, aunque la única enfermedad que tenía era una necesidad desesperada, vertiginosa, nunca antes probada, de conocer a una mujer. A una mujer específica, viva, que respiraba entre las cuatro paredes del Puesto de Salud.

La enfermera Eva, alias Vale, alias la Titi, alias Ti, había llegado a Puerto Inírida nueve meses antes, y desde entonces no se había juntado con ningún hombre ni había hecho amigos. Se iba directamente del trabajo a un galpón que alquilaba cerca del puerto en el que solo había una cocina, un baño y una hamaca. No salía más que para comprar lo indispensable y su único momento de descanso consistía en ir todos los sábados a la misma hora al Caney, el único bailadero del puerto, para bailar sola, como flotando, muy por encima de lo que Ochoa veía como la mezquindad de las mujeres casadas y la vulnerabilidad de las solteras.

Tenía una fuerza que Ochoa nunca había visto en una mujer educada y de ciudad, pero al mismo tiempo parecía completamente entregada a un destino imposible de evadir, portadora única de un heroísmo que a él le pareció muy conmovedor, absolutamente dispuesta a morir de tristeza por un pasado muerto y a desaparecer sin pena ni gloria en uno de los últimos rincones de esa selva húmeda y oscura.

Lo primero que hizo Ochoa fue fingir fiebres de malaria, solamente para poder verla de cerca y en privado. Le pareció mucho más linda que en el bailadero. Se movía con esas maneras firmes de enfermera bien formada, entregada a su trabajo con la seriedad absoluta de una niña en un juego

importante, y eso lo impresionó lo suficiente como para decirle, pasados diez minutos, subido en la balanza, que no tenía nada: que no estaba enfermo, que había inventado lo de las fiebres para poder verla.

Ella lo miró de arriba abajo con una risa despectiva y lo hizo sentirse como lo que era: un cincuentón gordo, solo, aburrido y desesperado. Él no se dejó amedrentar. Le dijo que las noches de todos los sábados de los últimos dos meses las había pasado bebiendo desde muy temprano en el Caney, queriendo poder sacarla a bailar pero sin atreverse. Le dijo que quería conocerla, que por eso le había mentido. La invitó a comer, esa misma noche, en el único restaurante del puerto, reservado para burócratas y miembros de la marina.

Eva le respondió inmediatamente. Que era una enfermera, no una idiota ni una puta, y que a menos de que tuviera una enfermedad real, no volviera a buscarla. El Gordo, claro, hizo exactamente lo contrario. Ese encuentro lo hizo entender que solo podía conquistarla haciéndola reír o haciendo que se compadeciera de su insistencia desproporcionada, así es que tres veces a la semana, durante siete semanas, la esperó a las siete en punto en la puerta del Puesto de Salud, y en cada encuentro le soltó palabras de adolescente enamorado, de mala telenovela, que no coincidían con su aspecto ni con su oficio: que había estado toda la semana intentando enfermarse, que creía que el único mal que tenía era mal de amores, que si no podía verla no valía la pena vivir el resto del día.

El Gordo Ochoa era querido y temido por partes iguales, aunque todos, en ese puerto fluvial y en los demás del suroriente, sabían que lo mejor del negocio, el inmenso río Guaviare, no les pertenecía a sus patrones, sino al paramilitar Víctor Carriazo. Conocido como el Minero, antes de ser el dueño de una quinta parte de la tierra ganadera de los Llanos Orientales, del comercio de coca en las estribaciones de la cordillera Oriental, del comercio de armas y de los impuestos a los petroleros, había sido el patrón de las riquísimas minas de esmeraldas del altiplano.

Las dragas de oro eran el resultado de su última conquista y usaba para su control la misma astucia y el mismo puño de hierro que lo habían hecho dueño de todo lo demás. Doce dragas del río Guaviare eran suyas, las mejores, otras trece tenían dueños propios. Ancladas en afluentes menores y en caños quietos, selva adentro, pertenecían a quien estuviera dispuesto a arriesgarlo todo a cambio de ganancias mínimas, y eran explotadas por

mineros jovencísimos, sin nada que perder, acorralados por la vida en esa selva a cambio de comida y poco más.

Los jefes del Gordo Ochoa eran otros, dos hermanos caribeños apodados los Lindos, dueños silenciosos del transporte ilegal de gasolina por las fronteras orientales, de las extorsiones a los camioneros del norte y del oriente, de minas grandes de oro en las selvas del Darién, de dragas menores en el Inírida, e inversores ocasionales en los envíos importantes de cocaína a México por el Pacífico. Eran tan astutos como el Minero y tenían un ejército casi tan grande pero partido en unidades independientes, regado por todo el sur y el oriente del país.

El Gordo había nacido en uno de los pocos caseríos pacíficos de la Cordillera Central y toda su vida había trabajado para los Lindos. Se había ido de la casa a los trece años, huyendo de un papá maltratador, y su gusto por la aventura lo había llevado a los Llanos Orientales, en donde había empezado en lo más bajo de la organización, como ayudante raso de las bandas encargadas de amedrantar a los camioneros. Su carisma, su gusto por el peligro y su simpatía lo habían hecho muy pronto capataz de dragas de oro en el Chocó, y después coordinador de la logística del robo de gasolina en la frontera oriental.

Como todos los hombres exitosos de la economía ilegal, los Lindos entendían muy bien las reglas del control territorial. No se metían con los intereses del Minero, no entraban en zonas guerrilleras, siempre entregaban sin discutir las tierras que cualquiera de los ejércitos paramilitares necesitara, pagaban a los policías y a los militares lo que quisieran cobrarles, evitaban a los mafiosos grandes y su única relación con el narcotráfico eran inversiones muy esporádicas y siempre anónimas, a través de testaferros, en cargamentos que fueran especialmente rentables y seguros.

Comprando a los políticos necesarios habían construido un emporio criminal compartimentado y de bajísimo perfil, desconocido para la prensa, conocido solamente por sus víctimas, escondido en todos los rincones a los que el Estado no llegaba. Como premio por su manejo impecable del robo de gasolina y por su capacidad de supervivencia, y solo quince años después de haber empezado a trabajar con los Lindos, Ochoa había recibido la administración de todas las operaciones de minería en los tres ríos rentables de la cuenca del Orinoco. Su salario seguía siendo altísimo, pero además

ahora recibía comisiones generosas cuando la producción conjunta superaba lo esperado.

A la octava semana, a punto de abandonar el cortejo, Ochoa le dijo a Eva que, si no aceptaba salir con él, no le quedaría más remedio que darse una puñalada. Vio un atisbo de sonrisa en su cara, así es que decidió hacer realidad el chiste. El lunes siguiente, a las seis de la mañana, con la misma naturalidad y decisión con la que hacía todo, procedió a clavarle un cuchillo corto en un muslo. Versado en anatomía gracias a los vaivenes de la guerra, la puñalada no le rompió tendones ni ligamentos y el cuchillo quedó ahí clavado, con el mango saliendo de la herida ensangrentada. Para completar el efecto buscado se había puesto una pantaloneta que usaba de pijama y salió así a la calle: pantaloneta, pistola al cinto, barriga al aire y la misma sonrisa de conejo pícaro de siempre, a pesar del dolor y de la cojera.

Más seria y más molesta que nunca, Eva no tuvo más remedio que tenderlo en una camilla, quitarle el revólver y sacar el cuchillo mientras él soltaba carcajadas de dolor y seguía buscando una mirada suya. Esa misma noche se lo dejó claro. Y por fin la hizo ceder. O iba con él a comer y a bailar el viernes o la siguiente puñalada iba al cuello y se perdería al mejor hombre que había en toda la selva del Orinoco. Ella no se rio, no dejó de hacer lo que estaba haciendo, no lo miró a los ojos, pero le respondió, como definiendo una transacción legal, que aceptaba y que lo hacía solamente porque su deber como enfermera era proteger la vida humana, aunque esa vida fuera la de un gordo loco.

La afirmación era un chiste, el chiste serio de una mujer que había pasado por demasiado dolor para ser tan joven, pero un chiste al fin y al cabo, y Ochoa dejó el Puesto de Salud con la cara iluminada de dicha, para volver cinco minutos después con un ramo inmenso de las únicas flores que existen en el Orinoco, que no son flores: las silvestres del Inírida, como carbones encendidos, tan difíciles de conseguir en los pantanos.

El viernes siguiente a las siete de la noche Ochoa recogió a Eva en su galpón. El Gordo le preguntó por la niña Abril, y con cara de enfermera ella le dijo que no era asunto suyo, pero al mismo tiempo le respondió como si sí lo fuera: Abril estaba dormida, Abril era lo suficientemente grande como para quedarse sola, había una vecina amiga. Y se fueron. Él con la mejor camisa y

el mejor pantalón que tenía, ella con bluyines y una camiseta medio desteñida, como diciendo que nada de eso iba en serio, que solo lo hacía para ahorrarse otro herido en la sala de emergencias. Era la mujer más linda del mundo en los ojos de Ochoa, así es que no era necesario que se pusiera ropa cara, ni entonces ni nunca, y así se lo dijo, obteniendo como única respuesta una risita despectiva.

La interpretó como un buen síntoma y mientras caminaban al Caney, después de un silencio larguísimo, le dijo lo que pensaba de su existencia, sin esperar a conocerla más ni a estar borrachos. *La vida no es fácil para nadie, pero mucho menos en mi trabajo, Eva. A mi mejor amigo lo mató a machetazos un guerrillero borracho. A mis dos empleados más fieles, unos niños, los torturaron y los fusilaron los paramilitares en la plaza de un pueblo, frente a sus familias. A mi única mujer la violaron y la tiraron viva al río Vichada, nunca se supo quién ni por qué. No volver a relacionarse con nadie es la salida fácil, la de los cobardes.*

Y soltada esa sentencia atroz y salida de contexto, le propuso una apuesta, mientras las luces del Caney ya iluminaban sus caras. *Si antes de un mes no soy capaz de convencerla de salir de su cueva, me largo de este pueblo para siempre.*

El trabajo de seducción tardó exactamente el mes que Ochoa había propuesto como plazo para la apuesta. Durante los últimos cinco días estuvo convencido de haber perdido. Esa fuerza de voluntad, que era lo que más le gustaba de ella, parecía estar enteramente comprometida con el propósito de la autodestrucción, así es que la última tarde, bajo la ducha, preparándose para el baile, se preguntó si realmente tendría el valor de dejar que lo abandonara, de no verla más.

Cuando se dio cuenta de que realmente estaba asustado, por primera vez en la vida, mientras se perfumaba y se enderezaba el cuello de la única camisa, entendió que no solo no había podido convencerla de abrirse al mundo, de seguir viva, sino que en el proceso de intentar salvarla se había enamorado y ya no podía ni siquiera reírse de eso, ahí, en el espejo (de sí mismo, de la determinación trágica de ella, de su enamoramiento de telenovela).

Mientras caminaba hacia el Caney imaginándola, flaca, sudorosa, medio borracha en la mesa de siempre, entendió que ya no se podría librar, y lo que le había parecido un desafío como el que una mujer como ella se merecía, lo

suficientemente difícil, se le había convertido en una trampa de la que ya no saldría entero.

Llegado al Caney se sentó solo a una mesa y pidió una botella de ron blanco. Pasada media hora había rechazado tres invitaciones a otras mesas, había enfrentado la mirada socarrona de varios curiosos, se había puesto varios plazos incumplidos para largarse. Eva seguía sin aparecer. A las once habían llegado los mineros recién bajados de las barcas, los mineros que no les pertenecían a los Lindos, y en un solo grupo sucio y ruidoso se habían apoderado de tres mesas desde las que miraban con una mezcla de odio y curiosidad a todos los demás borrachos.

Los bachilleres llevaban ya media hora bebiendo bajo el inmenso techo de palma del Caney, oyendo las historias de los mineros, cuando empezaron a llegar las colegialas. Los bachilleres querían llevarse a alguna a la cama, no importaba a cuál, no importaba cómo. Tenían quince o dieciséis años como ellos y eran vírgenes también y por eso inalcanzables, pero también eran los únicos cuerpos posibles y los bachilleres estaban convencidos de que antes del fin de año sabrían lo que era estar dentro de una mujer.

Las colegialas, siempre serias, silenciosas, se sabían deseadas por esos hombres, claro, pero además por todos los del pueblo en edad de apareamiento. En Puerto Inírida, como en todos los pueblos del sur (y como en las minas de la cordillera, en las cocinas de los mafiosos, en los cambuches guerrilleros, en los campamentos paramilitares, en los arrabales de los cuarteles, en los caseríos de los colonos), afuera de pocos barrios ciegos en las ciudades, una mujer era mayor de edad cuando podía reproducirse.

Las niñas, esas niñas de Puerto Inírida tan parecidas a mujeres mayores y curtidas, no eran fáciles. Estaban creciendo a miles de kilómetros de los primeros pueblos llaneros, enfrentándose solas al aburrimiento, a sus familias, a la selva, a todos los depredadores, y estaban convencidas, casi nunca con razón, de que podían defenderse sin ayuda.

A las doce los bachilleres ya estaban muy borrachos. El que parecía más niño les decía a los mineros que le contaran más aventuras, que se lo describieran todo, acercándose demasiado a sus caras y a sus puñales. Se controlaba, ese niño envalentonado por el trago, para no decirlo: que mentían, que dejaran de mentir, que el trabajo en las dragas del oro era el peor de todos, que era como remover mierda del fondo de un pozo. Que lo confesaran: llevaban cuatro meses metidos en lo más profundo de la selva,

haciendo turnos de doce horas debajo del agua, con la piel cayéndoseles a jirones, respirando a oscuras por un tubo, devorados por parásitos y ensordecidos por el ruido de los motores que escupían barro todo el día y toda la noche.

Que lo dijeran, si estaban tan habladores: que ahora, acabados los cuatro meses del turno, recibirían una pequeña fortuna, sí, pero solamente como premio por haber sobrevivido en donde otros habían muerto. Que lo admitieran, si lo sabían: los dueños de las minas, esos que los llevaban en lanchitas con motor a las peores curvas de los ríos, los que al final les entregaban los fajos de billetes y los diez gramos de oro, eran los mismos dueños de los tres billares y del mercado de abarrotes en los que se gastarían hasta el último centavo (hasta que no hubiera qué comprar, hasta que la desesperación fuera tan grande como para tener que regresar al infierno de las dragas).

A pesar de los borrachos y de los vallenatos a todo volumen bajo el quiosco, cuando por fin llegó Eva todos se sintieron tranquilos. Los bachilleres habían conseguido evitar las peleas hasta las doce y no habían gritado y habían pagado lo bebido, los mineros no habían atacado a nadie y ahora el premio aparecía en la forma de Eva Díaz, casi flotando sobre las escalerillas de cemento.

Como siempre, bailó un poco sola, antes de sentarse a la mesa del Gordo. Después pasaron casi media hora en silencio, mirando a los estudiantes y a los lancheros y a los mineros que bailaban con sus parejitas. Y bebiendo. Media botella de ron y después otra media, y varias cervezas.

El Gordo estaba ya perdido en el embotamiento de la borrachera, preguntándose si debía irse a su casa a dormir o si debía acompañar a Eva hasta la puerta en esa que tal vez era su última noche juntos, cuando sintió la mano de ella, pequeñísima, liviana como un pájaro, posándose sobre la suya. Bailaron. La canción que estaba sonando y otra. Y otra más. Tambaleándose por la borrachera primero, mirándose a los ojos después. Cuando la tercera canción se acabó Eva fue hasta la mesa sin soltarle la mano, escondió bajo el cenicero los billetes que hacían falta y se lo llevó a los escalones del puerto.

Se sentó, esperó a que él hiciera lo mismo y puso esa mano ligerísima en su nuca y lo acercó como si fuera ella el hombre cincuentón y él la jovencita triste, y lo besó. Él, perplejo, anestesiado por el alcohol, solo pudo quedarse quieto, abrir ligeramente la boca y dejarla hacer. Acabado el beso, larguísimo,

dulcísimo, ella lo soltó, giró la cabeza para mirar las aguas negras del río, y sin mirarlo se lo explicó.

Estarían juntos. Su contrato de enfermera se acababa en seis meses. Si llegado ese plazo no se había enamorado de él, se iría de la selva con su hija, a la cordillera o al Caribe o al Pacífico. Si pasaba lo contrario, vivirían juntos. Lo que pasara después no podía preverlo. Entonces hizo silencio y se quedaron ahí, así, mirando el cielo sin luna, el río, la silueta negra de la selva: sin tocarse, sin abrir la boca, sabiendo los dos que en el silencio compartido se estaba sellando el trato, y que eso era una buena noticia.

Lo que no sabían entonces (y lo sabrían muy pronto, cuando ya fuera demasiado tarde) era que su destino dependía de gente a la que nunca habían visto: de la puntería de un paramilitar, de un gobernador magnánimo, de un niño con ambiciones de mafioso, de una proxeneta parecida a una abuela bondadosa. Y tampoco sabían, para su desgracia, que lo que los separaba de la muerte era solamente un rumor, el peor de los rumores, rugiendo entre las sombras de la manigua, amenazando con saltar y despedazar en un segundo todas las frágiles reglas de realidad conocida.

Abril antes de ser una niña.

En blanco y negro, en la pantalla de la máquina para hacer ecografías. Una mancha pixelada, como un puño metido entre nudos y sin embargo viva, latiendo.

Al verla, Eva decidió que no solo nacería en esa ciudad inmensa, contra todo y contra todos, sino que nacería saludable y que recibiría todo el amor que ella nunca había tenido.

Decidió que era una niña y no un niño antes de poder saberlo, y decidió también que la llamaría Abril. Sonó muy bien en su cabeza, Abril, como si el nombre definiera un tiempo nuevo, como si diciéndolo y oyéndolo pudiera por fin empezar otra vez desde cero, como si ella y su hija fueran las dos primeras mujeres sobre la tierra.

Eva no sabía quién era el papá ni quería averiguarlo. Cuando se enteró de que estaba embarazada llamó a su mejor amiga del colegio, más responsable y mucho más rica que ella. Se lo dijo todo: que estaba embarazada, que quería a la niña y que no tenía en dónde vivir. La amiga fingió estar entusiasmada, pero le preguntó más de una vez si valía la pena tener un niño en esas condiciones. Lo que le preocupaba, más que la logística, eran el carácter y el estilo de vida de la madre (las drogas, el trago, la promiscuidad), pero Eva estaba decidida y nada la haría cambiar de opinión. «Niña», la corrigió, es una niña, no un niño.

La amiga vivía en un apartamento propio con dos cuartos vacíos y tres baños. Estudiaba derecho y tenía muy claro lo que iba a hacer en la vida. Quería a Eva porque sí, por la infancia, pero no la entendía ni compartía sus intereses, así es que en las conversaciones que siguieron, como quien no quiere la cosa, le explicó cuáles serían las condiciones de la convivencia. En el apartamento nada de trago, nada de drogas. Orden y limpieza. Le daría hospedaje hasta cuando ella quisiera, era bueno para las dos estar acompañadas, pero Eva y nadie más sería la responsable de su propia salud y de la de la niña.

Siete meses después Eva se conmovió tanto al ver a esa personita salida de sus entrañas, recién hecha, que dejó la fiesta durante casi veinte semanas. Seguía recibiendo dinero de su papá, convencido de que estudiaba ciencias políticas en la mejor universidad del país. Llevaba un año sin verlo y los dos estaban muy felices con el trato. Habiéndolo convencido de que estudiaba, ella vivía con su dinero y a cambio no lo visitaba ni se interesaba por su vida, que para ese momento era la de un adicto al sexo que se gastaba todo en trago, cocaína y jovencitas necesitadas. Solo lo sabía ella, todo eso, y el dinero que entraba cada primero de mes era suficiente para que mantuviera la boca cerrada.

Pasados cinco meses de crianza y felicidad, de dar teteros y de dormir poco, de ver televisión y comer y no hacer nada más, una cena con amigos en el apartamento acabó en una botella de vino que pronto se convirtió en dos y luego en tres. Cuando los comensales se fueron, Eva se quedó bebiendo sola, en su cuarto. Casi a las tres de la mañana no aguantó más. Le dio a la niña la leche artificial de todas las noches, pero con unas gotas de la valeriana que ella misma usaba para el insomnio, y se fue directamente al bar del centro en el que estarían todos los conocidos.

Seguían allí, claro, y la recibieron de vuelta con los brazos abiertos y regalándole todo el trago y la mariguana que pudo meterse. A las tres de la mañana llegó al bar un estudiante de medicina. Caribeño, guapísimo, conversador, supo seducirla y en menos de quince minutos estaban besándose medio desnudos en un baño. De ahí salieron a un motel y a las diez de la mañana Eva se despertó y recordó que tenía una hija. Desde el motel llamó a una niñera solterona y retirada que había sido empleada en la casa de su infancia. La señora la felicitó por la niña y le dijo que podría ir esa tarde, que podría quedarse a dormir cuatro días, sí, que con mucho gusto.

Cuando regresó al apartamento antes de la hora de almuerzo, Abril estaba con su amiga, que intentaba sin éxito darle el biberón y que se la entregó sin decirle una palabra, mirándola de arriba abajo. Eva le dio el biberón, la durmió, se dio una ducha y esperó a la niñera viendo la televisión. A las cuatro, como estaba acordado, llegó. Viendo esa cara conocida, cálida, siempre sonriente, Eva se convenció de que no había nada por lo que sentirse culpable. Le entregó los teteros, le explicó lo básico, bajó por el ascensor, se despidió del portero y se montó en el carro del aspirante a médico.

Pasó cuatro días en la casa de los papás de él. Metidos en la piscina, bebiendo margaritas, tirando varias veces al día. Eva dichosa, creyendo que el

amor de su vida podía ser ese. La última noche el costeño la invitó a cenar en un restaurante de comida mexicana. Una hora después estaban completamente borrachos. Seis cervezas cada uno, dos vasitos de tequila, dos de mezcal. La sensación de borrachera y las ganas de tirar sin pausas fueron demasiado fuertes como para dejarlas y regresar al apartamento. Habló con la niñera, quien le dijo que Abril era una niña muy juiciosa y muy sonriente. Eva le preguntó cuánto le cobraría por tres días más.

Estuvo los tres días encerrada en el apartamento del médico, viendo películas de los años setenta y pidiendo comida a domicilio. Por la noche creyó que sería capaz de despedirse, de salir a la calle para buscar un taxi, de regresar a la vida real. Pero en vez de eso la voz de la dicha le aconsejó fumar más de esa mariguana dulcísima de la sierra que él le ofrecía a cambio de más sexo. Volvieron a salir de fiesta.

Fueron a una discoteca para jovencitos en el último piso de un rascacielos, recomendada por otro aspirante a médico, y fue ahí en donde Eva se enloqueció. El estudiante compró ácidos. La convenció de que era una experiencia mejor que la de cualquier otra droga, le dijo que se lo agradecería. En vez de ácidos le habían vendido una droga estimulante capaz de hacer que el consumidor se olvidara de quién era y en dónde estaba. Una pastilla amarilla que primero le dio a Eva un subidón como ningún otro, uno que casi la hace saltar desde la ventana de la discoteca para demostrar que podía volar, y después le dio una paranoia como nunca había sentido.

Creyó que todos los jovencitos que bailaban estaban ahí solamente para arrinconarla y asesinarla, y cuando dando empujones y perseguida por el estudiante, a quien ya no reconocía, consiguió salir a la calle, creyó que él también la estaba persiguiendo, que debía montarse en un taxi antes de que ese tipo la violara. Salió corriendo cerro arriba, hasta perderse en las callecitas más peligrosas del centro. Acabó sentada en un andén, con la cabeza entre las rodillas y los ojos muy abiertos, meciéndose hacia adelante y hacia atrás, repitiendo el mismo sonido gutural, hasta que una patrulla de la policía la salvó de las jaurías de ladrones sonrientes que a esa hora recorrían sin prisa los andenes buscando borrachitos.

Regresó al apartamento deprimida, derrotada, detestando para siempre al estudiante de medicina, pero el arrepentimiento le duró una semana. Siguió haciendo todo lo que el cuerpo le pedía, pero supo esconderlo muy bien. Pagaba por clases a las que nunca iba. Con el dinero de su papá, que era mucho, se iba de fiesta dos o tres o cuatro veces a la semana. Cinco meses después, como si nada hubiera aprendido de la noche con ácidos falsos, se

metió en un problema mayor. Llevaba dos días con sus noches bebiendo y bailando. A la mañana del tercero ella y los cinco borrachos que la acompañaban desayunaron en un amanecederio de taxistas en compañía de dos putas empericadas que habían conocido en el último bar y de dos jíbaros que habían aparecido en algún momento de la noche, felices por las buenas ventas.

No había nada de malo en ese escape pasajero de los barrios ricos de la ciudad y sí mucho de bueno: carcajadas, mariguana a la vista, botella de ron, caldo de costilla, arroz recalentado. A las nueve alguien mencionó una fiesta de música electrónica afuera de la ciudad, en la autopista del Norte, sin ninguna restricción. Eva miró al que hablaba. Era un niño de diecisiete o dieciocho años, con cara de haber dormido todavía menos que ella, un niño con quien se iría a la cama sin dudarlo, un niño capaz de enseñarle las virtudes de la música electrónica y de sus drogas correspondientes.

Para entonces las dos putas habían convencido a los jíbaros de las bondades de vender perico y pepas y éxtasis en una fiesta inmensa de niños ricos, así es que los diez acabaron llegando juntos. Ella y otros cinco jóvenes de buenas familias, dos jíbaros y dos putas en día de descanso. La fiesta estuvo mucho mejor que todas las que recordaba. Los jíbaros les habían regalado éxtasis sin cortar, de primera calidad, que los había hecho quererlos unos a los otros infinitamente. Eva nunca lo había probado y le pareció una droga mucho mejor que la mariguana, sobre todo en compañía de esos miles de jovencitos inocentes y ricos, despreocupados, convencidos de vivir en otro país, uno mucho menos pobre y en paz.

Eva y el niño guapo acabaron tirando debajo de la tarima. Ella nunca se había sentido tan bien, así es que además le aceptó una raya de coca que se convirtió en tres antes de que llegaran al parqueadero, en donde los esperaban buses contratados por los organizadores para devolver a los niños borrachos y trabados a sus barrios del norte. Se metieron a un hotel de cuatro estrellas con la plata de él y estuvieron tirando hasta las cinco de la tarde. Entre polvo y polvo fumaron mariguana y tomaron vodka, y cada polvo les pareció mejor que el anterior. A las cinco el niño le dijo que tenía que irse a clase, que llevaba una semana sin ir a la universidad. Pidió un taxi, la despidió con un beso largo, le dio su número de teléfono y le dijo que volverían a verse, en la misma rave, el fin de semana siguiente.

Dos segundos después de que él se hubiera ido de la habitación, el cuerpo se le empezó a calentar a Eva tanto que creyó que acabaría siendo víctima de una combustión espontánea. Nunca su cerebro había estado tan lúcido ni tan

confiado ni tan rápido, nunca su cuerpo había sentido tanto calor. Sin darse cuenta de estar haciéndolo, completamente absorta en la velocidad de sus propias ideas y en una sensación irrefrenable de libertad, de invencibilidad, se quitó la camisa, los pantalones, las medias, y trastabilló escaleras abajo hasta llegar al lobby del hotel gritando, como si en realidad hubiera llamas ardiendo sobre su piel.

El botones subió lo más rápido que pudo a la habitación y encontró un teléfono celular. Marcó un número que decía «papá» y fue él quien contestó.

Esa fue la penúltima fiesta de su vida joven. Asustada por los efectos de la droga, por la ausencia del miedo durante esas noches de juerga, por esa sensación que había sentido al final, que habría podido llevarla a la muerte, y deprimida por despertarse con la cuna de su bebecita al lado, decidió cambiar radicalmente de vida. Nada de trago ni de drogas ni de fiesta. Cuidar de Abril y estudiar enfermería para poder por fin largarse de esa ciudad que parecía empeñada en tragársela.

Usó toda su fuerza para cumplir la promesa. Asistió a clases, estudió, se concentró en cada detalle del crecimiento de Abril, respetó horarios, vio a sus compañeras de colegio y comió a intervalos fijos, prometiéndose en cada acción una vida más libre y real, después, con su hija, una vez cumplidas las exigencias de ese purgatorio.

Cuando la niña cumplió tres años, acabó la carrera de enfermería. Era una actividad despreciada por los de su clase, así es que apenas acabó dejó de ver a las de su colegio y a sus primos y a su papá, para evitar tener que dar explicaciones. Usó sus privilegios, eso sí, para conseguir su primer trabajo, como una de las tres enfermeras en jefe del pabellón de oncología de la mejor clínica privada de la ciudad.

Su turno era de ocho horas, entre las cinco de la mañana y la una de la tarde, así es que cuando Abril salía del kínder las dos pasaban las tardes comiendo helados o corriendo en los parques o viendo películas en el apartamento diminuto que había conseguido en un suburbio no demasiado aburrido, de clase media, y que pagaba con su propio dinero. Todo parecía por fin domesticado y no estaba dispuesta a sacrificar esa sensación de ser útil en el mundo, de estarse preparando para algo mejor.

3

La primera vez que la noticia se oyó en el puerto fue en la mejor cama de El Cielo, el único burdel.

Después del sexo, el cliente de Cindy, la menor de las tres putas, pagó una hora más por adelantado, solamente para hablar. Venía de estar metido, completamente solo y durante cuatro meses continuos, en un cambuche de la selva, esperando tres cargamentos de armas que nunca habían llegado. Su misión era recibir las cajas que le llevarían en una lancha por el caño y llamar a otras lanchas, escondidas en la selva, para que lo recogieran junto con las cajas, lo llevaran al puerto y cada vez lo devolvieran. Por eso recibiría el salario suficiente para vivir seis meses.

Metido en esos pantanos infectos había tenido leishmaniasis, fiebres de malaria, una diarrea continua de diez días que casi lo mata y una hinchazón en las piernas que no lo dejó caminar durante una semana. Se había fracturado un dedo del pie izquierdo intentando subir a un árbol para ver algo más que la penumbra bajo las copas cerradas. Había sido parasitado por liendres y piojos, devorado por mosquitos y hormigas. Al final, cojo, flaco y cubierto de llagas, había sido rescatado y llevado al pueblo, en donde no le habían dado el dinero prometido y le habían dicho que no lo habían dejado morir de hambre en el monte gracias a la caridad de un lanchero que se había ofrecido a recogerlo.

Ese sobreviviente anónimo, agradecido por poder contarle todo eso y por poder hacerle un resumen del resto de su vida (de exladrón, extraspachín, exguerrillero), estaba ahora tendido en la cama de Cindy, boca arriba, con las manos bajo la nuca, volteándose para mirar cómo esa mujer flaca y altísima salía de la ducha para seguir escuchándolo hasta que se acabara el tiempo pagado. Fue en momento en el que ella se quitó la toalla y se miró en el espejo medio desportillado de la puerta del baño, mostrando sus teticas pequeñísimas, su ombligo un poco salido, sus caderas muy anchas, cuando el hombre se lo contó.

*En una curva del alto río Irínida hay oro, Cindy. Mucho oro.
Tanto, que el pueblo entero se va a enriquecer.*

Yo hasta me consigo un trabajito de lanchero con curiara propia y me alquilo una casita para vivir tranquilo.

Ella se acercó a la cama después de untarse desodorante y le acarició la cabeza como a un hijo.

Así será, le dijo, apretándolo contra su pecho.

Todos nos haremos ricos, papito, todos-todos.

Su nombre real era Ana. Ana López. Había nacido en un pueblo de la cordillera en el que se sembraba café y caña de azúcar. Su mamá, dos de sus tías y su hermana mayor eran putas. Una de las tías y su hermana en España, desde donde mandaban dinero y desde donde llamaban pidiendo que ninguna otra se fuera, que la vida en los burdeles de carretera era demasiado dura. Desde que tenía memoria había estado entre putas. Se había criado en un caserón de la época colonial. En las dos habitaciones que daban a la calle dormían ella y sus cinco hermanos. Las de detrás del patio eran para los clientes, que primero atendieron sus tías y su mamá y después ella misma también.

Siempre escogió a sus clientes, siempre se sintió protegida en su casa. Cuando la banda de la zona subió el precio de la extorsión al negocio y su mamá tuvo que cerrar, Ana decidió irse con una vecina a trabajar en el burdel de un conocido, en Villavicencio. Era un prostíbulo para hombres adinerados que solo querían a mujeres menores de veinte años, altas y flacas como ella. Podían tener sexo en la habitación, en el hotel del patrón del negocio o en los hoteles de los clientes. Venían casi siempre de la selva, en donde tenían negocios de coca, de oro o de armas. Al principio Ana sintió miedo de esos tipos armados, vanidosos, perfumados, buscapleitos, pero tuvo la suerte de no encontrarse a alguno que quisiera maltratarla o hacer algo que ella no quisiera.

Podía poner sus propios precios y el patrón no le exigía más que una cuota diaria fija, que pagaba sin problema. El dinero que le sobraba no era demasiado, pero sí el suficiente para mandarle algo mensual a su mamá y para ir a visitarla una vez cada tres o cuatro meses. Sus patrones sabían que era una puta distinta y que se sentía querida y respetada, así es que la dejaban viajar, sabiendo que volvería siempre a desempeñar ese trabajo en el que era mejor que ninguna otra.

La buena suerte se le acabó una mañana de julio, en plena temporada de lluvias. Dos tipos se bajaron de una moto, subieron hasta la suite en la que vivía su patrón, golpearon a la puerta haciéndose pasar por los encargados de llevar el desayuno y le pegaron tres tiros en la cara y otros quince en el

cuerpo. Era una advertencia, pero Ana nunca supo quién la mandaba ni qué era lo que advertía ni por qué todo tenía que terminar así. A la mañana siguiente ella y las otras cinco mujeres asociadas al patrón fueron reunidas en el salón del hotel y se les informó que había cambio de dueños y cambio de reglas. Las tarifas y los porcentajes no serían fijos, los horarios de salida se restringirían, ninguna podría salir de la ciudad, ninguna podría negarse a recibir a los clientes.

El mandamás era un tipo gigantesco con rastros de viruela en la cara. Dijo que él mismo probaría a todas las putas y que si alguna no le gustaba, ese mismo día se iba a la calle. Ana tuvo que quedarse encerrada en su habitación dos días, con un matón cuidando la puerta. A la tercera noche la llamaron y un tipo la acompañó hasta la suite, la misma de su patrón anterior, que nunca le había puesto un dedo encima. El nuevo jefe la recibió en una bata de seda azul. Le ofreció cocaína, ella no quiso. La cogió del pelo, la tiró boca abajo en la cama, apoyó un codo en su nuca y la violó. Ella hizo lo posible para quitárselo de encima, por el dolor y la rabia, con la ilusión de que la pelea hiciera que la botaran a la calle.

Cuando el tipo acabó, gimiendo como un marrano, la besó en la boca y le dijo que era la mejor de todas. Antes de salir de la habitación, Ana supo que se escaparía, y que para hacerlo iba a necesitar de la ayuda de la mayor de las mujeres. La única posibilidad de sobrevivir era saliendo del hotel, pero también saliendo de la ciudad, desapareciendo. Sabiendo que el castigo era un tiro en la cabeza, la noche siguiente consiguieron bajar por un tubo hasta el patio de luces, convencer a un cocinero de que las metiera en un camión de provisiones e irse en el camión hasta la central de abastos. Desde ahí caminaron media hora hasta la estación de buses y se subieron al primero que salió, a medianoche, con destino a Puerto Gaitán.

Cuando se bajaron en el puerto les quedaba dinero para una noche en el único hotel y dos días de comida. Lo que hicieron entonces fue una estupidez que acabaría salvándoles la vida. Mientras encontraban cómo sobrevivir, por iniciativa de la mayor intentaron robar un celular para vendérselo al dueño del hotel. El dueño del hotel lo recibió y llamó a la policía. En dos motos las llevaron directamente a la cárcel, una casa de cemento y techos de zinc en donde había cinco mujeres que vivían del cultivo de matas de coca, otras dos putas acusadas de pelearse entre sí borrachas y, controlando toda la situación, con su calma y su carisma de siempre, sin pararse del camarote, la Madrina.

Simpatizaron inmediatamente y la Madrina les dijo que saldría dentro de un mes, que si ellas salían antes les pagaría el hotel y la comida, y les explicó

su plan. En el pueblo de Puerto Inírida, selva adentro, no había un burdel. Los hombres tenían que pasar el río Orinoco y el puesto de frontera para acostarse con putas venezolanas en San Fernando. Ella tenía ahorrado el dinero suficiente para comprar una casa, adecuarla y hospedar a tres putas. Y les dio todos los detalles del negocio: las tarifas que cobrarían serían negociables, ella cobraría una comisión fija, eran libres de rechazar a los clientes que quisieran, tendrían permisos de salida entre semana. Si estaban interesadas, había trabajo.

Acabaron saliendo una semana después que la Madrina, quien de su propio bolsillo pagó los pasajes de bus de regreso a Villavicencio y de ahí los de avioneta a Puerto Inírida. Les explicó que no les cobraría nada de eso, que lo consideraran un regalo, el viaje a una nueva vida. No les contó que entre las tres, con la ayuda de dos obreros, se encargarían de pegar los ladrillos y de poner las tejas para que una casona abandonada se convirtiera en burdel.

Al segundo día en el pueblo fue Ana quien acompañó a la Madrina hasta la última curva de la única carretera, hasta la tapa de un tanque de agua en la que estaba escondida una bolsa llena de dinero. Con sus manos muy rojas y calludas la mujer sacó la bolsa y Ana supo que no debía hacer preguntas, tampoco cuando recibió una parte del botín y la Madrina le dijo *Esto lo escondemos por la noche*. Ya le explicaría los detalles, o no, pero Ana supo inmediatamente que esos segundos de su vida se pagarían, llegado el momento, con la firmeza de una fidelidad absoluta.

Mucho después, pasada una semana desde que Ana oyera a su cliente hablando de las minas fantásticas de oro, la Madrina cumplió sesenta y cinco años. Las tres putas de El Cielo, que se lo debían todo, decidieron organizar una fiesta sin preguntarle. Llamaron a los cinco concejales que se iban por lo menos una vez al mes al prostíbulo, a dos tenientes de la marina, al subcomandante de la policía, al dueño del Caney y a su esposa, al dueño del billar, a los dueños del restaurante y de los dos mercados de abarrotes.

Pagaron los servicios de una cocinera, compraron los ingredientes para un sancocho de treinta personas, contrataron a dos niños para que llevaran treinta sillas del colegio, prendieran la fogata cerca del quiosco y repartieran los vasitos de cerveza y ron. Encargaron a la panadería dos pasteles gigantes. Los invitados y ellas sumaban quince personas, pero era una fiesta con putas y acabaron llegando el triple de comensales. El sonido corrió por cuenta del

dueño del Caney, quien además se llevó a su hijo mayor para que escogiera la música.

La Madrina había vivido once años en Puerto Irínida. Tres antes del asesinato y la cárcel, cuando no sabía nada de putas. Ocho después, cuando aprendió todo lo que había que saber. Había llegado al pueblo detrás de su marido, un pequeño ganadero de las sabanas del Espino, quien a través del contacto de un primo había estado en el pueblo una sola vez, ofreciendo carne, y había visto la oportunidad de negocio. Era un tipo de mirada torva, macizo, pegado a la tierra, trabajador incansable, y a pesar de todo eso estuvo tan seguro del negocio que apostó todo lo que tenía. Vendió la finca, las veinte reses, la casa, y con lo que le dieron se llevó a su esposa a ese puerto en mitad de la selva.

Pasaron una semana en la cabecera municipal, buscando la tierra que necesitaban. Cumplida la semana llegaron a una casa que debía tener menos de un año de construida pero ya estaba comida por el bosque joven. La habían levantado para albergar a los obreros que habían hecho la planta de energía nueva, a cien metros, y la carretera que iba hasta allá. Los únicos vecinos eran los operarios de la planta y los mineros de una draga, en un caño a menos de quinientos metros de la casa. La tierra, además, alcanzaba solamente para tres reses, pero la Madrina conocía bien la determinación de hierro de su esposo.

Pasado un año el hombre había talado veinte hectáreas de selva y estaba criando cincuenta reses para carne y diez para leche. Levantó cercas y postigos, sembró diez hectáreas de caña de azúcar y diez de yuca dulce, levantó la casa, la pintó, le puso puertas y ventanas, y lo hizo trabajando quince horas al día, solamente él y algunos ayudantes ocasionales, todos los días útiles. Parando solamente entre las ocho de la noche de los sábados y las tres de la tarde de los domingos. A las ocho, todos los sábados, lloviera o no, llegaban los cinco operarios de la planta de energía. No tenían que llevar comida ni bebida. La Madrina les preparaba pollo o carne con arroz y yuca. Su marido les daba el aguardiente.

Eran hombres de pocas palabras, los cinco. Estaban de acuerdo en que las mujeres no debían beber. Y en que ellos podían hacerlo hasta quedar inconscientes. Y eso pasaba casi todos los sábados. Desde el primero, en el que el marido los llevó con la excusa de que se conocieran, siendo vecinos, hasta el último, que acabó con un hacha hundida en su cráneo. Se sentaban.

Él hablaba de sus vacas. De las plagas. De las inundaciones. De los incendios. Los otros cinco, jovencísimos, intentaban meter en la conversación algo acerca de las putas, de la música de moda, de los narcos que estaban comprando toda la tierra. Pero el viejo no estaba para conversar, sino para echar su discurso. Solo pero acompañado, para no volverse loco del todo.

La locura se le salía a las tres y las cuatro de la mañana. Los operarios ya lo conocían y se iban discretamente, sin despedirse, para que no recordara que ellos existían. Porque a esas horas ya creía que lo único que existía era él y sus ganas de fornicar. La Madrina sabía que debía esperarlo en el cuarto, con el único regalo que le había dado desde que se habían conocido, una bata de seda: acostada en medio de la cama, con las piernas abiertas y sin calzones. Como esperando al toro en una corrida. Sabía también que no hacerlo era motivo para una paliza. Con el rejo, con un palo, con una silla, con lo que tuviera él a mano. Cinco palizas le había dado por tratar de convencerlo de no intentarlo.

En la selva, por cansancio o por la edad o porque ya no encontraba nada excitante en el cuerpo macizo de la Madrina, no intentaba desnudarla entre semana. Solamente lo hacía los sábados por la noche. Cuando ella lo oía trastabillando por el barandal de las habitaciones cerraba los ojos, abría las piernas y esperaba conteniendo la respiración. Algunas noches era él mismo quien la empujaba, le cerraba las piernas y caía rendido en un sueño profundo y con pesadillas que lo hacían sentarse y gritar, y de las que no recordaba nada a la mañana siguiente.

Pero estaban también las otras noches. Las de la terquedad, que también acababan en nada. Su marido entraba, la silueta de su cuerpo macizo cortando la luz del único bombillo del pasillo. Y con él los gritos. Puta. Zorra. Malparida cochina. Y así, hasta que por fin conseguía quitarse los pantalones y los calzoncillos. Después la escena nunca duraba más de cinco minutos. El hombre le mordía las tetas, le agarraba los muslos con las dos manos, le metía la lengua en la boca. Nada de eso lo excitaba. La puteaba un poco más, le daba unas cuantas cachetadas, se daba la vuelta resignado a su mala suerte, y se caía en el suelo, derrotado por el sueño.

Esa noche, la última de su vida, después de quitarse los pantalones y los calzoncillos, el viejo vio el rejo que había dejado encima de la silla y decidió que tal vez golpeándola antes de tocarla podría excitarse. Levantó el rejo, medio consciente del aspecto que tenía su corpachón de oso en la penumbra, y cuando estaba a punto de asestar el primer golpe a las piernas, pisó uno de sus zapatos, trastabilló, pisó el otro y se cayó de bruces contra la pared. La

Madrina no pudo contener una carcajada. Y al oírlo blasfemar y reventar a patadas una silla y buscar, ya en cuatro patas, el rejo que había dejado caer, las carcajadas empezaron a salir del pecho de ella sin control, cada vez más histéricas, a un volumen cada vez mayor, hasta que el hombre pudo ponerse de pie ya con la fusta en la mano y alcanzó a gritarle «Esta noche se muere, puta».

El que se murió, gracias a la clarividencia que la risa le dio a la Madrina, fue él. Colgada en la pared sobre la silla estaba la única decoración de la casa, el hacha que había usado él para talar el primer bosque de su primera finca trabajada, cuando tenía trece años. En el mango del hacha estaban tallados el escudo y la bandera de su región natal, la de los colonos más duros de la cordillera. Al verlo lanzarse hacia la cama la Madrina entendió que en esa repentina determinación precisa, casi sobria, estaba la capacidad de matarla. No le daría tiempo de correr, no aguantaría una embestida suya ni le daría un segundo para saltar por la ventana. Dio un brinco que la puso en el costado izquierdo de la cama, frente a la silla, y le extrañó la facilidad con que el hacha acabó en su mano derecha.

El primer fuetazo le cayó en la cara. No lo sintió hasta que no recibió el segundo, en el pecho, seguido de un puño en la frente que la sentó en la poltrona. El hombre botó el rejo al piso, como si hubiera descubierto que podía someterla a los puños, y ese fue su último error. Erró el segundo puño y ella alcanzó a empujarlo y a ponerse de pie a su lado. Tuvo menos de un segundo para decidir si iba a correr por el barandal al potrero para esconderse hasta el amanecer, o si iba a enfrentarlo. Fue él quien decidió por los dos. Le metió un puñetazo en el vientre que la dobló del dolor pero que no consiguió hacerla soltar el hacha. El bombillo del corredor alcanzó a iluminarle a él los ojitos de marrano y los dientecitos pequeñísimos, brillantes, cuando ella, con una fuerza mucho mayor de la que creía tener, le lanzó el hachazo.

El hacha estaba oxidada, no había sido afilada durante más de treinta años, pero fue tanta la ira en el movimiento que el hombre quedó sentado, recostado contra el marco de la cama, con el mango saliéndole de la cabeza como si fuera el personaje de un dibujo animado. La Madrina no esperó a ver cómo la sangre inundaba el cuarto. Se quitó la bata de seda y durmió así, sola, desnuda y sin anjeo a pesar de los insectos, en el suelo del barandal. Se levantó once horas después. Preparó el mejor almuerzo que pudo. Sacó la mesa de la cocina y almorzó en medio del primer potrero, sola, como si se hubiera vuelto loca.

Pero loca no se había vuelto. Ese mismo domingo, sin volver al cuarto para ver al difunto, le vendió todas las reses y la tierra al dueño de las dragas cercanas, con excepción de aquella sobre la que estaba construida la casa, y antes de largarse usó el cuchillo más grande de la cocina para destripar el colchón y sacar cinco fajos de billetes sucios que procedió a guardar en un frasco plástico de la cocina. Antes de salir por última vez devolvió el colchón y la mesa a su lugar, lavó la loza, barrió y limpió todo menos su propia habitación. Después sacó la pala pequeña, la que usaba para las materas del barandal, y se fue al pueblo caminando.

Pasados cinco minutos se salió de la carretera para hacer un agujero de más de un metro de profundidad en el que enterró el frasco con los billetes, justo al lado de la caja de reserva del acueducto, cubierto por una tapa de cemento demasiado grande, en la única colina de la sabana talada, adonde nunca llegaban las inundaciones. Durante la media hora que tardó en llegar a la estación de policía pensó, como si nunca se hubiera dado cuenta, como si nunca hubiera querido, que no conocía a nadie en ese pueblo. Absolutamente a nadie. Solamente al marido y a sus compañeros de borrachera.

Al pasar por el puerto lanzó la palita al río y giró para tomar la calle principal, iluminada solo por la luna naciente, hasta la estación de policía. La recibió un policía gordo, rubio, medio dormido. La hizo sentarse en una banca coja y le preguntó en qué podía ayudarle. Ella se lo contó todo, tal y como había sucedido. Había asesinado a su marido, dijo. De un hachazo, la noche anterior. Lo había hecho porque de no hacerlo la muerta habría sido ella. Se puso de pie, le mostró la marca en la cara y se bajó un poco la camisa para que el gordo viera también la marca en el pecho, justo encima del nacimiento del seno izquierdo. Lo había dejado en el sitio en que lo había matado, no había sido capaz de limpiar ni de verlo de nuevo ni de decírselo a nadie. El gordo se puso de pie, la dejó sola, volvió con otro policía, altísimo, y le pidió que le repitiera lo que acababa de decir.

El cumpleaños de la Madrina fue un éxito y lo fue desde antes de empezar. Todos los que entraron a la casa por primera vez se sorprendieron al ver qué tan limpia estaba, cómo las putas tenían buenos baños personales, neveras nuevas, un comedor, una sala con tres sofás amplios. Las putas, arregladas como si fueran a un matrimonio, abrían la puerta con una gran sonrisa, y llevaban a quien llegara hasta el jardín, con cinco quioscos y diez hamacas, que al fondo limitaba con la selva.

La fiesta se alargó hasta las siete de la mañana, cuando dos de las putas asaron carne y pescado y sirvieron caldos de costilla de res. Ninguna se acostó esa noche con los clientes. Ninguno de los clientes lo pidió tampoco. Entendieron que en una celebración así comprar sexo con plata no solo habría sido incorrecto, sino que habría arruinado la ilusión de la que todos estaban participando (esa escena de teatro casi cómica en la que criminales y policías, profesores y marinos, políticos y putas eran hermanos y primos y cuñados y nueros).

A las nueve de la mañana del día siguiente las putas sacaron los dos pasteles, aunque ya solo quedaban quince comensales. La Madrina dio un pequeño discurso en el que agradeció a la vida por haberla salvado de su marido, a las presas por haberla tratado tan bien, a los cuidadores del puteadero por haber confiado en ella desde el primer día, a los clientes de las putas por nunca haber causado problemas, y a las putas por ser como sus hijas, por cuidarla y protegerla. El «Cumpleaños feliz» sonó en versión de salsa en los parlantes y después fue cantado por todos los asistentes y al final la Madrina, tan feliz como una niña, apagó las velas.

Acorralado por las tristezas del pasado, muy borracho después de pasar toda la tarde de un domingo bebiendo ron solo, en su casa, el doctor Andrade, médico principal del único Puesto de Salud, acabó yendo, por primera vez en su vida, a un burdel. Para su sorpresa era una casa bien iluminada, limpia, con un árbol de mango en la mitad de un patio muy amplio y buena salsa sonando en los parlantes. Antes de que lo pidiera, la Madrina en persona le sirvió una jarra grande de limonada, lo hizo sentarse a una mesa en el patio y le ofreció empanadas. Era domingo y al día siguiente todos los hombres del pueblo, él incluido, debían madrugar, así es que esa mujer morena, altísima, con una sonrisa dura pero cálida y comprensiva como la de una mamá, lo recibió como habría recibido a un pariente venido de lejos.

Solo viendo su cara y su forma de caminar, la Madrina entendió que el doctor Andrade nunca había estado en un burdel, así es que pasados cinco minutos le ofreció sancocho y sin esperar su respuesta se lo sirvió. Cuando empezó a comer llegaron las tres putas. Jovencísimas, sin cara de ser consumidoras de droga y sobrias. Cindy, Marcela y Lisa. Durante los diez minutos en los que él comió, las tres entendieron que el médico ya había decidido acostarse con Ana, quien se llamaba a sí misma Cindy. No tuvo que decirlo y ellas solamente se retiraron con la excusa de recoger los platos y no volvieron. Ana, contenta de tener a ese cliente limpio y educado, lo llevó de la mano hasta las dos mecedoras que había debajo de las ramas del mango y le hizo preguntas acerca de su trabajo, de su pasado, de sus gustos.

El doctor Andrade las respondió todas sinceramente y a su vez preguntó por la vida de esa jovencita que parecía ser feliz a pesar de las atrocidades que la habían llevado a la selva (él estaba seguro acerca de las atrocidades, siempre era así, pero se equivocaba a medias). Cuando se quedaron sin palabras, como si fuera una consecuencia natural de la conversación, ella posó una mano en la entrepierna del médico, lo acarició un poco y cuando sintió que estaba listo lo llevó de la mano a su cuarto. Lo acostó en la cama como si acostara a un niño y abrió la puerta del baño y la cortina de la ducha para que

la viera bañarse. Era alta, de cintura ancha y tetas puntudas, morena, con pelo largo sin hebillas ni arreglos. No usaba maquillaje, tampoco, para acentuar el aspecto de adolescente que parecía gustarles tanto a los hombres en general y a los colonos solitarios de Puerto Inírida en particular.

El sexo fue mucho mejor de lo que los dos esperaban. El doctor llevaba tres años sin acostarse con una mujer por culpa de una tristeza enconada, imposible de desterrar, y Cindy entendió esa tristeza y usó todas sus artes para curarla aunque fuera por unas horas. El doctor terminó tres veces, antes de la madrugada, ella fingió lo mismo sin odiarlo, y antes de las siete Andrade se levantó para avisarle a Eva desde el teléfono del mostrador que no llegaría al Puesto de Salud por estar enfermo. Después, como si ella fuera su esposa y no una puta profesional, durmió en los brazos de Cindy hasta el mediodía.

Salió de la casa feliz, hambriento, respirando profundo, entendiendo por fin que llevaba tres años triste y sabiendo que regresaría, todo lo que pudiera: que no ahorraría ni un peso de su salario, que prefería volver a la ciudad sin nada a dejar de ver a esa jovencita que (sabía que era el deseo hablando pero no le importaba) lo había entendido como nadie antes en su vida.

La primera vez que el doctor oyó el rumor fue en la cafetería a la que llamaban «La de los pensionados». A la cafetería de los pensionados iban los pensionados, pero también los encargados de las obras y el único médico del pueblo. Se hablaba siempre de las noticias internacionales y nacionales, que oían a través de la radio y que leían en el periódico llegado una vez a la semana desde la capital.

Ese lunes estaban hablando de otra guerra inminente en el Medio Oriente cuando entró, marcando el terreno con su bastón de ébano, el pensionado más viejo. Caminó hasta el mostrador, pidió una avena con canela y se sentó a la mesa que compartían Andrade, un ingeniero civil y otros dos ancianos. Ya sorbiendo dijo en voz demasiado alta que a las nueve de la noche se jugaría ajedrez como siempre y que vendrían jóvenes del colegio departamental. Y acto seguido contó, dándolo por hecho, lo que le había dicho su nieto mayor: en una curva del alto Inírida, a tres días en lancha, habían encontrado oro. Tanto, tantísimo oro, que el pueblo estaba a punto de cambiar.

Los otros dos viejos aprovecharon para hablar de las bonanzas anteriores. La de la coca, la de las armas, la de la madera ilegal, para concluir, dejando largos silencios entre las frases sentenciosas, que nada bueno salía de la riqueza en un sitio como ese. El ingeniero esperó pacientemente hasta que

acabaron para contradecirlos. La riqueza del oro, a diferencia de las otras riquezas, dijo, podía durar décadas, y ni la policía ni el ejército la perseguían. Los equilibrios entre los mineros de la cuenca del Orinoco, además, garantizaban que no habría violencia. Plata nueva entrando al pueblo era siempre una buena noticia. Cuando acabó, muy orgulloso de sus palabras y del silencio que siguió, propuso, medio en broma medio en serio, un brindis por los buenos tiempos que se avecinaban. El más viejo cerró la conversación con un *Que Dios lo escuche*.

Cuando el ingeniero vio la cara de sorna del médico, decidió enfrentarlo. *El doctor Andrade no brinda porque sabe algo que no sabemos y no nos lo va a contar, el muy líchigo*. Nadie se rio. Era el momento indicado para una frase conciliadora o un chiste, pero Andrade no creía que esos fueran tiempos para reírse.

—*Lo único seguro es que si el oro que hay es tanto como dicen, no habrá tratado entre mineros que valga.*

—*Lo dicho: el doctor Andrade sabe algo que no sabemos.*

—*No sé nada que usted no sepa, ingeniero.*

—*Lo que sabemos, doctor, es que la plata siempre es buena.*

Y con una gran sonrisa en la boca el ingeniero levantó otra vez su taza de café y propuso un segundo brindis, esta vez por la plata. Solo lo secundó el más viejo. Los otros dos quisieron saber la opinión del doctor Andrade. El que se la pidió fue un exsecretario de la alcaldía, gordo, muy bajito, muy callado.

—*No hay mucho que decir. Si hay tanto oro es seguro que va a haber guerra. Muertos y heridos. El Puesto de Salud tiene reservas de sangre para tres heridos graves, antibióticos para diez infecciones, gasas y remedios para tratar las heridas de diez más, suero para quince días de cinco enfermos. Ninguna autoridad, tampoco en el caso de una guerra, me va a traer todo lo que necesito. Los muertos entonces no solamente van a flotar en lo alto del río Inírida, también van a empezar a salir en camilla y directamente del cuarto de emergencias al cementerio.*

Dicho eso levantó una mano rígida a manera de despedida y salió a enfrentar el último sol de la tarde.

Fue después del cumpleaños número cinco de Abril. Menos de dos meses habían pasado desde la penúltima fiesta cuando se encontró en un centro comercial a una amiga del barrio tan fiestera como ella. Le aceptó la invitación a cenar en un restaurante muy caro del norte. Las cervezas se volvieron güisquis y los güisquis dieron paso a la mariguana en el apartamento de otros conocidos del colegio y después en el apartamento de conocidos de esos conocidos. Eva se dijo que esa sería la última fiesta de su vida. Llamó a la clínica a decir que estaba enferma y consiguió quien la reemplazara. Pasó tres días bebiendo y fumando mariguana y una sustancia dulce y reconfortante que recibió sin hacer preguntas, hasta que el domingo a las siete de la mañana se despertó en un apartamento muy lujoso.

No sabía cómo había llegado ahí. Los compañeros de la fiesta de la noche eran drogadictos, drogadictos de clase media, hijos de intelectuales, tipos que no tenían el dinero para pagarse un apartamento así. Estaba en una cama doble, en un cuarto inmenso y abigarrado de objetos caros y de cuadros y tapetes. La respuesta le llegó inmediatamente. La puerta de un baño se abrió y salió, con una bata abierta por delante, uno de los políticos más importantes del país. De unos setenta años, con una gran barriga flácida sobre una verga diminuta, traía una sonrisa que solamente podía querer decir que habían estado fornicando por la noche.

Entonces cayó en la cuenta de que estaba desnuda. Como pudo se envolvió en la sábana, caminó hasta el baño consiguiendo evitar al viejo y adentro encontró su ropa. Cuando salió, el hombre estaba completamente desnudo en medio de la cama, con las piernas muy abiertas. Eva sintió náuseas, tiró la puerta y corrió a un baño del pasillo para vomitar. Sentada en el suelo del baño intentó entender cómo había llegado hasta ahí. Lo último que recordaba era un brindis con un vino muy caro, en la sala de una casa muy lujosa del norte. Le habían puesto algo en la copa. O ella misma, borracha y trabada y con ganas de caer más rápido que siempre, se había desnudado y se había dejado penetrar por el viejo.

Salió y consiguió caminar hasta su apartamento sin vomitar en la calle. Era un jueves, pero su compañera había invitado a otras tres del colegio que habían llegado con novios y amigos. Eva fingió estar muy bien. En sus cinco sentidos. Conversó como si nada con esas jovencitas tan distintas a ella, tan convencionales, tan seguras de lo que el futuro les depararía, pero de repente oyó que en un rincón del salón se mencionaban las palabras Puerto Inírida.

La única selva que había visto Eva era la que rodeaba la ciudad de Leticia, en el departamento del Amazonas, a la que había ido como turista. Siempre había querido conocer el río Orinoco, así es que de la mejor manera que pudo abandonó la conversación con sus amigas, se puso de pie y se unió a un grupo en el que estaba hablando un estudiante de medicina. Había pasado cuatro meses en ese puerto y ahora vivía en la ciudad de Manaos, en la Amazonía brasilera. En medio de una frase Eva sintió que, como en una telenovela, su destino se estaba manifestando en ese preciso momento.

Tal vez lo que podía curarla del tedio de Bogotá, de ese vacío que no se llenaba con nada, de ese frío comiéndosela por dentro, era la selva. Preguntó si existía un hospital, en el puerto. El médico le dijo que no, que había un centro de salud con dos enfermeras cuyos contratos se renovaban cada año. Que las enfermeras eran siempre demasiado jóvenes e inexpertas, y que nunca aguantaban el aislamiento de la manigua.

Esa misma semana Eva llamó al Ministerio de Salud para pedir trabajo. Le dijeron que de ellos no dependía Inírida. Que había una Secretaría de Salud del departamento del Guainía, y que el departamento del Guainía tenía solamente un municipio, así es que tendría que llamar al puerto. Lo intentó por teléfono, pero la pasaban de una oficina a otra y le daban instrucciones contradictorias. Pasadas tres semanas no se le habían quitado las ganas de conocer la selva, así es que pidió los nueve días de vacaciones que tenía acumulados en la clínica, compró dos pasajes y se llevó a Abril.

En el pueblo dejó dos hojas de vida con sus calificaciones y sus datos de contacto. Dedicó otros cuatro días a hacer todas las visitas turísticas posibles. Caño Coco, Caño Mabuquén, los Cerros de Mavicure, las rocas del río Atabapo. Un día antes de regresar a Bogotá visitó por fin el Puesto de Salud. Habló con el doctor Andrade y le dijo quién era y por qué había ido. Andrade fue muy amable. Le presentó a las enfermeras, le dijo que sería un placer trabajar con ella y que una de las dos estaba a punto de irse. Después de salir, Eva se sentó con Abril a comer helado en unas sillitas de plástico, bajo la sombra de un nogal gigantesco, justo frente al Puesto de Salud.

Fue entonces cuando ocurrió el milagro. Mientras Eva y Abril jugaban a las adivinanzas, una avioneta se enredó en los árboles, a diez minutos por agua del pueblo. Se podía llegar hasta el sitio del accidente por uno de los caños inundados, así es que pasados quince minutos empezaron a llegar los heridos. Once en total. Cinco muy graves. Cuando Eva empezó a ver los cuerpos mutilados que eran bajados de carros particulares, le dijo a Abril que la esperara en la panadería viendo la televisión, cruzó la calle y ofreció ayuda. Las dos enfermeras no daban abasto. Sin mirar a Eva, mirando un brazo fracturado en tres, el médico le extendió una bata y una mascarilla.

Estuvieron trabajando toda la noche. A Abril Eva la llevó corriendo a la casa de una de las enfermeras, en donde la acostó en una hamaca y la dejó medio dormida frente al televisor. Dos de los pacientes se murieron durante la primera hora. Tuvieron que amputar media pierna, hacer una operación para extraer un trozo del fuselaje incrustado en un abdomen y enyesar a cinco de los sobrevivientes. A las seis de la mañana era claro que quienes no habían muerto estaban fuera de peligro, y el doctor y las tres enfermeras se sentaron a tomarse un café en las escalinatas de entrada. Andrade le dijo que acababan de cambiar al secretario de Salud del departamento. Que era un viejo conocido y uno de sus pacientes. Haría que la contrataran antes de tiempo. Eva quiso darle un abrazo, pero antes de que pudiera decir gracias entendió que Andrade era generoso y recto, pero no idiota.

El doctor giró la cabeza, la miró muy serio y le dijo que el Puesto de Salud se regía por unas normas. Y que no había excepciones a esas normas. Nada de ausencias injustificadas, nada de trago, nada de drogas. Eva entendió que se lo decía a ella directamente, no a cualquier enfermera pidiendo trabajo, y se sintió aún más feliz. Por tener un jefe que la ayudaría a controlarse, pero también porque su situación era mucho peor de lo que la imaginaba, si ya se le veía en la cara la vida que llevaba. Si estoy tan mal, pensó, lo único que puede salvarme es este pueblo en el culo del mundo. Cuando terminó el café se despidió de todos, le dio a Andrade un papelito con su número de teléfono, le pidió el suyo, le dijo que volvería, fue a la casa de la enfermera y caminó con Abril hasta el hotel y de ahí directamente al aeropuerto en un taxi.

Es entonces cuando los ve. Buitres tan grandes como cóndores. Dan vueltas sobre la curiara, siguen desde las alturas el descenso sobre la corriente. Buitres de alas negrísimas, inmensas, cortadas contra el cielo azul, buitres de picos como garfios, excitados por el olor de su herida, ahuyentados por ahora gracias al dolor, que sigue siendo tan fuerte como para que Eva no pierda la consciencia y no entregue todavía su cuerpo.

6

Parecía un galpón vacío. Cuatro muros pelados, el techo altísimo a dos aguas sostenido por vigas y cerchas metálicas a la vista, claraboyas en los dos lados más cortos, tres ventanas minúsculas en los más largos. En una esquina, el mesón de una cocina nueva, la nevera, una mesa plástica y nueva también, cinco sillas. En la esquina opuesta, una camita perfectamente tendida con sábanas moradas. Muy cerca un sofá y la puerta de un baño inmenso con closet y patio propio. En la tercera esquina un colchón doble sobre el suelo de granito. Y en la mitad, exactamente debajo de un ventilador, iluminada esa mañana por la luz de las once, una hamaca dos veces más grande que una normal, en la que todavía, a pesar de la hora, abrazados, sudorosos, dormían profundamente Eva y Gordo Ochoa.

Se despertó primero él, con una mano sobre uno de los pechos blanquísimos de ella. Lo apretó solo para ver cómo ella sonreía como una niña, le daba la espalda y seguía durmiendo. Se puso de pie, fue al baño, se metió diez minutos bajo el agua helada y salió a preparar el desayuno. Café, huevos fritos, jugo de naranjas exprimidas a mano. La despertó llevándole la taza de café a la hamaca y se sentó en el suelo de granito. Era el mayor de los placeres. Mirarla: cómo se levantaba, cómo se bañaba, cómo se ponía muy seria para ir a trabajar, cómo en la noche cerraba los ojos y separaba los labios temblorosos cuando él la penetraba, como los cerraba al abrazar su cabezota redonda para quedarse dormida.

Cuando acabaron de desayunar Eva se metió a la ducha. Él se quedó en la cocina. Puso la tula de trabajo sobre el mesón y sin sentarse ordenó veinte montones de billetes. Cincuenta billetes de veinte mil en cada montón. Veinte millones para repartir entre trabajadores, proveedores, lancheros, policías y marinos. Cuando acabó fue al patio del baño y lavó a mano tres mudas de ropa para los dos. Las colgó silbando «La Reina», la última canción que había sonado en el Caney la noche anterior. Tres bragas que él le había regalado, dos faldas cortas, un bluyín, tres camisetas como de adolescente que ella nunca se quitaba. El resto del día lo pasó sentado en el billar, repartiendo plata.

Desde que estaban juntos, el Gordo Ochoa había sacado a Eva tres veces del pueblo. Las minas estaban produciendo mucho y los Lindos le estaban dando una comisión del 5 % por cada gramo vendido, además de su salario. Habían estado en el puerto caribeño de Santa Marta, una semana, borrachos como cubas, bailando y tirando todas las noches, durmiendo y jugando con Abril todos los días, metiéndose juntos al mar en la madrugada y al atardecer, antes de sentarse en los mejores restaurantes a comer pescado y mariscos. La segunda y la tercera vez habían estado en la alta cordillera. Durmiendo en una cabaña con chimenea propia. Leyendo ella, viendo televisión él, jugando con los frailejones o con la nieve Abril, caminando todas unas seis horas diarias por caminos de barro. Tanto le había gustado la primera vez a Eva que el Gordo había aceptado aburrirse una segunda, solo para ver esa felicidad infantil en las caras coloradas.

Después de haber pagado todo lo que había que pagar, con la tula ya vacía y dos millones de pesos en el bolsillo, el Gordo se tomó dos cervezas más, mirando en la televisión del billar una película de disparos, y bajó caminando hasta el puerto. Se sentó en una de las mesitas de fórmica naranja de la última tienda y vio pasar a unos quince colegiales sin camisa, mojados, que subían del río, felices, cantando en coro como borrachos. Se dijo que el pueblo podría ser eso y solamente eso: despertarse con una buena mujer, tomar cerveza, ver pasar la dicha de los jóvenes.

A la niña Abril le cayó bien el Gordo desde mucho antes de que se mudaran a vivir juntos, casi desde la primera vez que lo vio. Era el único novio de su mamá que le había gustado. Era gordo, tenía dientes de conejo, se reía siempre, le hacía pequeños trucos de magia y muecas, abrazaba a su mamá como si él fuera su papá. El papá de las dos. El primer día la subió a

los hombros para cargarla como un caballo por todo el malecón. Casi no se deja subir, protestando, pero también sabiendo que protestaba porque se moría de ganas de subirse en los hombros de ese gordo-conejo y recorrer así el pueblo, como una reina, porque había algo en él, en la sonrisa debajo del bigote, que le daba felicidad, un calor en el cuerpo que no sentía más que con su mamá, a veces, cuando se estaban queriendo mucho.

Así es que a pesar de que tenía ya cinco años y era muy grande para estar en los hombros de un hombre, pasadas dos calles se estaba riendo casi tanto como el Gordo, primero a regañadientes, ocultándolo lo mejor que podía detrás de una cara de rabia que no le salía bien, después ya casi a punto de explotar en medio de la cara seria y al final abiertamente, en voz alta, gritando cuando el Gordo gritaba y daba saltos y la soltaba y la volvía a agarrar sin vergüenza alguna en ese pueblo de machos, como si fuera a dejarla caer, solo para hacerla sentir ese vértigo que le hacía todavía más cosquillas.

Después, esa primera tarde juntos, los tres habían comido paletas de jugo de maracuyá en las escalinatas del puerto y el Gordo le había dicho a Abril que en el fondo del río vivía un monstruo gigante y que ese monstruo solo comía árboles y hombres malos y profesoras de colegio. Y que nunca se comía a las niñas que podían reírse y cabalgar. Y Abril le había dicho que era mentira y se había reído, se había girado para mirar a su mamá y lo que había visto en la cara de Eva, abrazada al Gordo, le había acabado de calentar el corazón, dándole tanto alivio que casi inmediatamente se había sentido exhausta, con ganas de dormir. Sintió que después de esos años de peligros y miedos y carreras y soledades y llantos, por fin habían llegado.

No sabía adónde, no habría podido decirlo, pero habían llegado. A una isla que era la barriga del Gordo. Algo así. A ese momento, con la luz de la tarde del puerto, con el Gordo abrazando a su mamá y por eso abrazándolas a las dos, diciéndoles bienvenidas a mi isla, ya pueden descansar. Mecida por la brisa, recostada en las piernas de su mamá, se había quedado dormida. Todo lo que vino después, el galpón compartido, los paseos juntos, los regalos, el Gordo llevándola al colegio cuando Eva tenía turno, la hamaca grande, el agua de los ríos, eran solo consecuencias previsibles de esa tarde de dicha. Parte de lo mismo, pequeñas celebraciones por la llegada a la isla de la calma.

El Gordo, tan feliz con Eva y con Abril, estaba ya pensando pedirles a sus jefes que no lo movieran más, que lo dejaran acabar sus días en ese puerto

que ya sentía como propio, cuando la realidad, siempre terca, llegó a molestarlo.

El dueño de la tienda más grande salió del mostrador, se le sentó al lado y fue directo al grano.

—*¿Oyó lo del oro que hay en el alto Irínida, Gordo?*

—*Eso dicen...*

—*Eso dicen no. Hay oro. Usted sabe que hay oro y yo sé que hay oro.*

—*Ya se verá, vecino, ya se verá...*

—*¿Y a sus jefes no les importa que usted esté aquí comiendo pandeyuca mientras en los ríos todos se están preparando para quedarse con el oro?*

—*Ese es territorio de los Patiño. Y no se sabe si hay tanto oro. Y si hay, allá mis jefes no se meten. Vale más cuidar las draguitas que ya tienen que meterse en una guerra más cara que todo lo que produce el Guainía.*

—*O sea que sí hay oro. Yo le entendí que no sabía. Y si el oro es tanto como están diciendo, paga no una sino muchas guerras. Si yo fuera su jefe, usted ya estaría montado en una lancha.*

—*Si usted fuera mi jefe...*

Ochoa respiró profundo, apretó los puños sobre la mesa y consiguió mantener un gesto parecido a una sonrisa.

—*Deje así, vecino, deje así. Es mejor que no se meta en lo que no sabe. Empáqueme otros cuatro pandeyucas, vecinito. Si usted fuera mi jefe...*

La misma noche en que oyó por primera vez el rumor del oro, Ochoa le cocinó la cena a Abril y jugó con ella a las cartas. Después, esperando a que llegara Eva, se sentó en el patio de la casa, que daba directamente a la selva, se tomó una cerveza y se fumó un cigarrillo. Se sentía inquieto, como si el rumor que ya se había regado por todo el pueblo fuera realmente una enfermedad para la que él no tenía cura alguna, y esa madrugada durmió mal, se levantó tres veces, se fumó un segundo cigarrillo viendo el amanecer.

Para sacudir los malos presagios decidió organizar un paseo con Abril en la moto. Llevarían comida y vestidos de baño, irían a bañarse en una laguna mansa. Al llegar, el Gordo se dio cuenta de que la laguna era mucho más hermosa de lo que recordaba. Desde la orilla parecía ser perfectamente circular. Tenía unos quinientos metros de diámetro. El agua era translúcida y muy fría, y las orillas estaban cubiertas por ramas frondosas de caricaris y cedros. En el costado de la carretera había una pequeña playa de arena blanquísima como la del río Atabapo, en la que pusieron la comida antes de entrar despacio, él llevando a Abril de la mano, ella dando salticos y gritando dichosa.

El área en la que ella podía tocar fondo abarcaba por lo menos la mitad del caño y Ochoa decidió posponer las lecciones de nado. Sentado en la arena, sintiendo en la frente la brisa del atardecer por una vez fresca, oyendo los gritos de felicidad de la niña, se preguntó si, como creía la gente, Dios existía y lo sabía todo de antemano y el destino de los hombres ya estaba dado. De repente notó un brillo distinto en las aguas quietas del caño, una ligera inquietud en la superficie. Se puso de pie. Era una culebra y estaba nadando hacia las carcajadas agudas de Abril. Corrió vestido, se la echó al hombro como un bulto y caminó así hasta la playa.

Después comieron juntos, sin hablar. Empanadas y gaseosa de limón y roscones. Al regreso, desde la moto, Ochoa estuvo seguro, equivocándose, de que todo en su destino ya estaba escrito.

Habían pasado tres meses desde la primera noche juntos y el Gordo decidió iniciar la segunda fase de la intervención. Estaban tendidos, cada uno en una hamaca pequeña guindada entre troncos, en el descampado que había detrás de la casa. El Gordo se puso de pie, se desperezó como un niño y fue a la cocina a preparar café. Cuando estuvo listo llevó una taza llena para ella y otra para él, negras, sin azúcar. Eva se sentó. El Gordo pudo ver los pezones a través de la blusa, la piernas largas y blancas, las uñas de los pies, perfectas. Quiso arrodillarse, besarla, desnudarla, pero en cambio, sin moverse de su hamaca y mirando las hojas movidas por el viento, con una voz tenue pero firme, se lo propuso: que cambiara de vida, que lo hiciera inmediatamente para dejar atrás de una vez por todas los años de sufrimiento y adicciones.

—¿Y qué le hace pensar que necesito terapia, doctor Ochoa?

—Que está más loca que una cabra, enfermera.

—Te oigo, como siempre, sabio entre los sabios.

—El mejor trabajo del centro de salud lo están haciendo los niños que hacen las pasantías, porque ni la otra enfermera ni tú se han dado cuenta de en dónde están.

—¿Y en donde estamos, gordito?

—En la selva. Y ustedes trabajan entre cuatro paredes como si la ciudad nunca las hubiera sacado espantadas, como si nunca hubieran llegado aquí.

La selva para Eva había sido siempre un misterio.

Primero, en el colegio, un misterio en fotos y malas películas gringas. Después, cuando apareció la posibilidad de dejarlo todo para irse a ese puerto en ninguna parte, otro misterio, uno inocente, infantil, que empezó a

disolverse cuando la avioneta buscó pista en ese universo sombrío, más grande que cualquier ciudad, surcado por ríos que desde arriba parecían negros y sinuosos como culebras gigantes. Un misterio de cuento para niños que desapareció del todo, dolorosamente, cuando la puerta de la avioneta se abrió y esa humedad olorosa, cargada de ruidos animales, la golpeó, literalmente, en el estómago, casi haciendo que se sentara de nuevo, como si empujando ese bloque de calor y agua suspendida estuviera la inmensidad de la selva entera, diciéndole que no debía estar ahí, que era mejor subirse de nuevo en la avioneta y largarse.

Después, con el paso de las semanas, se fue resignando a la presencia de la selva acosando el frágil orden del pueblo por los cuatro costados. No supo dónde encontró la fuerza para soportarlo. Para los colonos miserables solo había dos opciones: la selva o la muerte. Eran campesinos arrinconados por la violencia y por la pobreza de las montañas, llegados al puerto sin conocer la manigua pero conociendo muy bien el trabajo duro, el dolor en las manos, la falta de comida, la terca inercia de la materia que nunca acaba de dejarse domar.

Eva en cambio era una niña privilegiada de ciudad y la manigua era para ella algo muy distinto a una amenaza a la cual había que vencer con candela o plomo. En su cabeza la selva escondía otras selvas muy distintas, llenas de sentido y de miedo. Y esas, las invisibles, no le servían para nada. Solamente conseguían distraerla de la real (de la oscura, de la sorda, de la despiadada, siempre llamándola con el lamento de sus animales desde el final de todas las calles, de todos los patios, de todas las tapias).

De su vida anterior no recordaba ya nada más que el placer infinito de las drogas, siempre amenazando con matarla. Lo que el Gordo Ochoa le estaba diciendo en esa tarde de hamacas era que la selva podía ofrecerle un placer tan intenso como el otro, tan delicioso, pero sin todo su poder destructivo, y antes de ponerse de pie, con tono de sabio arrogante, le lanzó un último anzuelo.

Los que están bien son los que han vivido aquí desde siempre, Eva. Nosotros somos unos pobres bichos nuevos. Asustados, enfermos, intentando que no nos coman los mosquitos ni las culebras. Este mundo es de ellos, no nuestro. Ellos lo saben. Casi ninguno de nosotros quiere verlo. Solo estamos de paso, Eva, y tarde o temprano tendremos que largarnos. Irnos a la ciudad o a la mierda. Ellos en cambio nunca se van, ni siquiera cuando se mueren.

Para sorpresa de Ochoa, Eva llegó tres días después de la conversación de las hamacas, un viernes, con media botella de ron y dos vasitos de vidrio. Se

sentaron cada uno en una mecedora, frente a la casa, como dos viejos. Eva levantó su vasito lleno y esperó hasta que él hiciera lo mismo y brindó en voz alta por el viaje al que se iba al día siguiente. Con el lanchero de la Gobernación, en una curiara grande, río Atabapo arriba, casi hasta el nacimiento.

Los niños de la etnia curripaco tenían hambre. Las inundaciones del invierno en el río Atabapo habían estado más altas que nunca y habían cubierto las matas de yuca brava. La pesca escaseaba por el barro y el mercurio que los mineros estaban vertiendo en los arenales del nacimiento. Los animales de caza se habían ido a otras zonas todavía más lejanas, cercado su territorio por los potreros y las vacas de los ganaderos que llegaban de los Llanos Orientales y por el que era tal vez el cultivo de coca más grande al sur del río Guaviare, con nueve casetas para laboratorios, sesenta trabajadores permanentes, once guardias bien armados, pista de aterrizaje propia y tres capataces.

Los curripacos, dada la hambruna, se estaban alimentando de las pocas frutas que podían conseguir y de culebras. Desesperados, una madrugada habían entrado a los potreros y habían matado tres vacas de los ganaderos. La carne había alcanzado para distraer el hambre en los diecinueve caseríos del Atabapo. Cuando descubrieron el robo, los guardias de los ganaderos mataron con disparos de fusil a los tres primeros jóvenes curripacos que encontraron en el río. Dejaron que se desangraran en el fondo de una curiara y a media noche la amarraron en el muelle de uno de los poblados. Colgado del cuello de uno de los jóvenes dejaron un aviso que leyó el único letrado, un lanchero que ocasionalmente vendía sus servicios en Puerto Inírida.

UN MALPARIDO INDIO POR CADA BACA

QUE SE ROBEN.

QUEDAN ABISADOS.

El lanchero que hablaba castellano se fue inmediatamente a la alcaldía del puerto pero nadie lo miró siquiera. Desde la alcaldía caminó hasta la gobernación. Nada, una secretaria que le dijo que no entendía su acento, que volviera cuando hubiera reunión oficial de los curripacos con los miembros de la asamblea departamental. Entonces se le ocurrió caminar hasta el Puesto de Salud. El doctor Andrade lo hizo sentarse en una silla plástica en su oficina y le preguntó en qué podía ayudarle. El curripaco se lo explicó todo. El doctor le preguntó si tenía plata para dormir esa noche en el pueblo. El indio le dijo

que siempre que iba al pueblo dormía en su curiara. El doctor le dijo que esa noche se quedaría en su casa. Que esperara al final de su turno.

Esa mañana no había heridos ni enfermos y Andrade se aburría, así es que salió caminando y fue hasta la oficina del Instituto de Bienestar Familiar, encargado entre otras cosas de alimentar a los niños hambrientos. Invitó al director del Instituto a la cafetería de los pensionados. Las comunidades del alto Atabapo no tenían comida para alimentar a sus niños, le dijo. Seguramente algo se podía hacer. El director, un político que había sido concejal, miembro de la asamblea departamental y secretario de vivienda, le dijo que la cosa no era tan fácil. Que él dependía de partidas nacionales que se reservaban con seis meses de anticipación, que los indios tendrían que esperar.

Andrade había fingido resignarse, pero esa misma noche visitó al gobernador en su casa. El gobernador le dijo que podía destinar una partida para comprar arroz y lentejas suficientes para todas las comunidades durante un mes. Era todo lo que podía ofrecer. Y presionar en la oficina nacional de Bienestar Familiar. Nada más. Para Andrade era más que suficiente. El gobernador le dijo que no podía darle lanchas ni combustible para llevar la comida río arriba. Andrade agradeció enfáticamente, dijo que él conseguía el transporte, hizo alguna broma acerca de la burocracia estatal y se fue a dormir.

Al día siguiente intentó comunicarse con su superior directo en el Ministerio de Salud, pero lo tuvieron media hora pasando de secretaria en secretaria, así es que volvió a llamar al jefe local de Bienestar Familiar y le explicó la situación. El olfato de los políticos es infalible y el hombre supo ver una oportunidad. Las lanchas del Instituto estaban siempre disponibles y tenían reservados ochenta litros de gasolina en el puerto, le dijo. Llevaría la comida, siempre y cuando pudiera llevar además bienestarina para los niños. La bienestarina es un suero reconstituyente que el gobierno reparte por todo el país en las zonas en las que no ha podido evitar la miseria, que son casi todas. El director tenía cientos de bolsas esperando una oportunidad que conviniera políticamente para ser repartidas.

Al tercer día un convoy de tres lanchas con comida y suero para los necesitados salió del puerto, con el director despidiéndolos desde las escalinatas, dichoso porque en las siguientes elecciones los curripacos del Atabapo votarían por primera vez y porque todos esos votos serían suyos. Eva, siguiendo el consejo de Ochoa, le había pedido a Andrade que la dejara ir en una de las lanchas. Llevaría medicinas, pondría vacunas, revisaría la

nutrición de los niños. El médico le había dicho que era un desperdicio, que una enfermera cualificada como ella no tenía por qué irse a repartir bultos, que nada se le había perdido en el alto Atabapo.

Sabía que era una pelea perdida porque nadie nunca le había dicho a esa joven lo que tenía que hacer, y fue así como por fin Eva se pudo subir a una curiara. Cuando estuvo sentada en el primer paral de madera respiró muy hondo y le sonrió al lanchero y miró el cielo abierto y sintió que su vida cambiaba, antes de que realmente empezara a cambiar. Cuatro curiaras manejadas por lancheros de la etnia puinabe y doce horas de lancha cada día durante tres días.

Eva entendió de qué le hablaba el Gordo cuando le insistía en que saliera de Puerto Inírida. No era solo la selva (las piedras gigantescas y como caídas del cielo en las orillas del río Irínida, la desembocadura de agua rojiza del Atabapo en el Guaviare, los cielos inmensos, el aullido de los micos de día y el lamento de las chicharras gigantes al atardecer, la manigua, que crecía a una velocidad que casi podía ser vista, la oscuridad siempre amenazante escondida entre las ramas). Era todo eso, claro, pero era también la gente.

Una dicha que parecía ser capaz de durar más de lo que siempre le duraban las dichas le fue entrando a Eva en el pecho, y al tercer día de travesía entendió que había venido al mundo para estar ahí, en esa curiara en medio de la nada. Pararon en tres tiendas del camino. Caseticas enclenques, una sobre palafitos, en la orilla del río. Adentro vio a las familias de los colonos más valientes, los que se habían sentido capaces de ocupar un trozo de selva al lado de esos ríos inmensos, solos contra el mundo, con el machete como única herramienta. Vio también raspachines borrachos, contrabandistas contando plata, un comerciante de armas haciendo preguntas retóricas que nadie se atrevía a contestar.

En las tiendas rivereñas se juntaban todos los exploradores de la selva, como en un bar del Lejano Oeste. Lo único que tenían en común era una indiferencia absoluta hacia la ley de los blancos y hacia los documentos escritos, una ruptura irreparable con la vida en las ciudades. La selva se los había tragado lentamente hasta hacerlos olvidar completamente el pasado y la lógica que lo había regido. Eva confirmó lo que sabía desde niña: había nacido en el lugar equivocado y en la familia equivocada. Le habría gustado ser uno de esos contrabandistas sin miedo, o una de esas matronas que atendían detrás de los mostradores de las tiendas y que parecían ser capaces de sobrevivir al fin del mundo.

En uno de los larguísimos trayectos entre tiendas, sin embargo, pensó que estaba romantizando lo que veía: ni las matronas ni los contrabandistas ni los demás colonos lo eran por vocación sino por necesidad, se dijo, equivocándose. Ya lo entendería cuando hiciera más viajes por los ríos. Casi todos los que los recorrían jugándose la vida lo disfrutaban. Casi todos eran capaces de entender que el placer supremo era esa aventura en la que la naturaleza ponía todas las reglas. Casi todos sabían también que si la vida se lo exigía podían ser capaces de ejercer y de disfrutar la violencia. Empezaba a intuirlo, Eva, empezaba por fin a entender, pero al cuarto día llegaron a las comunidades de curripacos y supo que nunca tendría la fuerza para enfrentar lo que vio.

En el primer poblado no salió nadie al muelle a recibirlos. Los lancheros puinabes, que conocían bien la determinación y la fuerza de los curripacos, lo interpretaron como un mal síntoma y bajaron la velocidad de las lanchas, en lugar de intentar tocar el embarcadero. Nadie salió. Muy cerca de la ladera inundada vieron lo que parecía ser un animal cazado al que picoteaban los buitres, pero resultó ser un perro muerto de hambre. Al verlo Eva sintió cómo se le endurecieron los músculos de la espalda. Los curripacos no habían salido a recibirlos porque no tenían fuerzas para pararse de las hamacas. Hombres, mujeres y niños estaban muriéndose de hambre. Reducidos, como ese perro, casi comidos por los buitres.

El Gordo Ochoa la había incitado, la había tentado, la había dejado con el alma abierta, lista para recibir la selva entera, y fue en ese estado como se encontró con las familias moribundas. Entró a la primera casa de barro pintado y techo de palma y vio en los chinchorros a los niños que parecían esqueletos de grandes ojos y a los papás en el suelo, con las rodillas dobladas, como cuidando a sus hijos para que no se les saliera el alma.

Las mujeres estaban detrás de las casas, en las cocinas a las que los hombres no podían entrar, de pie, cocinando igual a como cocinaban cuando había comida. Exprimiendo el veneno de la yuca brava, lavando la pulpa, moliéndola, y poniendo en las redes de ramas, altas sobre el humo de la fogata, los pescados o la carne para ahumar. Pero no había ni yuca ni pescado ni carne, así es que las mujeres se movían porque sí, para aguantar la pesadilla, como locas lentas (como fantasmas de locas a punto de desaparecer en la oscuridad de la selva).

Eva los estuvo tratando con suero oral durante tres días. A todos. Hombres, mujeres y niños, tendidos en sus hamacas. Cuando las mujeres más jóvenes tuvieron por fin fuerzas para ponerse en pie, les dio uno de los catorce

bultos de yuca brava que había llevado y les pidió que lo cocinaran como sabían, hasta convertirlo en esa harina de granos gruesos y duros que, mezclada con agua o con el caldo que hicieron con el poco pescado que Eva les había conseguido en las tiendas del río, acabaría de salvarles la vida.

Cuando estuvieron curadas esas familias Eva entendió que, si seguían moviéndose tan despacio, río arriba, en los poblados que estaban a tres y más días de distancia empezarían a morir los niños y los viejos. Le pidió a uno de los lancheros que desmontara un motor y lo instalara junto al que ya tenía en la curiara más liviana. Después le mostró cómo poner una sonda, cómo hacer un caldo, cómo alimentar a los niños, y lo despidió desde el muelle. A ella y a los otros tres lancheros, subidos ahora en tres curiaras, los recibieron los ancianos de la cuenca alta de pie pero enmudecidos o delirando por la hambruna. A las últimas dos comunidades la curiara rápida llegó demasiado tarde.

Cinco niños habían muerto y sus madres deliraban o estaban demasiado hambrientas para entender. Después de quince años moviendo mercancías por el río, el lanchero creía haberlo visto todo. Torsos desgarrados por balas de alto calibre, hombres respirando a través de las heridas, cortes de machete en la cara. Nada lo había preparado para lo que tuvo que ver en esos poblados. Para esos cinco niños muertos de hambre. En sus hamacas, en distintas posiciones, las extremidades siempre como palitos a punto de quebrarse y las manos muy abiertas y en las caras ojos de pánico, como si antes de irse hubieran tenido que oír la aguda carcajada de la muerte.

En total Eva y sus lancheros estuvieron quince días en el río, hasta que lo peor de la hambruna pasó y recibieron de Andrade la buena noticia del envío del helicóptero prometido por el gobernador, con provisiones suficientes para tres meses. No había nada más que hacer en esos puertos convertidos en pequeños infiernos en la tierra, así es que Eva decidió regresar a Inírida en el mismo helicóptero de las provisiones.

A pesar de todo el horror visto, Eva regresó a la selva tan pronto como pudo. En ninguno de los siguientes recorridos tuvo que ver niños muriendo de hambre. Algunos brotes de malaria, virus estomacales transmitidos por los colonos del interior, algún accidente. Arregló los problemas de salud como por inercia, sin darse mucha cuenta. Lo que más le gustaba no era su papel de ángel guardián, sino darse cuenta de que todo aquello a lo que le daba importancia por fuera de esos viajes no la tenía en absoluto. La selva hacía

olvidar los pequeños conflictos humanos y el valor del dinero. Pero no era solo eso lo que se volvía irrelevante.

Desde las curiaras la cultura, la cultura entera, su cultura, se convertía en un espejismo que no valía la pena recordar. Evaporados en el calor se iban en pocos días los edificios, las armas, los libros, los puentes, los computadores, los museos, los deportes, las drogas. Todo. La verdadera sabiduría, Eva empezó a creer, estaba en la ausencia del progreso. Los curripacos y los desana y los puinabes que visitó vivían desde hacía milenios de la misma manera. No existía la idea de cambiar lo hecho por los papás, de inventarse una cultura por el placer de inventársela. Los recursos eran siempre los mismos (el agua, el sol, las plantas, los animales, unas pocas semillas), y siendo todos ellos indispensables la existencia consistía únicamente en aprovecharlos de la mejor manera posible.

Cada noche los hombres se acurrucaban alrededor del fuego y estaban en silencio mucho tiempo, oyendo el crepitar de los palos encendidos, hasta que alguno contaba una anécdota de lo que le había pasado y los otros contaban también las suyas. Y eso era todo. Lo mismo hacían las mujeres, en los cuartos destinados al procesamiento de la yuca y la carne. Mencionaban las pequeñas diferencias entre un día y el anterior. Y nada más.

Si esa existencia era como parecía ser (fácil, plácida, feliz), no tenía sentido el esfuerzo requerido para inventarse la escritura, la ciencia, la tecnología, el arte, la guerra. Por eso los pobladores de la selva miraban a los blancos con una mezcla de miedo, compasión y sorna. A todos. También a las enfermeras. La enfermedad era parte de la realidad y entre estar en este lado de la materia o en el otro lado, el del misterio, no había gran diferencia. La realidad de los muertos estaba siempre tan presente como la de los vivos. Así había sido siempre, desde antes de que existieran los curanderos indígenas y desde antes de que llegaran los médicos blancos con sus frasquitos, y así sería siempre, hasta que se acabara la selva y con ella las personas que la habitaban.

Esa mirada que le daban los indígenas era para Eva la prueba de que había estado equivocada toda su vida, pero también la prueba de que todavía podía aprender, enmendar el error, dejar atrás el miedo que impulsaba cada una de sus acciones (miedo a la quietud, al silencio, al vacío que había detrás de todo lo sólido). Bastaba con que la miraran los ojos compasivos y burlones de los indígenas para que se sintiera reconfortada, acompañada en la certeza de que toda su vida anterior había sido un gran error de perspectiva y de que su único

acierto había sido irse a vivir en ese lugar en el que las personas notaban el error fundamental antes de que tuviera que abrir la boca.

Además del placer que le producían los encuentros con los indígenas, desarrolló una adicción física, mucho más fuerte que la de las drogas, por la selva misma. Por el silencio que había detrás de todo su ruido nocturno, por el misterio agazapado en su humedad oscura, por la ausencia de misterio en cada uno de los seres vivos que la poblaban. Nunca haría parte de ese mundo, lo sabía bien, pero ya no podría ser feliz en una ciudad. Desde la primera salida entendió que ser consciente de la absoluta impertinencia de su existencia y de la de su civilización no era una tragedia, sino la única oportunidad para dejar atrás todo el lastre que llevaba años hundiéndola en la tierra.

En la selva no importaba quién era, de dónde había venido ni lo que había tenido antes de llegar. Tampoco importaba lo que hiciera o lo que dejara de hacer bajo sus árboles. Podía morir y a la selva no le importaría. Podía curar a treinta personas y eso no cambiaba un ápice el peso absoluto de la manigua. Podía tener convicciones políticas, principios morales, recuerdos, una personalidad, intereses, deseos, pero para la selva no era más que un ser minúsculo que respiraba. Otro, más vulnerable que los demás.

Acabada la universidad en Bogotá, y a pesar de tener un papá muy rico, Pedro Gómez decidió no ejercer de ingeniero, sino dedicarse a ser contratista del Estado. Gracias a los contactos de su papá se hizo con la distribución del cemento y las tejas de zinc en el río Meta, y gracias a su inteligencia, su amor por el dinero y una ambición sin límites, muy pronto controló las cuencas de otros cuatro ríos de los Llanos Orientales. Antes de su cumpleaños número treinta y cinco había copado todo el territorio posible, había hecho más eficiente la distribución, pagaba por sabotear a otros contratistas y era indispensable para el funcionamiento de siete departamentos. Orgulloso de su hijo mayor, su papá le dejó además en herencia diez haciendas y ocho mil cabezas de ganado.

Pasados seis meses, en un intento de secuestro la guerrilla de las FARC había matado al papá junto con cuatro escoltas. El joven Gómez, millonario y poderoso, entendió que la única forma de expulsar del todo a la guerrilla de las regiones que controlaba era armando y organizando de mejor manera las cuadrillas de paramilitares. Muy pronto supo también que eso no sería suficiente. Con más de once frentes en sus territorios y apoyos en varias comunidades del sur, a la guerrilla se la derrotaría combinando todas las formas de lucha. Fue así como se metió en la política.

A los cuarenta años, y sin hacer ningún acto público, fue elegido gobernador del Guainía gracias a la campaña paramilitar. Voto o plomo. Desde entonces, asociado con narcotraficantes menores y protegido por el Estado, había desatado una guerra sin precedentes y había conseguido acorralar a la guerrilla en las selvas del sur, en donde seguían atrincherados cuando había nacido el joven Andrés.

A los quince años Andrés empezó a mostrar las formas que habían hecho de su papá un líder nato. Usando el poder intimidatorio de su apellido había llegado hasta donde el único distribuidor de mariguana en la región y le había pedido exclusividad minorista para él y para dos de sus amigos, a cambio de no denunciarlo a los militares o a los paramilitares. El comerciante, un

indígena «blanqueado» que traía la mariguana en lancha desde Brasil y cuyos clientes incluían a más de medio pueblo, asustado, aceptó el trato.

Sin contárselo a su papá pero haciéndoles creer a los distribuidores que tenía su bendición, Andrés jugó desde entonces una partida a tres bandas que le dio las principales satisfacciones a las que podía acceder un joven en un pueblo así: dinero, reconocimiento y admiración por parte de sus coetáneos. Además de astuto y rico para su edad, y además de ser hijo del mandamás de la región, que podía protegerlo en caso de una emergencia, Andrés era muy bien plantado. Moreno de ojos verdes, como su papá, un poco más fornido, caminaba con la confianza de los que se saben dueños del mundo.

Su vida era un juego demasiado fácil, demasiado placentero, casi aburrido, cuando apareció en el pueblo Eva para ponerlo todo patas arriba. La vio por primera vez en el Caney, como la vieron casi todos, y como la vio el Gordo, pero mucho antes. Se obsesionó con ella y fue lo suficientemente astuto como para no asustarla siguiéndola, aunque lo que le habría gustado verdaderamente habría sido tenerla cerca las veinticuatro horas del día. Lo que hizo en vez de acosarla fue mirarla y desearla, en el Caney y en la calle, y ofrecerle ayuda cuando vio que la necesitaba.

La primera vez fue mientras estaba bajando de un camión las dos camas, la mesa y los chécheres para la cocina de su nueva casa. La casualidad quiso que Andrés estuviera entregándole una bolsita de mariguana a un cliente en la casa del frente, y al verla acompañada solo por la otra enfermera, sudando e intentando meter sus cosas, se ofreció a ayudar. Se fue y regresó con un amigo, y entre los dos dejaron lista la casa. Cuando acabaron, invitó a Eva a tomarse un café en la panadería y logró hacer conversación sin parecer demasiado nervioso (sobre Bogotá, sobre ese pueblo que le quedaba chico, sobre ser estudiante en vez de ser libre) y se despidió ofreciendo su ayuda para lo que necesitara.

A partir de ese día, necesítándolo para llevar a cabo tareas prácticas o solamente para tener algo de compañía, Eva y el bachiller Andrés se vieron varias veces. Ella sabía que él se moría por desnudarla, él sabía que ella sabía, pero los dos sabían que nunca pasaría nada, así es que, gracias a esa tensión permanente, ella consiguió un ayudante fiel y él la personificación del amor platónico perfecto, también cuando estuvo claro que el Gordo Ochoa era el amor de su vida. Le compró el mercado cuando ella estuvo demasiado cansada para hacerlo, arregló el ventilador, cambió los cables eléctricos de la cocina, cambió la cerradura, cortó el pasto y la maleza del traspatio.

El Gordo Ochoa se creía todo un macho, pero era uno completamente inútil para los asuntos prácticos (negado para todo aquello que no fuera ganar el dinero suficiente para pagarle a alguien que los hiciera por él). Una noche sin brisa, después de llegar de su turno en el Centro de Salud, con Abril dormida y Ochoa a quinientos kilómetros de distancia, Eva le ofreció a Andrés una cerveza. Se sentaron en el escalón que bajaba del patio de ropas al pasto recién cortado. Oliendo la maleza de la selva, sudando, oliéndose el uno al otro, hablaron por fin de lo inaplazable, sin saber cómo acabaría todo.

Sentados así, sudando, cada uno con una cerveza en la mano, miraron las estrellas, comprobaron otra vez cómo se entendían de bien y se preguntaron en secreto si se entenderían igual de bien estando desnudos en una cama. O eso creyó Andrés, viendo la boca de ella. En todo caso se olían, olían el pasto salvaje y fingían que nada de eso estaba pasando. Eva, nerviosa con un hombre por primera vez en muchos años, optó por huir hacia delante de la única forma en que pudo: hablando del pasado, de los tormentos de la ciudad, de la fiesta y las drogas, de cómo había llegado hasta ese pueblo olvidado en el culo del mundo.

Él supo oírla, asintiendo sinceramente y en completo silencio, como si no fuera un bachiller sino alguien mucho más viejo, y también le confesó historias que nadie más había oído. Qué tipo de persona era su papá, cómo había perdido él la virginidad y, por supuesto, cuál era su verdadero negocio (el que le estaba permitiendo ahorrar lo suficiente como para largarse de ese pueblo, de ese país en llamas, lejos de su familia, sin mirar atrás). Cuando lo supo, ella le dijo cuánto le gustaría fumarse un bareto. Inmediatamente, como si él necesitara explicaciones, le dijo que estando ahí, en ese momento, ya se sentía curada, que estaba segura de que podía fumarse uno y nada más que uno, sin necesidad de empezar una fiesta. Andrés se dio cuenta, sorprendido, de que además de desearla y entenderla la quería más de lo que se podía querer a alguien, y se sintió tan viejo como su papá al dudar si debía realmente darle la mariguana, si era lo correcto.

Optó por cambiar de tema. Estuvieron quince minutos huyendo los dos, sobrevolando lo que eran, lo que hacían ahí. Hablando de Abril, de la increíble Abril, de la vida en el pueblo, de los indígenas, del trabajo de una enfermera, hasta que Eva se hartó y le preguntó por sus clientes, los de su negocio de distribución de mariguana. Él le dijo quiénes eran los fumadores del pueblo. Los bachilleres amigos y las putas y los hippies y los profesores del colegio, claro, como en cualquier pueblo, y además ahí algunos de los muchísimos contratistas temporales, pero también, sorprendentemente,

políticos, militares, técnicos y policías. La garantía de funcionamiento del negocio consistía en convencer a los clientes de que su papá, el gobernador, sabía de sus actividades y las permitía, y que por lo tanto sabía muy bien cómo actuar en caso de que él fuera sorprendido.

En un pueblo como ese, los contratos públicos, las comisiones ilegales, los puestos de trabajo, el reparto del botín burocrático, los ascensos en las carreras y en la pirámide electoral, no eran un lujo necesario, el placer de los ambiciosos, como en otros pueblos, sino la única forma de mantenerse vivo (la única de no ser devorado en silencio por la selva sorda, ni de ser echado a los perros de todas las calañas que siempre la rondaban, armados hasta los dientes, y, sobre todo, la única de no ser devuelto a un mundo real que seguía existiendo, lejos de la manigua, y en el que ya ninguno habría podido funcionar). El pánico de ser expulsado de ese hábitat, que funcionaba a la perfección y en el que había suficiente comida para todos, siempre y cuando se respetaran las jerarquías, ese miedo anterior a cada funcionario, era mucho más fuerte que la tentación de producir un chisme o un titular contra el gobernador denunciando a su hijo.

El gobernador era el gobernador porque lo merecía, porque había mucha fuerza sosteniéndolo, y en el momento en el que algo así se supiera no habría milagro que salvara al soplón de las fauces de los perros. Riéndose, ya en la cuarta cerveza, los dos sabiendo que bastaría un contacto levísimo para acabar devorándose en la cama, Andrés le regaló el bareto. Se lo fumaron juntos, riéndose otra vez del pueblo, del papá de Andrés, de las putas, del Gordo Ochoa, de la seriedad del doctor Andrade y de las canciones absurdas que los militares cantaban cuando salían a trotar por las calles. Andrés, sin darse cuenta, sin control de sus propios movimientos, dio el primer paso. Apretó con una mano la nunca de Eva, sintiéndose mayor, otra vez, como queriéndola y no deseándola, sorprendido por su propia valentía. Ella tomó esa mano entre las suyas, sin dejar de mirarlo, y se lo explicó en muy pocas palabras: ella y él podrían ser los mejores amantes del mundo, pero eso les acabaría la vida.

Siguió un silencio invadido por el zumbido de todos los insectos de la selva, de repente presentes, tanto que Andrés casi se tapa los oídos con las manos. Eva agregó lo que no era necesario agregar. El Gordo acabaría sabiéndolo, el gobernador también, y sabiéndolo lo sabría el pueblo entero, que se enteraría también de todo lo demás, de todos los secretos pasados y futuros, y ni él ni ella eran lo suficientemente fuertes para ser amantes y al mismo tiempo sobrevivir y conservar lo que más querían. El final ya lo

conocían. No era necesario ponerlo en palabras, pero eso hizo Eva. Acabarían muertos o expulsados.

Afortunadamente lo que siguió fue el silencio. Un silencio en el que los insectos se fueron apagando poco a poco, cada vez más distantes en la oscuridad húmeda. Afortunadamente, Eva no volvió a abrir la boca, esa boca que Andrés ya no era capaz de mirar. No convirtió en palabras el futuro, que estaba debajo de las palabras: seguirían deseándose así, sin tocarse, pensarían uno en el otro cuando se miraran y se sonrieran en la calle y tal vez después, solos, también se pensarían en sus casas, tal vez en sus camas, muy de vez en cuando.

No lo sabían pero si los hubieran puesto a adivinar se habrían dado cuenta: si el mundo no cambiaba de repente, si al pueblo no llegaba una tragedia o la guerra, si nada se iba a la mierda, él le mostraría todo su amor como lo haría un hombre tímido y mayor: arreglando lo que se dañara en su casa, cargando cajas pesadas, pintando marcos de ventanas, cuidando a Abril, y ella a su vez llamándolo siempre, queriéndolo con la mirada, aconsejándolo cuando fuera necesario y comprándole, muy de vez en cuando, casi nunca, una bolsita de mariguana. Y nada más.

El futuro inmediato de Eva y del bachiller Andrés no fue así, como se lo habrían imaginado puestos a adivinar. Fue un poco mejor, a diferencia del futuro lejano. En los meses antes del final no se desnudaron juntos, como habrían querido, nunca se tocaron, pero tampoco pudieron dejar de hablar. De hablar, solamente. El encuentro de las cervezas y el pasto salvaje que crecía detrás de la casa se les volvió un ritual, uno pequeñísimo, humilde, resignado, que se llevaba a cabo cada vez que Ochoa salía del pueblo, cada dos o tres semanas. Ella le habló de sus necesidades, de su amor por Abril, él le contó acerca de su única novia, una niña del colegio convencida de que él, el hijo del político más importante, acabaría casándose con ella y haciéndola algo así como la primera dama de la región. Ella le aconsejó que usara condón. Él le aconsejó que nunca dejara de salir a los ríos.

Los dos hablaron de lo que leían, que no era poco. Novelas de terror, de ciencia ficción, novelas pornográficas. Ella además los escritores latinoamericanos que le caían en las manos. Ninguno de los dos sabía cómo hablar de libros, pero sentían la suficiente confianza mutua como para equivocarse juntos. En cada encuentro Eva confirmaba lo que sabía desde el principio, y Andrés creía estar aprendiéndolo: esa tensión sexual, toda esa

energía contenida y convertida en palabras y acciones no sexuales, era mucho mejor que el sexo mismo.

Para evitar mirarla borracho, para evitar hacer alguna estupidez, Andrés no volvió al Caney los viernes ni los sábados. Armó un grupo de apostadores entre los que estaba el dueño de uno de los comederos y el mayor de la policía y se dedicó a jugar al póquer con ellos y con sus mejores amigos del colegio, bebiendo y comiendo gratis. Era más que suficiente. No perdían ni ganaban demasiado, se sentían más viejos de lo que eran y volvían a sus casas a las cuatro o cinco de la mañana, siempre felices.

Esa tarde el Gordo Ochoa recogió a Abril en la puerta del colegio, como hacía siempre que no estaba Eva. Se fueron al galpón hablando de la profesora de español, quien según la niña era mala y castigaba a los niños que no habían hecho nada. Hablaron de los otros niños, que según Abril solo sabían jugar al fútbol y al boxeo. Llegados al galpón, Ochoa se tomó una cerveza y le preparó a Abril un sánduche tostado con queso y mayonesa y una bebida chocolatada. Estaba demasiado cansado por el trabajo de la mañana, así es que la dejó viendo la televisión y se durmió media hora en la hamaca, abanicados los dos por la brisa fresca de la tarde que entraba por las claraboyas y salía por la puerta del patio para perderse en la oscuridad de la selva.

Cuando le llegó la hora de salir a trabajar otra vez, Ochoa se incorporó de la hamaca, se echó agua en la cara, se lavó los dientes, se preparó un café y bajó hasta el puerto con Abril para dejarla con los niños del dueño del Caney, que jugaban al fútbol en la explanada. Estaban los dos niños y tres vecinas más, hijas del mecánico de las lanchas y del vendedor de gasolina. Conocían a Abril y la querían, así es que pararon el juego hasta que ella, como hacía siempre, se desamarró y se amarró de nuevo los zapatos rojos. Ochoa se quedó cinco minutos viéndolos jugar y después subió al depósito de gasolina, en el extremo opuesto al puerto.

Caminó despacio, tranquilo, respirando la brisa que por primera vez en cuatro meses no olía a pantano, a frutas podridas. Una hora exacta tardó en cobrarles a los mineros lo que le debían. Durante esa hora Abril jugó al fútbol, tomó agua de panela con limón y tiró piedras al río con los otros niños, hasta que todos se aburrieron y la invitaron a ver televisión. No quiso. Insistieron. Dijo que se quedaba en el puerto, que ahí esperaba a Ochoa, y fue por esa terquedad que Abril fue la primera en verlos.

Tres lanchas con doble motor. Cinco hombres en cada lancha. Camisas blancas o de rayas, mejillas perfectamente afeitadas, dos ametralladoras recortadas a la vista. Iban muy rápido pero cerca de la orilla contraria del río

inmenso, así es que a los ojos de Abril iban muy despacio. Los descargadores y los lancheros ya se habían ido a descansar, los de las tiendas de mayoristas estaban demasiado ocupados cerrando, los otros niños ya estaban en sus casas. Quedaban los últimos minutos de luz antes de que la selva se tragara el sol a sus espaldas, así es que Abril fue la única en verlos.

Supo que nunca antes los había visto. Supo que solo llevaban armas a la vista los soldados, los amigos de los soldados o quienes tenían más fuerza que los soldados. Sintió miedo. No de los hombres en las lanchas, que desaparecieron río arriba como habían aparecido, sino de la oscuridad, que llegó de repente y dejó el pueblo asediado por el ruido vibrante de las chicharras, los grillos, los sapos. Levantó la cara para ver la luna pero la luna no estaba. Sin ver por dónde iba, corrió por la calle principal, giró en la primera esquina y llegó sin aliento a la casa del dueño del Caney.

La recibieron con un abrazo, le sirvieron carne asada y arroz en la mesa de la cocina y la sentaron con los demás niños a ver una telenovela mexicana en la que una vieja lloraba mirando por la ventana un carro que se marchaba, y en la que un hombre con vestido y corbata espiaba una conversación desde lo alto de la escalera blanca de una mansión. A las siete, cuando llegó Ochoa, pensó si debía contarle lo de las lanchas, pero no había nada en el mundo a lo que le tuviera más temor que a ser tomada por boba, así es que se quedó callada.

Víctor Carriazo, el Minero, había hecho fortuna gracias a los talentos natos que había sabido perfeccionar más rápidamente que los otros hombres, cuando la guerra de las esmeraldas se desató en la cordillera. Era más astuto, era más tramposo, le gustaba más la violencia y tenía la sangre fría y la claridad de objetivos como para asesinar a sus tres hermanos y quedarse así con el control de todas las minas. Había sabido además, antes que nadie, que la guerra solamente se ganaba con compinches poderosos en la política y en la economía legal. Se hizo amigo y socio de alcaldes, de gobernadores, de militares, de ministros. Invirtió en importadoras, en industria pesada, en restaurantes.

Era un tipo muy bajito, muy feo, de unos sesenta años. Vivía entre una hacienda en los Llanos y otra en la cordillera, en casas grandes pero no ostentosas. Lo que le gustaba era la guerra. Y mandar. Mandar no solo a los mineros y a sus más de tres mil paramilitares, sino mandar también a los parientes que habían sobrevivido y a las muchas mujeres con las que tenía

hijos. Era campechano, seguía vistiéndose como cuando no era más que un minero ambicioso (como se vestía al ir a misa entonces), pero para cuando había ganado a plomo la guerra de las esmeraldas, tenía a ese presidente y a tres expresidentes en el bolsillo.

Los políticos sabían que cualquier conflicto con Carriazo podía acabar en otro baño de sangre en la cordillera y que su ejército privado no solo era peligroso para los policías y los soldados desplegados en los pueblos más perdidos, sino que garantizaba una votación favorable en al menos una décima parte del país. Carriazo se aliaba siempre con quien estuviera a la cabeza en las campañas presidenciales y locales, ganaba siempre. Bajo su control estaban más de cuarenta municipios grandes, es decir unos dos millones de potenciales votantes.

La expansión desde la cordillera hacia los Llanos y de ahí hacia las selvas del Orinoco y del Amazonas había empezado con la compra de haciendas ganaderas, pero se había acelerado a finales de los años ochenta, cuando los mafiosos montaron sus propios ejércitos antiguerrilla y con la excusa de combatir el comunismo habían robado más de medio millón de hectáreas de los pobres en cinco años. Carriazo sabía que tenía el valor y la inteligencia suficientes como para robar él también tierras sin enojar a los mafiosos, compartiendo estrategias y ejércitos cuando fuera necesario. Fue así como se convirtió en uno de los hombres más ricos del país. Amo absoluto del negocio de las esmeraldas, quinto ganadero, socio esporádico de buenos envíos de cocaína al exterior.

Si se unían sus tierras con las de sus socios mafiosos, se podía hacer un corredor desde Riohacha, en el Caribe, hasta Bogotá, en el centro del país, en lo más alto de la cordillera. La lucha contra la guerrilla se estaba ganando, no había día en que no cayeran cuatro o cinco cómplices de los guerrilleros, uno o dos guerrilleros en combate. El único negocio que le quedaba por controlar o asociar en el sur del país era entonces el del oro. Las dragas de los ríos eran sobre todo empresas artesanales, pequeñísimas, con un solo dueño y ocho o diez empleados. Cada una daba lo suficiente para que el dueño pagara una vacuna a la guerrilla y se convirtiera en el rico de algún caserío miserable. Las dragas de los caños más alejados las manejaba directamente la guerrilla.

Mucho antes de que le llegara la noticia del oro abundante en la curva del río Inírida, Carriazo ya se había dado cuenta de que la única manera de quedarse con todo era a sangre y fuego. Les compraría a buen precio la maquinaria a los mineros locales, los indemnizaría dándoles un porcentaje de las ganancias e instalaría dragas nuevas. Al minero que no quisiera colaborar,

se le asesinaría de una manera lo suficientemente notoria como para hacer entrar en razón a los demás.

Cuando la noticia del oro llegó a sus oídos, Carriazo ya tenía a más de cuatrocientos hombres dispuestos en los pueblos sobre el río Guaviare, esperando las órdenes para conquistar las minas rebeldes. Por eso fue tan fácil mandar a los veinte mejores, río arriba, en busca de buenas noticias.

El sol ya se estaba escondiendo cuando los enviados de Carriazo encontraron por fin almuerzo en el primer caserío sobre el Inírida. El dueño de la tienda no servía comida, pero antes de que se lo ordenaran, cuando vio a esos quince hombres armados bajándose de las lanchas, supo que tendría que gastarse toda la carne oreada del mes y que tendría que pedirle a su mujer que friera plátanos y cocinara arroz y se inventara una sopa con toda la yuca y las lentejas y el plátano maduro que les quedaba.

Los enviados se sentaron en unos plásticos negros que sacaron de las lanchas y que pusieron sobre los escalones del muelle. Todos menos el comandante y un tipo anchísimo, muy alto, muy fuerte, un mulato con acento caribeño que siempre estaba con él y que parecía ser algo así como su guardaespaldas. Pasados cinco minutos el comandante dio la orden de que se callaran todos. Ya iban por la segunda cerveza y dos pensaron que el comandante bromeaba, así que siguieron hablando como si nada. Pero la cosa iba en serio. El comandante los calló con la mirada y se dio la vuelta y sacó una pistola del cinto y se llevó a su guardaespaldas con él.

A unos cien metros detrás de la casa, en una colina de árboles talados, sobre una piedra rojiza, estaba sentado un niño de catorce o quince años. Y frente a él había un radioteléfono como los usados por el ejército colombiano. Seguramente era robado o un soldado se lo había vendido a cambio de comida y alcohol. Era el hijo del hombre que estaba a punto de servirles el almuerzo y de la mujer que freía plátanos maduros en la cocina, pero al comandante nada de eso le importó cuando se acercó al niño, que no notó su presencia hasta que lo tuvo enfrente, ensordecido por los audífonos del radioteléfono. El comandante se los quitó con el cañón del revólver y le dijo que se pusiera de pie. Se sentó en la piedra y se puso los audífonos.

Lo que oyó fue una voz de adulto diciendo que especificara cuántos eran los hombres que iban río arriba. No necesitó saber más. No gritó por el micrófono. Puso delicadamente los audífonos sobre el radioteléfono, se giró, le ordenó al niño que se pusiera de rodillas y, sin ninguna palabra más, le

puso el cañón en la frente y le disparó. Dejó el cuerpo ahí, así, con las piernas dobladas, caído como una marioneta grotesca, con la cabeza ya mojada por la sangre. De regreso en la tienda vio cómo la madre salía por una puertita de la cocina, con los ojos y la boca muy abiertos. Se lo explicó: acabo de matar a ese sapo guerrillero. A usted no la mato porque me está haciendo la comida, pero si no sigue cocinando ya, malparida comunista, también la mato.

Después fue a sentarse con sus hombres en la orilla del río como si nada. Contempló el brillo del sol en la superficie de ese río anchísimo y ni siquiera tuvo que mirar a los ojos al hombre cuando le llevó el plato con una sopa aguada con plátano, yuca, lentejas y arroz. El hombre sabía ya que su único hijo acababa de ser asesinado, pero sabía también que no podía dejar solas a su esposa y a sus hijas, no ahí, no con esos hombres dispuestos a emborracharse y a violarlas por ser auxiliadoras de guerrilleros. Porque eso eran, auxiliares de la guerrilla. A la fuerza. Un mes antes una cuadrilla de quince hombres de las FARC había acampado una semana al lado del lavadero. No les había quedado más remedio que alimentarlos, que lavarles la ropa y que ayudarles a arreglar las lanchas.

Eso había pasado. Pero el radioteléfono no tenía nada que ver. Se lo había regalado al niño un cura que había pasado huyendo de los narcos río abajo. El cura había sido profesor en Puerto Yáñez y les estaba enseñando a los niños indígenas a negarse a que los narcos los reclutaran, cuando, en plena clase, un sicario había entrado y se lo había dicho frente a sus alumnos: le daban dos horas para largarse o era hombre muerto. Y ni se le ocurriera contárselo a los soldados que lo requisarían en la entrada del Guaviare. Para evitar que esos soldados le quitaran el radioteléfono que tan buena compañía le había hecho en los años pasados en la selva, el cura se lo había regalado al niño de la tienda, condenándolo así, sin saberlo, a recibir un tiro en la frente.

Cuando acabaron de comer y se estaban poniendo de pie para largarse, una barca muy larga de madera paró frente a la escalinata y se bajaron un lanchero indígena y dos mujeres muy jóvenes. Las mujeres tenían los mismos ojos azules de la dueña de la tienda y los pómulos salidos y la boca grande del papá. El guardaespaldas miró a su jefe, que estaba en lo más alto del muelle, mirándolas. No debió hacerlo. Inmediatamente supo que hacerlo era llamar a la mala suerte y llamar a las tropas de las FARC.

Incitado por su mirada, el comandante observó a sus hombres y recordó cuando él mismo había sido reclutado por Carriazo en las minas de la cordillera, cuando habían descubierto a una familia que se había robado una esmeralda, y recordó también cómo Carriazo le había dicho que matarlos era

un castigo demasiado leve para un crimen así. Y cómo le señaló con la quijada a la hija de la familia, y cómo él no había necesitado más palabras para encañonarla, sacarla de la casa, desnudarla a la fuerza y violarla contra el lavadero antes de pegarle un tiro de gracia al papá.

Había sido lo peor que Carriazo lo había puesto a hacer, pero también lo mejor. Nunca había disfrutado tanto el sexo. Nunca se había entendido a sí mismo tan bien. Acabada la violación, mientras se alejaba de la casa en llamas, lo había visto claramente. En la cordillera había dos clases de hombres: los débiles (trabajadores de las minas, agricultores, pequeños ganaderos, ladrones, borrachos) y los fuertes (los soldados de Carriazo, los del Gobierno, los de las grandes empresas legales y los guerrilleros). Para llegar a ser el comandante en los ejércitos de alguno de los fuertes debía hacer que la voz se regara por esos caseríos y esas granjas. No solo había encontrado a la familia ladrona. No solo les había ofrecido perdonarles la vida a cambio de la verdad, sino que después le había pegado un tiro en cada pierna al papá, frente a Carriazo, para hacerlo confesar que la esmeralda tenía destinatario, que un comandante guerrillero la había pedido y había ofrecido diez mil dólares.

No solo había tenido el atrevimiento de robar al amo y señor de todas las minas de la cordillera oriental, sino que además el campesino estaba enriqueciendo a los comunistas que evitaban que fuera también el dueño de las extorsiones, del ganado, de las rutas de la coca y de los camiones: los guerrilleros de las FARC. Así es que cuando Carriazo le había dado su bendición sin abrir la boca, cuando le había comunicado que podía hacer lo que le diera la gana con esa familia, él no solamente lo había hecho, sino que lo había hecho de manera que todos los campesinos de la región esmeraldera lo supieran: nadie traicionaba a Carriazo, nadie lo robaba. Y nadie le recibía ni un peso a la guerrilla.

Había disfrutado violando a esa niña campesina delante de su papá y matándolo y encendiendo el fuego que lo quemaría todo. A diferencia de los débiles, él no solamente no tenía miedo de usar la violencia, sino que disfrutaba haciéndolo. Esa violación y ese asesinato lo habían hecho visible, por fin. No solo a los ojos de los campesinos asustados y de los guerrilleros escondidos monte adentro, sino, lo más importante, visible a los ojos de sus comandantes, que por fin habían entendido que tenían no solo a un soldado inteligente y fuerte, sino también a un guerrero que gozaba bebiendo la sangre del enemigo.

Así es que cuando el primero de sus soldados se giró y lo miró a los ojos mientras las dos jovencitas se bajaban de la lancha, entendió lo que debía hacer si quería recordarles a todos quién era el jefe y qué debían hacer ellos para probar su valía como soldados. Imitando al viejo Carriazo, solamente levantó el dedo índice y señaló a las dos niñas. El soldado que lo había mirado se acercó a una, la agarró del pelo y la hizo arrodillarse. Después, excitado ya por la sangre que estaba a punto de ensuciar el barro y el agua del río, se lo explicó a los demás y las llevaron detrás de la casa.

Mientras las violaban entre todos, el comandante y su guardaespaldas hablaron de fútbol, de mujeres, de música, como si en realidad estuvieran solamente tomándose unos tragos frente a un río. Cuando los otros acabaron, se pusieron de pie y caminaron hasta el muelle. Ya en las lanchas, avanzando contra la corriente, uno de ellos puso su canción favorita en un radio de pilas, una carrilera acerca de un joven que llega a hacerle serenata a la novia pero la novia no está en la casa. Él y el más joven de los soldados y el comandante la tararearon mirando al horizonte, como si recordaran a una mujer o una noche de serenata, como si nunca hubieran torturado o matado o violado, y se perdieron en la noche selvática.

Lo dice el comandante, ya casi a medianoche, cuando la mayoría de los hombres duermen y solo se oye el agua acariciando el lomo de la lancha, el motor, las chicharras gigantes en la manigua. Lo dice de la nada, como si alguien se lo hubiera preguntado, aunque nadie lo ha hecho porque casi todos duermen. Solamente lo están oyendo el más joven de sus milicianos, de quince años, y el gigante que hace las veces de guardaespaldas y que nunca suelta su ametralladora recortada. Están sentados en la completa oscuridad de esa noche sin estrellas, pero saben que son los únicos despiertos en la lancha y el joven siente, un segundo antes de que pase, que el comandante quiere enseñarle algo.

Lo ha visto en acción, lo ha visto en tiroteos, dando discursos a la tropa, lo ha visto arriesgar la vida por sus hombres y aguantar una presión que habría hecho quebrar a cualquier otro, todo por defender a su patrón. Lo admira, el joven, y siente como si las orejas se le movieran un poco al oír esa voz que está a punto de ordenar esa tormenta dolorosa de sentimientos que lleva el niño adentro desde que vio con ojos muy abiertos a las mujeres sometidas por los soldados, gritando, llorando. El fin justificaba los medios. El fin, se dijo, era asustar a los guerrilleros y a sus protectores, aunque estos últimos fueran solo niños como él mismo, como el que jugaba con un radioteléfono en la parte trasera de la tienda. El fin justifica los medios. Así se lo habían enseñado desde el primer día de la guerra. El fin era limpiar el mundo de esos guerrilleros que se robaban todo lo que no era suyo, que secuestraban y asesinaban y torturaban.

Los medios eran a veces matar y nada más, a veces también aterrorizar con violaciones, mutilaciones, incendios. Pero en el ataque a la casa, al niño, al papá, a la madre, a las dos hijas, había algo más que una estrategia de guerra, algo más también que las ganas del comandante de satisfacer a sus soldados como quien le entrega a un lobo un trozo de carne sangrante. Estaba metido en esos debates internos, el niño, aprovechando el insomnio, cuando el comandante (como si pudiera oír las voces en su corazón) se lo explicó con

total claridad. Matar es malo siempre, dijo. Matar es malo siempre, pero muchas veces es malo y placentero a la vez.

Nunca lo van a entender los estudiantes, esos güebones que el gobierno manda a los pueblos de la guerra. Ni los viejos de universidades que quieren hacer la paz sin entender cómo es que funciona esto, ni los políticos hijueputas. Matar es malo pero también es sabroso. Cuando a uno lo matan es malo siempre. Que le maten a uno la mamá, la mujer, a un hijo. Malo. Y peor si es civil el pobre güebón y no está peleando esta guerra y llega un enemigo y mata hasta a la perra. Pero matar a un malparido enemigo o a la mamá o al hijo de un hijueputa enemigo es una dicha muy arrecha. Le daña el alma a uno porque le muestra que matar es sabroso. Es el diablo. Matar se goza mucho más de lo que creen los que no han peleado la guerra. Matar es malo y es bueno también, es lo que les estoy diciendo. Malo siempre, bueno para el que gana, bueno para el que ve al muerto que se lo merece.

El guardaespaldas hace un ruido de aprobación y el comandante entiende que puede seguir hablando, que los dos lo están oyendo con toda la atención que necesita.

Yo estoy en esta guerra desde los trece años. He matado a más de treinta. Los enemigos han matado a dos de mis mujeres, a mi hijo mayor, a mi papá. Han matado a mis compañeros, a mis comandantes. Me han disparado cuatro veces, me volaron tres dedos de una mano, me astillaron un codo, me dieron un machetazo en la espalda. La guerra se acabará un día, cuando no queden más hombres como yo, criados a disparos y a cuchilladas. Mientras tanto los que peleamos somos esto, siempre esto. Bestias furiosas. Cazadores que siempre acabamos cazados. Pero nunca lo van a entender los que quieren acabar con la matazón. Cada vez que encuentro a un malparido enemigo y le vuelo la cabeza, lo que siento no es tranquilidad por el deber cumplido. Ni compasión. Lo que siento es dicha. Una dicha muy arrecha. De la sangre, de destrozarlo todo.

Y después hace silencio, el comandante, y sabe que acaba de cambiar la vida del menor de sus reclutas, que le acaba de dar permiso y justificación a cada una de las acciones que llevará a cabo: a las emboscadas, a los pillajes, a las violaciones, a los incendios, a las torturas, a todas las peleas que librará antes de que llegue su hora. Está bien matar, le dijo sin decírselo. Nadie se beneficia, pero eso no quiere decir que esté mal en términos absolutos. Es matando como se gana una guerra. Y solo la dicha de la sed de sangre siendo satisfecha puede darle al soldado suficiente motivación para seguir luchando.

Otra vez, como si pudiera oír lo que habla el joven soldado consigo mismo, le pregunta, de la nada:

¿Me equivoco, mijo? Usted todavía no ha matado al primero, seguro. No quiso metérselo a las mujeres de la tienda, no quiso ni siquiera ver cómo los otros se las comían, no quiso disparar, se mareó. Y a pesar de todo eso entiende ya lo que estoy diciendo. Lo entiende. Y llevará mis palabras como un amuleto a todas las peleas, mijo. ¿O me equivoco? No, no me equivoco.

Cuando ya atardece, al día siguiente, en la lancha que va adelante es el soldado más viejo quien ve Puerto Inírida primero. Les dice a los demás que paren, que descansen y coman algo. Disminuyen la velocidad hasta que la lancha del comandante está justo al lado y se lo proponen. El comandante no lo autoriza, dice que no es necesario llamar la atención de la guerrilla más de lo necesario, no ahora por lo menos. Siguen de largo. El mismo que propuso parar mira las escaleras del muelle mientras suben cerca de la orilla opuesta. Hay una niña jugando sola en las escalinatas. Se queda quieta cuando los ve pasar. El joven cree que la niña lo está mirando a los ojos, muy seria, aunque es imposible.

No se detienen tampoco en los muelles de las comunidades de curripacos ni de puinabes. Los indígenas los ven y poco a poco la información circula. Primero entre los que pescan y cazan juntos, después por consenso se le informa al capitán de todas las comunidades. Los paramilitares están subiendo por el río y van hacia Mabuquén. El capitán ya ha oído el rumor del oro y pide detalles acerca de los hombres, del tipo de armas, del tipo de lanchas. Inmediatamente después llama al comandante de la guerrilla de las FARC en el Vichada. Le dice que por el río están subiendo tres lanchas llenas de paramilitares de Víctor Carriazo.

Siempre que llegan los paracos a los primeros que matan es a nosotros los indios. Y si la selva no tiene indios, no hay guerrillero ni paramilitar que pueda acompañarla, y nadie quiere tener a la selva furiosa. Así pide ayuda el capitán indígena. A su manera o fingiendo que los indígenas no tienen otra forma de pedir ayuda, el comandante guerrillero no está seguro, pero no importa. El control de los ríos depende de los indígenas, así es que va a consultar a sus superiores contándoles cuál es la situación. En menos de una hora tiene la respuesta. Se detiene inmediatamente la circulación por el bajo Guaviare, el Guainía y el Inírida. Se cierran todas las tiendas, se almacena en los campamentos la comida y se acoge a los tenderos y a sus familias. Y después se espera, sin hacer ningún movimiento, hasta que lleguen más órdenes.

Nos quieren matar de hambre o hacernos devolver, los malparidos guerrilleros. Pero están meando fuera del tiesto si creen que nos asustan. Lo único que nos queda es aguardiente y agua, así es que vamos a llegar con hambre al Dorado, muchachos. Uno de los jóvenes levanta la mano y cuando le es dada la palabra se pone de pie y dice que en el morral tiene guardada suficiente cocaína, recibida en pago, como para mantenerlos despiertos a todos durante una semana. La ha llevado como moneda de cambio. *Además de borrachos vamos a llegar trabados, mi comandante.* Las carcajadas los llenan de seguridad.

Pasado medio día de camino, ya están borrachos y montados en el subidón de la cocaína:

En este país hay suficiente oro y suficiente petróleo y suficiente coca para todos. Y comida. Más que suficiente. Y en el Pacífico y en el Caribe y en los Llanos los niños se mueren de hambre. La gente cree que lo que busca la guerrilla es secuestrar a los ricos de cada pueblo y matar a los policías, la gente cree que lo que ellos quieren es cambiar de gobierno. Pero la guerrilla sabe que nunca va a poder tomarse el poder en un país que los detesta. La guerrilla lo que quiere es rebuscársela robando. Y en la guerra no hay espacio para ladrones comunistas. La única esperanza entonces somos nosotros, muchachos. Que cada uno saque todo el oro que pueda, toda la plata de la coca y de la gasolina. Y después que reparta con sus familias y que compre tierra y que ponga a los campesinos a trabajar o a raspar coca. No hay más que hacer. La plata está, solo hay que saber cogerla.

El lancharo y los dos milicianos que lo oyen asienten con la cabeza, pero no se creen ni una palabra. El más viejo de los soldados cree que las FARC sí quieren el poder y que son capaces de tomárselo. El más joven piensa que el comandante está diciendo esas burradas para darles ánimo, para convencerlos de lo importante de esa misión, y piensa también que lo que está consiguiendo es lo contrario, quitarle importancia a una misión que ya no busca cambiar el mundo y sus injusticias sino llenarle los bolsillos de oro a Carriazo.

Los únicos que saben de antemano de la llegada de la guerrilla son los indígenas puinabes que los llamaron. Después no los ve nadie. Bajan de los campamentos al otro lado del Guaviare, en el Vichada, y van tomando posiciones por todo el río. Mandan a cerrar las tiendas, prohíben la pesca y la circulación. Pero nadie los ve. Acampan como siempre a por lo menos quinientos metros de la orilla del río, y se quedan muy quietos, subidos en los

árboles más altos, como animales, controlando cualquier movimiento, sin gritar órdenes, sin hablar, sin fumar.

Siguen igual de quietos y de callados cuando pasan las tres lanchas con los emisarios paramilitares de Carriazo. Dejan que avancen, se lo comunican a sus superiores. La única salida desde Mabuquén es por ese mismo río. Todo lo que deben hacer es dejarlos pasar, mejorar las posiciones en la orilla y esperar. Serán veinte paramilitares contra más de doscientos guerrilleros. El comandante local de las FARC no ha discutido con el comando nacional de la guerrilla si conviene intentar quedarse con el oro encontrado, pero la toma del río no es un asunto de negocios sino de principios. El río Inírida es de las FARC y de nadie más.

Carriazo puede ser dueño de medio país, pero las selvas del Orinoco son territorio guerrillero, y si hay que matar a sus veinte emisarios para que Carriazo lo entienda, eso es lo que se hará.

La toma de las riveras del río es impecable, pero Carriazo ha ganado todas las guerras que ha peleado por ser astuto. Tiene un informante entre los curripacos, un jovencito al que le gustan las putas y la cocaína. Carriazo le da toda la fiesta que pide, una vez al mes, en el puerto, y a cambio ahora acaba de recibir la información que necesita. El curripaco le ha contado a uno de sus subordinados que la guerrilla ha mandado a cinco cuadrillas de cuarenta hombres para emboscar a los que suben, cuando tengan que regresar. El comandante guerrillero sabe que los de las lanchas son hombres de Carriazo y quiere sentar un precedente.

Carriazo entiende inmediatamente que es la oportunidad que ha estado esperando, la excusa perfecta para dar una palmada en la mesa y dejarles muy claro a todas las comunidades del bajo Guaviare que ahora el jefe es él. Sentado en una silla plástica al lado de una piscina, solo, da las órdenes. Manda inmediatamente otras cinco lanchas, más grandes y más rápidas, cada una con quince hombres armados con ametralladoras y lanzagranadas. Llama al comandante del hangar militar de Villavicencio y le dice que necesita dos helicópteros artillados, que la guerrilla prepara una masacre en Puerto Inírida.

El comandante le dice que le dé media hora. Cuando lo llama de vuelta le dice que su superior en Bogotá no aprueba el envío de los helicópteros, que no hay ningún informe de la marina o del ejército que confirme el rumor de la presencia guerrillera. El tono de voz de Carriazo no cambia, pero pronuncia muy bien las consonantes. *Dígale al doble hijueputa de su general que*

cuando le lleguen las bolsas plásticas llenas de soldaditos y marineritos destrozados se va a acordar de mí. Y que cuando la guerrilla se les alebreste en el Vichada o en el sur del Meta y necesite ayuda, no cuente conmigo.

El dolor desaparece y Eva los ve lanzarse un segundo antes de perder la consciencia. Los buitres que un segundo antes daban vueltas a un kilómetro de altura, de repente son una realidad de garras y picos, de cuellos percutiendo como martillos, de trozos de su carne arrancada. Manotea como puede, pateando.

Se despierta.

Los buitres no han bajado.

El dolor ya casi no se siente, a pesar de que la herida en el pecho no está del todo cerrada y de que su cuerpo ya casi se ha apagado. Ve a los buitres y casi cree en la existencia de un dios cuando se lo pide (a ese momento, a esa tarde de cielo rojo, a lo que le queda de fuerza): que por favor, por todo lo que es sagrado, ya esté muerta cuando ataquen.

10

Andrés golpea en la puerta de Eva y abre Abril. Andrés le explica lo que ella ya sabe: que va a cortar la maleza del traspatio. Lo deja pasar, pero lo mira durante la media hora que le toma dejar todo limpio. Después, como si tuviera diez años más de los que tiene, le ofrece una limonada y se sienta con él a la mesa del comedor. Le pregunta si está en la universidad, él le responde que en el colegio; le pregunta si tiene hermanos, él le responde que dos hermanas; le pregunta si tenía novia, él le responde que no; le pregunta por qué va tanto a su casa, él le responde que su mamá le paga por hacer arreglos; le pregunta si está enamorado de su mamá (dice «Eva», sintiéndose mayor), él le responde que no.

Abril entonces le cuenta todo acerca de sí misma, sin pausas, empezando por los pocos recuerdos que le gustan de Bogotá, pasando por los bichos que ha visto en la selva, y acabando con la tarde anterior, en la que han pasado tres lanchas cargadas de hombres armados subiendo por el río. En lugar de alarmarse, Andrés interpreta la última imagen como una estrategia para verse

mayor, para llamar su atención, y finge estar muy sorprendido e interesado. Ella, claro, exagera: habla de grandes ametralladoras, de corbetas imposibles en la selva, de gafas negras.

Antes de salir, sin buscarlo, los ojos de Andrés se encuentran con la hamaca de Eva. La ve desde esa distancia, en su cabeza, pero también le parece verla mucho más de cerca: las fibras, las franjas de colores, y después otra vez desde lejos, en medio de ese galpón que de repente es demasiado grande, demasiado vacío. Una parte de su cabeza imagina a Eva saliendo del baño, sonriente, pero en realidad ya se ha dado la vuelta otra vez y mira a Abril desde el andén, recostada en el marco de la puerta como una adulta, viendo cómo él se pierde en la luz total de la mañana.

Eva está fumando, aunque nunca fume si no hay trago. Eva está fumando en la curiara, con el lanchero, mientras mira las aguas del río y las orillas, como si entre la manigua se escondiera algo que no quisiera ver. Ha dormido muy poco la primera noche de la travesía a pesar del silencio, de la brisa ligera pasando a través del mosquitero, a pesar de la hamaca gigantesca. Se levantó sudando, muy temprano, como si hiciera calor pero no hacía, como si tuviera fiebre aunque no tenía.

Y ahora mira el agua del río, sin apetito, fumándose un cigarrillo tras otro, sin saber por qué. El lanchero no es el mismo que salió de Puerto Inírida. El primero empezó a vomitar a la media hora de haber salido y pasada una hora y media estaba ardiendo de fiebre y lo había vomitado todo y no se podía tener en pie ni siquiera en tierra firme, así es que Eva había conseguido que un curripaco llevara la curiara de vuelta al puerto, en donde pagó de su propio bolsillo a uno de los mecánicos de lanchas para que la subiera por el río. Y ahora está ahí, sin fuerza en la espalda, con el cuello cansado, preguntándose si lo del lanchero sería un virus, si ella también se pondría a vomitar y tendría que cancelar la travesía.

Ya es casi de noche cuando la ve y por un segundo cree estar en una pesadilla: una vaca, arrastrada por la corriente, inflada por la podredumbre, flotando río abajo. En la selva, más arriba, no hay potreros ni vacas ni puertos que muevan ganado, pero ahí está, con las patas duras hacia arriba y los ojos muy abiertos, esa vaca muerta, tan presente como una premonición.

Casi al anochecer llegan a un muelle sin nombre. Lo único que hay es una pista ilegal para sacar cocaína y una montaña de pescado seco más grande que la cabaña en donde vive la familia que la cuida. Mientras el lanchero duerme,

Eva habla con la mujer, quien le dice lo mismo que ya le han dicho tres veces en Puerto Inírida. Que han encontrado mucho oro en una curva del río, llegando a Mabuquén, que es tanto que llegarán pronto los armados para tomarse el sitio a la fuerza. Eva no cree que sea para tanto, que no hay oro que valga una invasión al territorio de las FARC, una guerra a gran escala.

Duerme bien, por fin, y pasa todo el día siguiente oyendo historias del lanchero. De cómo tenía solo cinco años cuando llegaron los primeros cristianos protestantes a su comunidad. De cómo se volvió alcohólico desde el primer trago, de cómo acabó de raspachín en los Llanos. Y todo lo demás. Paramilitares y guerrilleros robando, violando, matando. Masacres, incendios. La última hora antes de la parada nocturna están en silencio y Eva se pregunta cómo un jovencito tan dulce, tan frágil, ha sido capaz de sobrevivir a todo eso y de seguir adelante, trabajando, disfrutando de las migajas que le tira la vida.

Llegados a los raudales de la cuenca media, los indígenas que deben ayudarlos a remontarlos no están. O se han enterado de los rumores y están asustados, o también han sido víctimas de una hambruna y están selva adentro buscando comida. Sin ayuda, intentan subir la curiara solos, jalándola con un lazo. Pasan seis horas jalando y no consiguen nada, acaban exhaustos y forzados a dormir en la vera del río, guindando las hamacas entre los árboles. Se despiertan muy temprano y no hay comida, se la ha robado un jaguar o un mico o un hombre.

El Gordo Ochoa está dormido cuando llama su jefe desde Villavicencio. Son las nueve de la mañana y tiene resaca. Ha estado bebiendo con dos de sus clientes, en el Caney, viendo a los jóvenes bailar y sorprendiéndose por cuánto extraña a Eva. Se pone de pie, intenta poner voz de despierto. Su jefe no saluda.

En sus propias narices. En sus propias putas narices, gordo güebón. En una de sus dragas hay oro, oro de verdad, y usted no hace ni mierda. Ni mierda. Y no me venga con el cuento de que no hay oro porque usted sabe que hay oro. Mucho oro. Y hay tres opciones, malparido: o usted está trabajando para los guerrilleros o usted está trabajando para Carriazo o usted es un pobre güebón que cree que puede andar solo. No me revire, no me hable porque me arrepiento de lo que voy a regalarle, gran marica. Tiene un día. Veinticuatro horas, y eso porque yo le expliqué a los jefes que usted ha sido siempre un buen trabajador y nunca se ha robado un gramo ni un

peso. Tiene un día para largarse del pueblo. Si pasadas veinticuatro horas sigue en Puerto Inírida, es objetivo militar.

Eva se despierta al segundo día de estar atascados junto a los raudales. En la hamaca estirada casi a la altura del piso, dentro de la curiara. El lanchero duerme todavía, con los brazos cruzados, recostado en la superficie inclinada de la proa. Ella se sienta, pone los pies en el suelo y lo ve. Un mico, muy pequeño, con las patas apretando el borde de madera y una mano apoyada en la manija del motor. Está comiendo lo que parece ser una semilla e inclina la cabeza a un lado cuando la ve. Ha aparecido de la nada, saltando desde una rama o nadando (¿nadaban los micos? ¿Saltaban desde las ramas? ¿Qué era lo que estaba comiendo? ¿La presencia de un ser humano poniéndose de pie le producía realmente curiosidad? ¿Era esa inclinación de cabeza el gesto previo a un ataque?).

Eva consigue remar hasta la orilla y espera a que el mico baje por su propia voluntad. No se atreve a amenazarlo con el remo, no se atreve a acercarse. El lanchero abre los ojos justo cuando el mico se está bajando y no dice nada, no sonríe, solo se pone de pie y se dispone a hacer su trabajo. Entonces Eva entiende del todo lo que ya sabe desde el principio: ella no pertenece a la selva. No solamente no pertenece, sino que la desconoce por completo. Cuando dice «la selva» está hablando realmente de una curiara con motor moviéndose por un río.

Tiene miedo de esa oscuridad profunda en la que los indígenas se mueven con total naturalidad, y aunque algún día consiguiera perder el miedo y fuera capaz de entrar, no se enteraría de nada. No sabe cómo se llaman los árboles ni para qué sirven sus hojas y sus cortezas, ni cuáles reptiles son venenosos y cuáles no, ni cuáles mamíferos ni cuáles insectos se pueden comer. Es, aunque haya intentado con tanta determinación no serlo, un ser humano de ciudad. En su cuerpo ya no queda ningún vestigio de ese antepasado que hace cientos de miles de años caminaba por los bosques creyéndose un animal más.

Cuando el raudal ha sido por fin superado y la curiara se acerca a la primera comunidad puinabe del río medio, dos jóvenes salen al muelle armados con escopetas. No abren la boca, solo les hacen señas de que se larguen. Lo mismo pasa en las dos comunidades siguientes.

Llegan a la quinta comunidad casi al atardecer. Está tomada por una cuadrilla de las FARC. Los dejan quedarse. Eva no duerme, temiendo que algún guerrillero la viole. La guerrillera que les sirve pescado seco y yucuta al

desayuno parece tener menos de catorce años. Eva ve la oportunidad cuando se acerca con café negro. En voz muy baja le dice que tiene que ayudarles. Ellos no tienen nada que ver con la guerra, le explica. La lancha está llena de raciones de suero y de comida para los indios, aislados por las inundaciones en la cuenca alta. La guerrillera le responde, también en secreto.

Las comunidades puinabes del bajo río Inírida han pedido ayuda y por eso están ellos ahí. Para ayudar. Porque el oro es del pueblo y para el pueblo. Y cuando acaba de hablar, la guerrillera le da la espalda y se va. Para sorpresa de Eva, cuando acaban de desayunar el comandante de la cuadrilla sale de una casa y les da la orden de irse, pero no les exige que se devuelvan. Los van a dejar pasar siempre y cuando no se acerquen en ningún momento a la orilla. Eva se despide moviendo la mano, desde el agua, pero nadie responde.

Están media hora en silencio. Cuando remontan la quinta curva entienden por qué el comandante los ha dejado seguir. Un raudal mucho más grande que el anterior parte las aguas mansas del río y las agita. Veinte o treinta metros de piedra en declive. El comandante y sus hombres están seguramente arreglando el campamento y esperando a que regresen para reírse de ellos. En lugar de dejarse derrotar, convencida de que entre su curiara y los indígenas a los que va a ayudar hay solamente una hora de camino, Eva le dice al lanchero que en lugar de regresar al campamento pueden meterse hacia el occidente por un caño que en el mapa se llamaba Tonina. El lanchero se niega. El raudal los ha derrotado y él no se va a meter a los pantanos. Se va a dejar impulsar por la corriente, río abajo, y no se va a detener hasta llegar a Puerto Inírida.

Eva insiste. Le muestra el mapa, como si ella conociera mejor que él la selva: navegando por caños y lagunas es posible regresar al Inírida después del raudal. El lanchero se niega otra vez. Eva le dice que sin el complemento alimenticio los niños no aguantarán vivos más de una semana. El lanchero maldice su suerte, maldice a Eva, maldice al maldito gobierno que deja morir de hambre a los niños y que ahora lo obliga a arriesgar su vida, y acelera, buscando la desembocadura del caño.

El caño está crecido y las copas de los árboles rozan la superficie rojiza, densa de barro y hojas muertas. Andan muy despacio, apagando intermitentemente el motor y remando para que las aspas no se enreden en la maleza. Desde las copas de los árboles más grandes unos micos casi amarillos, de grandes colmillos, les tiran frutas podridas. Tienen que pasar muy cerca de una boa que cuelga de una rama muerta. No hay brisa y el bochorno parece capaz de asfixiarlos en esa humedad suspendida. La última

hora se oye un ruido agudísimo. Es como si todas las chicharras se hubieran reunido y estuvieran muy cerca, siguiéndolos, escondidas entre las ramas, queriendo enloquecerlos.

Duermen envueltos en el mosquitero, en el fondo de la curiara. Cuando se despiertan siguen amarrados a la misma rama muerta, pero hay un olor a podredumbre que hace que Eva vomite la poca comida del día anterior. El lanchero parece borracho cuando dice, con la cara empapada de sudor, que ya no hay salida. Que ha perdido el camino y la única opción que les queda es encontrar el regreso a través de los pantanos. El nivel del agua ha crecido tanto que ha matado a los animales de los caños y acabará matándolos también a ellos si no consiguen salir antes del anochecer.

Eva llama al pueblo por el radioteléfono. Consigue hablar con Andrade. Le pregunta por Abril. Le dice que está atrapada en los pantanos de Macuy, que han perdido el rastro de entrada y que el lanchero no sabe en dónde están. Se corta la comunicación. Insiste. Menciona a la guerrilla, habla del oro que hay río arriba. Andrade no puede oírla. Llama de nuevo. Se lo repite: vieron guerrilleros, río arriba sí hay oro. Se corta una tercera vez. Le pide que vaya a donde el comandante de la marina y que le explique qué es lo que está pasando. Al otro lado de la línea hay silencio y no sabe si se ha perdido otra vez la comunicación o si es así como Andrade le está diciendo que nada evitará lo que se viene.

Pasa quince minutos intentando comunicarse de nuevo. La que contesta es la otra enfermera. Eva le pregunta por Andrade, no oye la respuesta. Le pregunta por Abril y la otra le dice que está feliz, como siempre, que se disfrazó en el kínder, que come mango todo el día, que se niega a comer helados porque solo quiere comérselos con su mamá. Eva se echa a llorar como no lo hace desde que era una niña. No sabe por qué llora. Si por su hija sola, o por la distancia y la posibilidad de no salir viva de los pantanos, o por ese mundo de mierda en el que los débiles siempre la pagan.

La comunicación empieza a ser difícil otra vez y solo alcanza a pedirle a la otra enfermera que busque a Ochoa, que le cuente lo que pasa, que le pida dinero para lo que pueda necesitar Abril mientras ella vuelve. Hace una pausa y explica: *me voy a demorar por lo menos dos días más*. Pero antes de que acabe la frase la llamada se cae de nuevo.

Al amanecer del segundo día, sin esperarlo, ya resignados a la suerte de pudrirse en ese pantano, ven el río entre la maleza. El lanchero acelera y ya en

las aguas limpias del Inírida traza una curva amplia con la curiara, como celebrando. Cuando la alinea contra la corriente del río, las ve. Son dos lanchas de dos motores, amarradas a las plataformas flotantes de las dragas. El lancharo hace el ademán de devolverse, pero de entre una copa de un árbol, a sus espaldas, aparece una tercera lancha, que se acerca despacio.

Un hombre muy flaco les ordena apagar el motor. Acercan la curiara a la lancha con un lazo que sujeta el lancharo. Cuando hay contacto un hombre lo tumba de una zancadilla y le tiene los brazos doblados a la fuerza en la espalda. El otro se acerca y sin mediar palabra le pega un tiro en la nuca. Entre los dos lo lanzan de cabeza al agua.

Eva es un rehén que les ha caído del cielo y ya la están subiendo a la lancha cuando logra liberarse del que la sujeta y salta a la curiara jalando el lazo. Queda a la deriva y la corriente la jala río abajo. El paramilitar que la ha dejado escapar le dispara, un solo tiro de fusil. Eva cae en el fondo y se salva de un segundo tiro. Los rápidos del Inírida parecen tragarse la barca pero la lanzan a toda velocidad, fuera de control, aguas abajo.

Sabe que si cierra los ojos corre el riesgo de no poder abrirlos otra vez, pero lo hace. Imagina el atardecer que está afuera de sus párpados, en la realidad, y sonrío y se echa a llorar. El llanto, tembloroso, desesperado, parece capaz de limpiarla, de arrastrar los miedos y de ahogarlos en ese charco tibio que le cubre medio cuerpo, mezcla de agua sucia y sangre. Cuando vuelve en sí han pasado varias horas. Lo sabe por la oscuridad total, sin luna, y por el frío húmedo de la madrugada metiéndosele a través de la piel. Se pregunta si en la noche los buitres seguirán allá arriba, dando vueltas, siguiendo el recorrido de la curiara corriente abajo. Se dice que no. Que los buitres, como las personas, descansan de noche. Que cuando salga el sol, si no se ha muerto antes, los verá de nuevo, girando contra el cielo, como bailando, esperando el momento para lanzarse sobre su carne.

11

El doctor Andrade acaba su turno y, como el fin de semana anterior y el anterior a ese y como todos los de los últimos dos meses, camina hasta su casa, se baña, se alista como para una fiesta, y también a pie, sin sudar, llega al burdel de la Madrina, en donde ya lo espera Ana. Ella ha pasado la mañana lavando ropa, fregando platos, jugando cartas con la Madrina y por fin sentándose en la mecedora a esperar su cita. Andrade tiene miedo. Tanto que no puede verlo porque sabe que solo con verlo perdería la sangre fría que se necesita para que el Puesto de Salud siga funcionando y para que él, el doctor, siga siendo una autoridad capaz de tratar a los enfermos y de aconsejar a los sanos.

El doctor Andrade ya ha oído la voz de Eva en el radioteléfono, perdida en los pantanos del Macuy, y es eso lo que lo ha dejado así, como anestesiado. Acostumbrado a ser el único intermediario entre la vida y la muerte, a decidir en un segundo de qué enfermedad se trata, a optar por entubar o no, por amputar o no, por salvar o por perder toda esperanza, nada

en su experiencia de médico en jefe lo ha preparado para esa voz. Algo en el tono ha hecho que nazca, en una profundidad de sí mismo que desconocía, un pánico de mala hierba reptando entre sus tripas, de enfermedad que empieza. Un miedo amargo, casi palpable, capaz de crecer hasta devorarlo por dentro.

Lo que hace Andrade, sabiendo de antemano que perderá, es negar su existencia. La del miedo. Ignorarlo. Y la mejor forma de ignorarlo es esa: dejando que pase el menor tiempo posible entre el momento en que sale del Puesto de Salud y el momento en el que empieza a beber con Ana. Lo hace también esa penúltima noche de pánico, hasta sentirse lo suficientemente borracho como para refugiarse en los abrazos de esa joven que parece capaz de hacerlo olvidar todo. En su cama, cubiertos los dos por el mosquitero, a Andrade, enroscado como un feto, le gustaría tener además una segunda sábana y una cobija y cortinas perfectas o ventanas selladas para que no entrara nada de luz a ese cuarto.

Eva está a tres días de distancia en lancha, flotando en un pantano, rodeada de selva. En los pocos instantes en que sus sentidos embotados por el trago y el olor y el calor y las palabras tiernas de Ana se lo permiten, Andrade imagina la curiara en la que Eva va con el lanchero, como si pudiera verla desde arriba, desde el cielo, y lo que ve es una geometría en la que lanchas paramilitares y grupos de guerrilleros y animales peligrosos y depósitos de fango y rápidos y remolinos intentan cruzarse con la estela sutil que va dejando esa barquita, una estela que a veces se detiene. Y al hacerlo, al imaginarlos en lugar de actuar, lo único que consigue es perder un tiempo absolutamente precioso, el tiempo de un cuerpo que todavía palpita, allá, tan lejos de todo.

No hay entonces más solución que el aguardiente y la cerveza y el pecho de Ana, su abrazo rodeándolo como si realmente fuera un recién nacido: no hay sino esa madriguera que no puede tenerlo para siempre, que no puede cuidarlo de la luz y del miedo, pero que sí puede darle un poco de tiempo, protegerlo de los excesos de la imaginación, hacerlo creer en la mejor de las mentiras, la de la calma en medio del horror. Y entre aguardiente y aguardiente, entre abrazo y caricia de Ana, está siempre, como un bálsamo, la presencia maternal y fuerte de la Madrina, dándole de comer, compadeciéndose, pero también mirándolo como si confiara en él, como si supiera antes que todos que será capaz de derrotar al miedo.

Ana entonces, en esos días que parecen tan sólidos y que no son más que una forma de la cobardía, es su gran amor: la mujer que ha llegado a salvarlo de una soledad y de una tristeza muy anteriores a la selva (días remotos, de

antes de que conociera la intensidad de la vida y de que supiera que la muerte asoma su jeta sucia con más éxito cuando ataca las debilidades del alma que las del cuerpo). Se dice entonces que ella lo ayuda a renacer, que lo llena de vida otra vez, aunque en su cama esté negándose a ser lo que realmente es, aunque les esté dando la espalda a las acciones heroicas que exige la geometría lejana de Eva perdida en su barquita del pantano.

La tercera noche pasada con Ana, tendidos dentro del mosquitero, ella dormida y él medio borracho, forzándose a pensar en sus enfermos y en el futuro sin ellos, siente un sonido sordo sobre su cabeza y simultáneamente el anejo se tensa y algo rebota. Es un trozo de cielorraso, piensa, pero cuando se sienta y acerca la cara, lo que ve es un sapo, iluminado por la luz tenue que proyectan los bombillos del patio a través de las cortinas. Un sapo muerto, inverosímil, un sapo gordo y negro que no pudo haberse subido a las vigas del cielorraso, un sapo como salido de una pesadilla y luego, más tarde, vuelto a entrar a ella, cuando el doctor consigue por fin dormir unas horas sudorosas antes de salir a la luz del amanecer.

Se despierta lleno de energía a pesar del poco sueño, de la pesadilla, del sapo muerto, se despierta como si tuviera por fin algo de clarividencia, y sabe que debe salir del burdel y bañarse y recorrer el pueblo ejerciendo su autoridad, intentando mover la terquedad de la materia (y de la materia en esos hombres, los más pesados: los políticos, los burócratas, los parásitos del Estado). Y que debe hacerlo ya, en ese momento, sin perder más minutos en los que la barquita de Eva va tan despacio y las lanchas de los dueños de la guerra van tan rápido.

Lo único que ha hecho ese fin de semana de escape y de encierro ha sido llamar a un concejal y al secretario de la gobernación, preguntando si hay alguna posibilidad de comunicarse con el lancharo y con Eva, alguna posibilidad de mandarles una curiara o de pedirle a un anciano de las comunidades vecinas que los busque y los salve. Lo ha hecho sin ganas, con tono de rutina, porque conoce de antemano las respuestas, porque sabe que es imposible y que nadie va a mover un dedo por esa enfermera que es vista como una loca o una suicida.

Ahora en cambio, no sabe muy bien por qué, porque así lo ha querido el mismo destino que ha hecho aparecer un sapo muerto llovido como del cielo sobre su cama, pasa por el Puesto de Salud y deja todo en manos de la enfermera, camina muy rápido por las calles de arena y por las de cemento,

sin sudar, y siente que será capaz de mover cielo y tierra, él solo, hasta salvarla. El recorrido incluirá la casa del alcalde, que seguramente desayuna y se acaba de bañar; la oficina del gobernador encargado; la oficina de la personera municipal; el Puesto de la Infantería de Marina en caso de ser necesario. No solo quiere hacerlo, sino que puede, y entre más desproporcionada parezca su reacción mucho mejor, siendo, como es, el encargado de la salud de los ciudadanos.

Los paramilitares llegan por fin a la curva del oro. Como les habían advertido antes de salir, hay una draga vieja funcionando. En la draga hay tres trabajadores sentados, almorzando pescado seco y yuca hervida, con los pies hundidos en el agua fría. Los miran desconcertados, sin moverse. Cuando atracan, el comandante da la orden de amarrar a los mineros a los travesaños de la draga, de coger de la cabañita abierta todo el pescado seco y toda la yuca que puedan cargar en los hombros, y de armar un campamento a por lo menos quinientos metros de la orilla, en donde nadie que pase por el río los pueda ver. Su guardaespaldas dice que se queda con él, pero el comandante le da la orden de irse con los demás.

Lo que quiere es interrogar a los trabajadores en silencio, solo, concentrado. Gesticula, grita en los oídos, da puñetazos en los pómulos y en las nuca, al más fornido le da una patada en el estómago. Después saca una pistola y le dispara en un pie. No le dicen lo que quiere oír sino lo que saben: que la draga está sacando la misma cantidad de oro de siempre. Que nadie ha ido a reclamarla porque no hay más oro del normal. Cuando entiende que no hay nada de nada, el comandante saca un cuchillo de asalto y les corta el cuello. Mientras camina selva adentro por el camino que sus hombres han abierto a machetazos, los deja ahí sentados, con las cabezas caídas, desangrándose.

Come con sus hombres, beben, fuman. Duerme muy bien en su chinchorro. Cuando sale el sol, da la orden de limpiar la sangre coagulada en la plataforma de la draga, de vendar los cuellos de los cadáveres y de lavar sus camisas y de vestirlos de nuevo. Después él mismo ayuda a sentarlos en las sillas plásticas que hay en la plataforma, con las caras dirigidas a una mesita de palo con vasos plásticos encima, como si estuvieran vivos y hablaran. No les cuenta a sus hombres que no hay oro. Les dice en cambio que la guerrilla está muy cerca y que no hay nada más que hacer que esconder las lanchas en la maleza y esperar en el campamento.

Cuando se oyen las primeras ráfagas de ametralladora nadie sabe de dónde vienen, así es que los paramilitares abren fuego en dirección del río. Los tres más novatos se lanzan a rastras hacia la orilla, recorren ese medio kilómetro como gatos, como si realmente estuvieran entrenados para hacerlo, y tan pronto sus cabezas de gatos se asoman a ver la orilla opuesta, reciben una ronda de ametralladora que no viene del otro lado del río, sino de los árboles que le hacen sombra a la draga. O los guerrilleros estuvieron como vampiros colgados ahí toda la noche o, más impresionante aún, llegaron en las últimas horas y nadie los vio ni los oyó.

No tienen tiempo de hacerse esa pregunta los cuatro paramilitares porque no solo los matan con ráfagas de ametralladora desde lo más alto de los árboles, sino que les siguen disparando a un ritmo de tres proyectiles por segundo, hasta que de sus cuerpos queda muy poco. El comandante no los ve, pero oye la balacera y no oye nunca las ametralladoras recortadas que se han llevado los suyos, solamente los Kaláshnikov de los guerrilleros. Cuando está armando dos grupos para ir por ambos lados del camino hasta la orilla, desde algún lado cae una granada muy cerca de su pierna.

Su guardaespaldas corre, la atrapa para lanzarla de regreso a la manigua, pero calcula mal los tiempos y la explosión le vuela un brazo y le destroza la cara. El comandante le pega un tiro de gracia. Después grita, gesticula, consigue separar a los sobrevivientes en dos columnas que se dirigen al puerto. Tardan quince minutos caminando agachados, lo más silenciosos que pueden. Él va adelante de una de las columnas, la de la parte alta del río, su combatiente más experimentado encabezando la otra. Su grupo llega primero. Con gestos de manos hace que se acuesten sobre el barro y se metan al agua sin moverla, sin hacer ruido, como si fueran cocodrilos.

Se dejan llevar por la corriente y consiguen llegar así hasta una de las lanchas y esconderse detrás. Con la mano izquierda el comandante agarra firmemente el travesaño en el que se apoyan los dos motores, con la derecha levanta la ametralladora y lanza una ráfaga al árbol más alto. Como en una lluvia de frutas muy pesadas, los cuerpos de tres guerrilleros caen muy cerca de la orilla. Les responden los sobrevivientes con muchas ráfagas, claro, pero para entonces el comandante ya ha metido en los pulmones todo el aire que ha podido, se ha hundido y se ha dejado arrastrar con los demás por la corriente hasta las piedras en las que los espera la otra columna.

En las piedras, en voz muy baja, da instrucciones de meterse al agua como lo han hecho él y los suyos, y de seguirlos, río abajo. Será él quien les indique

en qué momento deben acercarse a la orilla. Así lo hace diez minutos después, cuando están un kilómetro más abajo y en una curva del río con un barranco que les permite ver un trozo de selva talada detrás de un poblado abandonado. Les ordena que se quiten la ropa, que la cuelguen, que se unten el cuerpo con grasa de pilule para evitar las picadas de los zancudos, que se alejen cien metros de la orilla y esperen. Él se queda en el borde del barranco, mirando el agua, y desde ahí llama por el radioteléfono a Carriazo.

Su patrón le dice exactamente lo que quiere oír. Cinco lanchas más grandes y más potentes que las suyas están subiendo por el río matando guerrilleros a su paso. Y simultáneamente tropas paramilitares bien organizadas se acercan por el Vichada para tomarse los caseríos y las minas más pequeñas. Las lanchas tardarán un día en llegar para salvarlos, pero es posible que antes de eso lleguen dos helicópteros. Les desea suerte. Le dice «hijo» al comandante. *Hijo, usted sabe que si sale de esta va a tener lo que quiera. Lo que quiera, hijo. Se jugó el pellejo por la organización y eso no se me va a olvidar, hijo.*

Pretende darle fuerzas, pero lo que consigue es preocuparlo. Nunca ha oído al patrón tan nervioso, hablándole como se le habla a un sentenciado a muerte. Cuando acaban se tiende con la cabeza sobre la mochila del radio para ver las nubes altísimas que arrastra el viento. Hace una apuesta consigo mismo: si los buitres llegan antes de que cuente hasta cien, se gana el primer pescado que saquen del río.

Abril llega sola a la oficina del doctor Andrade. No toca en la puerta. Entra, se para frente al escritorio, pone los brazos en jarra y después de un silencio muy largo, con el ceño fruncido y el cuello muy tenso, le dice lo que sabe: que a su mamá la van a matar y que, si él no se va a salvarla, ella misma va a manejar una avioneta hasta donde esté. De nada ha servido lo que le han repetido los adultos: que el Gordo Ochoa se ha ido de paseo, que su mamá está muy feliz trabajando con los indígenas, que los tipos a los que había visto subir en las lanchas eran turistas venidos de la ciudad.

Abril ha juntado las palabras que les ha oído a los niños del colegio con las que les ha oído a los vecinos. Su mamá está metida en una zona en la que la guerrilla y los paramilitares se van a dar plomo, y ella no va a dejar que la maten. Aunque el médico se ha puesto en cuclillas e intenta poner la más tranquila de sus sonrisas y la abraza largamente, ella se queda rígida, con los brazos en jarra, muy seria, hasta estar segura de que él entiende que habla en serio.

Andrade no tiene más remedio que ponerse de pie y explicárselo, como si hablara con una adulta. Que él ya está presionando y que lo hará hasta que alguien ceda. No le dice que hubo comunicación ni que esa comunicación fue interrumpida ni que ya se ha perdido del todo. Y sobre todo no le dice que toda la gente con la que habló para salvar a Eva lo mandó a la mierda porque la situación general es grave: se dice que la guerrilla está acumulando hombres cerca del pueblo, muchos, no saben si la estrategia es amedrentar o prevenir una llegada paramilitar, pero en todo caso los políticos y los burócratas no tienen tiempo de preocuparse por una señorita de ciudad que decidió irse a dar un paseo por la selva.

Vamos a traerla, te lo prometo, le dice a Abril, y siente un vacío frío en el pecho cuando acaba de decirlo.

Vista desde la distancia, la estrategia de los guerrilleros parece demasiado ambiciosa y demasiado pasiva, pero no se equivocan. Conocen bien el río y a los hombres que lo pueblan. Con la ayuda voluntaria u obligada de los indígenas y de los colonos de las tiendas, será fácil controlarlo todo. Y cuando Carriazo haya mandado a todos los hombres y las lanchas que crea necesarios, se cerrará el río con combatientes en ambas orillas, en la parte baja, media y alta. Unos cien hombres serán necesarios, y hay ya doscientos en camino desde el Vichada.

Cuando pasan las últimas lanchas paramilitares, el comandante del Frente Sur de las FARC da la orden de cerrar el río muy cerca de Puerto Inírida con cinco curiaras y cuarenta hombres escondidos en la manigua. Tienen Kaláshnikov, pero también lanzagranadas y dos bazucas. Otros dos retenes parecidos, en zonas más altas del río, garantizan la victoria, según el comandante, y así se lo hace saber por radioteléfono al Comando Central, reunido en alguna parte de la cordillera occidental.

Pasado un día, todos los combatientes de la cuenca del Río Negro se han unido a los nuevos, llegados de los Llanos, y juntos, en perfecto orden, han seguido las instrucciones de controlar el río y esperan a que Carriazo haga su próxima movida. Es entonces cuando el comandante del Frente Sur se equivoca. Conmovido seguramente por la disciplina y la eficacia de sus hombres, decide tomarse también Puerto Inírida, punto clave para el comercio de coca y la entrada de armas desde Venezuela. Si todo sale como está planeado, al final del operativo podrán llegar las tropas victoriosas, celebrando y recordándole a la gente quién manda en los afluentes del

Guaviare y del Orinoco. Y si los noticieros nacionales muestran las calles llenas de guerrilleros y la fiesta que habrá en la cancha de fútbol por cuenta de las FARC, mucho mejor.

Ese es el primer error. La arrogancia de creerse invencible. El segundo es creer que sus superiores debían enterarse de la toma por las noticias de la radio y la televisión, creer que eso los haría felices, como si la toma del pueblo fuera una especie de regalo a sus papás en armas. En tres horas el comandante organiza y ejecuta la toma del puerto. En dos barcasas para cargar madera y costales de comida llegan cien guerrilleros. Otros quince, de civil, ya han hablado con el mayor del Puesto de Policía, con el coronel al mando del pequeñísimo batallón del ejército y con un infante de marina. Les han avisado que llegarán cinco columnas móviles, esa misma tarde, y que por el bien de todos no habrá combates.

Los policías, armados con revólveres de los años cincuenta, aceptan inmediatamente. El coronel del ejército dice que por encima de su cadáver dejará que los comunistas se tomen su puerto, así es que en su propia oficina lo amordazan, lo sacan apuntándoles a los dos soldaditos que cuidan la puerta, lo montan en un camión y lo llevan a un descampado a tres kilómetros del batallón, en donde lo ejecutan y lo tiran a un caño. Las negociaciones con su reemplazo tardan cinco minutos. Los infantes de marina ni siquiera dejan que acaben de echar su diatriba, llena de «el pueblo», «la oligarquía» y «la patria». Les dicen que sí, que hagan lo que quieran. Son doce marinos mal dotados, pobremente armados, mal alimentados, durmiendo en cabañas húmedas con techos de zinc. Están hartos del gobierno, que los ha abandonado en ese pueblo en el culo del mundo. Y hartos de los militares y de los policías, que ni siquiera les dirigen la palabra, y hartos sobre todo de estar tan lejos del mar, que es lo que realmente les gusta y por lo que se han hecho marinos.

La toma entonces es un éxito absoluto. Los guerrilleros se bajan en el puerto perfectamente uniformados y suben por la calle principal, sonriendo y cantando canciones comunistas y mostrando sus armas relucientes. No se dispara ni un tiro. La tropa acampa en el colegio y los comandantes ocupan el edificio de la alcaldía. La gente del pueblo o sus papás o sus abuelos han sido víctimas de ellos en otras regiones del país, así es que los teme o los odia, pero en su delirio el comandante no entiende por qué no los han recibido con aplausos y vítores. Los policías, los soldados y los marinos han sido desarmados y encerrados en sus propios calabozos. Todas las tiendas del

pueblo se llenan de guerrilleros hambrientos y con ganas de tomarse una cerveza después de semanas o meses de no haber probado una.

Al doctor Andrade le sorprende que lo repetido hasta la saciedad por los noticieros de derecha sea cierto: más de la mitad de los combatientes son niños. Adolescentes ya curtidos por la guerrilla, con caras de haberlo visto todo. La organización de la fiesta es igual de eficiente y pacífica. Se roban tres reses, quince marranos, cuarenta petacos de cerveza, quince cajas de gaseosas y veinte bombonas de gas, con las que prenden unas estufas armadas con tubos metálicos, parecidas a las que usan en sus campamentos. A las diez de la noche todo está listo, así es que las guerrilleras más jóvenes pasan por todas las calles del pueblo con sus boinas y sus pañuelos rojos amarrados en el cuello anunciando la fiesta.

Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia los invitan a la verbena popular y solidaria que tendrá lugar esta misma noche en la cancha de fútbol del colegio Antonio Nariño. Todos están cordialmente invitados.

La gente sabe lo que «cordialmente invitados» quiere decir tratándose de las FARC, así es que todos, también los ancianos que deberían estar descansando y los niños que deberían estar durmiendo, llegan esa noche a la cancha. Comen, beben, fingen estar tranquilos y relajados entre todos esos tipos uniformados y armados. La guerra, también en ese puerto tan lejos de todo, ha sido siempre impredecible y despiadada. Todos saben entonces que, con la misma facilidad con la que han asado la carne, los soldados de las FARC pueden empezar una sesión de fusilamientos. Así ha sido siempre esa guerra y así seguirá siendo, y por eso nadie se relaja del todo, nadie se emborracha, todos tienen un plan de cómo huir en caso de que empiece la plomacera.

Andrade asiste a la verbena popular como si fuera un fantasma, uno asustado y débil. La guerrilla ha dado la orden de cerrar el Puesto de Salud para que sean sus propios médicos quienes traten a los enfermos, y no tendría nada de raro que se lo llevaran secuestrado antes de que volviera el ejército. La enfermera, además, le acaba de informar que ya han saqueado todo y que se lo han llevado a su propio hospital de campaña, instalado en el salón del Concejo. A la una de la mañana por fin todos pueden volver a sus casas. La tropa guerrillera duerme en chinchorros, los comandantes en el único hotel.

Andrade, muerto de miedo pero también sabiendo que ya nada lo detendrá en su empeño de cuidarlos a todos y de salvar a Eva, acompaña a la niña Abril y a la enfermera a la casa del prostíbulo para que no se las lleven de noche. Nada ha funcionado en su lucha por salvar a Eva, Abril ha estado llorando sin

parar, así es que ya ha hecho algunas llamadas, las que ha podido, y se está preparando para hablar con el comandante de la guerrilla a las siete de la mañana del día siguiente.

La primera de las bombas retumba en el barrio del colegio cuando ya todos están dormidos. El campamento guerrillero más cercano es arrasado con otras tres. Quince minutos después se oye de nuevo el zumbido de los aviones Kfir lanzando otras dos sobre el colegio. Y pasados otros diez minutos, cuando ya todo el mundo ha salido a la calle, lanzan cinco más: a las ruinas del colegio, al edificio de la alcaldía, a la primera caravana de guerrilleros que huye por la carretera, a las cinco lanchas guerrilleras que cuidan el pueblo desde el agua, a los que intentan usar las bazucas desde la plaza de mercado.

La gente en condiciones de hacerlo corre en cualquier dirección. La estrategia de los militares funciona perfectamente. Matan a casi treinta guerrilleros, hieren a más de cincuenta. Los muertos civiles no pasan de diez. Con una eficacia que sorprende incluso a quienes están al mando, tres corbetas de la marina llegan al puerto y en camuflaje de selva saltan al agua cuarenta hombres, quienes, no habiendo ya muelle, nadan hacia la orilla y salen para caminar por la calle principal ahora desierta, entre el humo y la nube de tierra suspendida. En el aeropuerto aterrizan dos aviones hércules llenos de soldados y pertrechos.

Los guerrilleros que no han sido heridos intentan disparar desde escondites cercanos a la plaza de mercado y al colegio. Son repelidos con ráfagas de calibre más alto y acaban entregándose con las manos arriba, en fila. Los heridos son llevados en tres helicópteros-enfermería al hospital militar de Bogotá. Pasada una hora desde la primera explosión, el municipio ha sido recuperado.

En un potrero los soldados recién llegados cavan tumbas de guerrilleros. Las familias regresan para recuperar sus casas. El dueño del Caney comprueba que su bailadero está intacto a pesar de la bomba del puerto y decide que va a abrir esa misma noche para que la gente supere el miedo bebiendo y bailando, que es la única forma de superar el miedo. El alcalde prepara una ceremonia de agradecimiento para los coroneles al mando de la operación y para el presidente, que está a punto de llegar.

Escondidos entre la maleza baja que hay cerca de la orilla, los enviados de Carriazo esperan. Algunos, los más jóvenes, están asustados. Hay siete heridos, ninguno grave. El comandante sabe que saldrán de esa. Ha estado en atolladeros mucho más difíciles y ha sobrevivido, no siempre entero. Tiene tres proyectiles guardados en el cuerpo como recuerdo de otros combates, tiene una cicatriz que le atraviesa el vientre en diagonal, tiene solo dos dedos en la mano izquierda, tiene malaria y ha pasado por una leishmaniasis. Estar incomunicado durante dos o tres días en la curva de un río, en temporada de lluvias, rodeado de sus hombres, sin comida pero con armas y munición, es parte de su trabajo.

Al segundo día uno de los subordinados consigue arreglar la antena y el receptor del radioteléfono y por fin vuelve a hablar con Carriazo, quien le explica que hay un helicóptero artillado en camino. Se lo han prestado del batallón del ejército en Villavicencio. No hay contacto directo con la tripulación, así es que la única opción que tiene el comandante es intentar ser visto. *En todo caso vamos a sacarlos de allá, yo no los abandono mijo, usted sabe.* El comandante sabe, sí. Ya ha estado contra la pared antes y su jefe ha conseguido salvarlo. Es un buen comandante, es fiel, sabe manejar la tropa, no le tiene miedo a nada: es demasiado valioso para ser sacrificado.

Cuando acaba de hablar, el comandante da la orden de escribir con palos, en la loma, en las letras más grandes posibles, las iniciales AUV (Autodefensas Unidas del Vichada). Media hora después oyen el helicóptero. No lo pueden ver, escondidos bajo las copas de los árboles, no pueden tampoco comunicarse con él por el radioteléfono, pero lo oyen, y cuando creen que está más cerca, disparan una bengala. No tienen suerte. No los ven. El helicóptero ha llegado por el extremo opuesto de la draga y los tripulantes están demasiado preocupados en hacer que aterrice en esa superficie que tiene apenas el área suficiente para sostenerlo. Lo consiguen. Cinco soldados muy jóvenes bajan a la placa metálica.

Preferirían no haber tenido que verlo pero ya es demasiado tarde. Amarrados a tres sillas metálicas, en un extremo de la draga, hay tres cadáveres rotos por los picos de los buitres, sin ojos, hinchados, a punto de reventar por la podredumbre. Uno de los soldados tiene que doblarse sobre las aguas del río y vomitar. Los otros tres caminan hasta la orilla y exploran la maleza. No encuentran nada. Dejan los cadáveres a merced de los buitres y regresan al helicóptero. El que está a cargo llama a Carriazo y le reporta lo que ha visto. Carriazo maldice al otro lado, grita que todo ese tiempo y esa

plata las ha tirado a la basura para nada, le da la orden de regresar inmediatamente para encontrarlo en una de las haciendas del Vichada.

El encargado apaga el radioteléfono y enciende el motor del helicóptero. Cuando las aspas ya empiezan a girar, oyen gritos que vienen del monte. El comandante desenfunda la pistola. Lo que ven es a un hombre flaquísimo, untado de barro de la cabeza a los pies, con los ojos muy abiertos y la cara deformada por los piquetes de los zancudos. Grita agitando las manos.

Lo dejan llegar hasta el helicóptero, sin bajarse. Sin aliento el hombre les explica. Es uno de los mineros. Lleva dos días escondido en el monte, solo, desde que hubo un combate en la draga. Los paramilitares ya se han ido. La guerrilla ya se ha ido. El comandante le dice que se lo van a llevar a Puerto Inírida, que se calme. Le ofrece un bidón con agua. Se lo bebe todo, sin respirar. Cuando acaba, le pregunta cuánto tiempo lleva trabajando en las minas. Más de cinco años, le responde el hombre. *¿Y el oro que encontraron alcanza para cuántas dragas, amigo?* La orden de Carriazo es encontrar a los combatientes perdidos para regresarlos al Vichada, no le ha dicho que haga preguntas, pero el comandante sabe bien que de no ser por el oro nada de eso hubiera pasado, no estaría ahí él mismo.

El hombre lo mira a los ojos y se queda varios segundos en silencio, sabiendo que no debe decir lo que está a punto de decir, pero sabiendo también que no tiene opción, que por las buenas o por las malas ese tipo armado lo va a hacer hablar. Ha visto el interrogatorio de sus tres compañeros, escondido en la manigua. Ha visto cómo el otro comandante paramilitar los ha golpeado y los ha degollado. Así es que dice la verdad, sabiendo que es lo único que puede salvarle la vida.

Aquí no hay oro, comandante.

Hay el mismo de siempre. Nada más.

Suficiente para alimentarme a mí y a los tres trabajadores que ya mataron, para que mi patrón gane un poco.

Y ya, comandante, aquí no hay más oro.

El comandante no tiene que pensarlo más de un segundo. No le pagan por pensar sino por actuar.

Desenfunda la pistola, le pega un tiro en la frente y da la orden de despegar.

Es Andrés quien asume el papel de papá, ahora que el Gordo Ochoa es un fantasma y que Eva tampoco existe. Papá de Abril, claro, pero también (o por

lo menos eso es lo que siente) papá de Ana y de Andrade y de la Madrina, obligados todos por las circunstancias a vivir en el galpón de Eva.

Él es el único local, el único que pertenece a una familia a la que respetan los militares y los paramilitares, el único que conoce cómo funciona el poder y a pesar de sus pocos años el único que realmente sabe qué es lo que hay que hacer cuando el mundo se desmorona como se ha desmoronado.

La noche del bombardeo la Madrina salió al patio a insultar en voz alta a los pilotos, al ejército, al presidente, intentando ahuyentar a los aviones a chancletazos como quien ahuyenta a unos pájaros. La penúltima bomba le había pasado literalmente sobre la cabeza antes de despedazar lo que le había costado siete años de trabajo levantar. En unos segundos se había quedado sin casa, sin camas y sin putas. Había corrido a las ruinas de la cocina, se había sentado sobre los escombros y había estado llorando ahí más de una hora, sola, mirando al infinito, sabiendo que debía empezar una tercera vida y que ya no tenía las fuerzas necesarias.

Después fue arrastrada a la fuerza hasta la ambulancia del Puesto de Salud por orden de Andrade, aunque no tuviera heridas. En el Puesto de Salud el doctor intentó convencerla de que se fuera a dormir al galpón, intentó darle un sedativo, pero no logró ni lo uno ni lo otro. La Madrina se quedó sentada en el andén, del otro lado del Puesto, y casi a las once se dio cuenta de que no quería pasar esa noche con los demás, y que, si no era en el galpón, no tenía en dónde dormir.

Caminó entonces, estando ahí pero también en otra parte, como un alma en pena, hasta el billar más grande, en donde pidió una cerveza y se sentó en las sillas plásticas del andén a ver pasar enfermeros, soldados, heridos de todas clases. Como un milagro apareció entonces, saliendo del billar vecino, Ana. Le compró una cerveza y mientras miró cómo se la tomaba le dijo que las otras estaban muertas y que de ahí en adelante se dedicarían las dos a otra cosa. Se largarían de ese pueblo maldito y empezarían de nuevo, en la ciudad, juntas.

Cuando Ana se bebió la cerveza entera, sin pausas, la Madrina pidió otras dos. No tuvieron que hablar más. En silencio, agradecidas por estar vivas y convencidas de que juntas podían reinventarse, de que sus fuerzas sumadas serían suficientes (y Ana pensando secretamente que podría llevarse con ella al doctor Andrade), se dedicaron a mirar a los primeros borrachos, que ya subían por la calle en dirección a las cantinas que abrían toda la noche y de ahí a la carretera del aeropuerto, en dirección a un prostíbulo que ya no existía.

El único consuelo de Abril en esos días de miedo es Andrés. Jugando a las cartas, acompañándola a ver la televisión, pidiéndole ayuda para cortar la maleza del jardín, llevándola a comer paleta al puerto, contándole historias fantásticas de animales, haciéndola reír al imitarlos. Convenciéndola, sin estar él mismo convencido, de que Eva regresará en cualquier momento tan entera y feliz como se ha ido. Al Gordo no han vuelto a verlo. Nadie en el pueblo lo ha visto. Nadie sabe si está muerto o vivo, nadie sabe si se ha largado en secreto en dirección a la curva del oro escondido.

Andrade se encarga de que los soldados y los policías heridos por la guerrilla se recuperen, y en cambio no puede ayudar a salvar a los heridos guerrilleros porque después del bombardeo el ejército se toma el Puesto de Salud y se los lleva a Bogotá para que sean juzgados por sedición y terrorismo.

En medio de esa desesperación, o precisamente por ella, al ver el prostíbulo destrozado y en llamas, al ver a Ana llorando, siente que está perdidamente enamorado y que ya no le importa nada, que se va a largar con ella de ese pueblo, de esa guerra ajena que ya no los va a dejar en paz. Lo que ha empezado como un escape y se ha convertido en una farsa dulce, ahora está echando raíces reales en la tierra de la selva, y Andrade siente que Ana y él están inevitablemente conectados.

Sus planes de irse con ella son infantiles y torpes, sin ninguna conexión con la realidad, y por eso son los mejores posibles. Imagina una gran finca en la zona cafetera, imagina caballos y perros y niños corriendo por el barandal. Delira y sabe que delira, pero no va a ceder ni un centímetro hasta conseguir que ese capricho se haga realidad. Si lo obligan a escoger entre la medicina y esa vida perfecta, se dice, dejará la medicina. Se imagina con todo detalle una primera escena de esa nueva vida, en la que los dos están tomados de la mano, sentados en la avioneta que los sacará de ese infierno, libres por fin, felices como niños.

Como Abril, Andrade está convencido de que Eva sigue viva. Se pasa dos días llamando a todos los que tienen algo de poder en el pueblo hasta que un coronel muy blanco, con cara de asco perpetuo, le informa que un helicóptero-enfermería saldrá esa misma noche, aterrizará al atardecer en la curva del río y buscará heridos (guerrilleros o paramilitares o mineros) para

llevarlos de vuelta al puerto, a ser tratados en el Puesto de Salud. No lo necesitan, se lo explica. Es más útil ahí, en el pueblo, a cargo de sus labores.

Andrade no tiene más remedio que aceptar, pero faltando media hora para la salida del helicóptero le llega la razón, llevada por uno de los soldados. Contra la lógica, contra todas las probabilidades, va a viajar. Alguien ha intercedido, aunque él no haya pedido ayuda. Al principio cree que puede ser el Gordo Ochoa, pero lo descarta. El Gordo lleva dos días desaparecido, seguramente ahuyentado o asesinado por sus propios patrones. Para efectos prácticos, el Gordo ya no existe. No sabe Andrade, y solo lo sabe ya montado en el helicóptero, que Eva tiene otro ángel de la guarda, uno más joven y mejor conectado.

A las tres de la tarde el helicóptero-enfermería despegue de la cancha de fútbol. Tardan casi una hora en llegar a la curva. Ante su insistencia, el hombre al mando le explica que ha sido el papá de Andrés, el gobernador, quien ha intercedido para que lo dejen ir. Andrade aprovecha esa información para pedir que antes de ir a la curva del oro pasen por los pantanos del Macuy. Lo hacen. No encuentran nada.

Al llegar a la curva, contra las indicaciones que recibe por el radioteléfono, el piloto decide aterrizar en la draga misma. Los cuerpos siguen allí. Los buitres también, sacando lo poco que queda. Y en un barrial, al lado de la draga, otro cuerpo, todavía caliente, el de un minero muy joven. Ningún herido. Andrade les pide a los militares que revisen la manigua, les muestra un caminito abierto a machete. El enfermero en jefe, después de consultarlo por radioteléfono con sus superiores, da la orden de largarse.

El helicóptero se alza verticalmente sobre la draga y cuando está a unos cien metros de altura es Andrade el único que ve la estela roja de una segunda bengala. Ha salido de un promontorio, muy cerca de donde están. Se lo dice al piloto, quien pide permiso al teniente-enfermero para dirigirse a donde la estela todavía es visible. Se acercan siguiendo el curso del río a la mayor altura posible para evitar disparos desde los árboles. Al llegar a una curva especialmente cerrada, frente a unos raudales rápidos, ven las iniciales hechas con troncos sobre un alto: Autodefensas Unidas de Vichada.

Puede ser una trampa de la guerrilla, pero el comandante se arriesga y da la orden de aterrizar. Los primeros en bajarse del helicóptero son dos soldados-enfermeros armados. De la manigua sale el comandante, agitando una camiseta blanca. Se detiene a unos cincuenta metros de los soldados y les dice que es el coordinador de una expedición enviada por Víctor Carriazo para tantear las posibilidades de un yacimiento de oro. Les explica que han

sido atacados por la guerrilla, les dice que está al mando de veinte hombres y que hay siete heridos. Paramilitares de Carriazo, mi teniente, le dice el soldadito a su superior, como si no lo hubieran oído todos.

Vaya con él. Llévese a dos enfermeros. Traigan a los heridos que nos coge la noche y va a haber tormenta.

Pasada media hora, los heridos están acomodados en camillas o vendados y conectados a bolsas con suero o medicinas, y el helicóptero vuela en dirección a Puerto Inírida. El doctor Andrade se acerca al comandante paramilitar, que tiene los codos apoyados en las piernas y mira el suelo. Se lo pregunta directamente. Le dice que es el doctor a cargo del Puesto de Salud de Puerto Inírida. Que una de sus enfermeras estaba repartiendo comida y elementos de primeros auxilios entre las comunidades del alto Inírida cuando empezaron los combates. Le pregunta si no sabe algo de ella o de su lanchero.

Está seguro de que el comandante sabe de quiénes le habla. Hay un instante de sorpresa en su cara, que la experiencia en los asuntos de la guerra convierte inmediatamente en una mueca de burla, de desprecio. Levanta por fin la vista y lo mira de arriba abajo.

No debería descuidar así a sus enfermeras, doctor. La selva tiene muchas fieras que se la pueden cazar. Una mujercita sola en este monte. Si yo fuera usted les prohibiría salir del pueblo.

Y después otra vez esa risa de desprecio y una última mirada de arriba abajo. Y silencio. Andrade sabe que él sabe qué es lo que ha pasado con Eva. Y sabe también que nunca se lo dirá. Porque él mismo la ha matado. O porque ha sido uno de sus hombres. O porque él o ellos la han violado y la han abandonado en el río o en el monte. Se da cuenta de que nunca lo sabrán. Ni él ni Ochoa ni Abril. Nunca verán el cuerpo, nunca sabrán si se descompuso en el fondo del río o si lo despedazaron los animales y la podredumbre en la manigua.

Es la Madrina quien la encuentra. Está caminando con Ana por la carretera paralela al río y amanece. Han ido a buscar la bolsa llena de dinero que la Madrina ha enterrado debajo de un poste de la luz. Es el único dinero que les queda y será suficiente para empezar una nueva vida. Ya están de vuelta, temblando por el miedo pero también por la emoción de saber que todo puede comenzar de cero, que pueden renacer al día siguiente, cuando ven pasar un burro que jala una carreta sobre la que está apoyado un bulto que parece ser un cuerpo envuelto en sábanas blancas.

Es la Madrina quien ve el bulto y quien le grita al niño indígena que se detenga. El niño, asustado, dice que el cuerpo se lo entregaron dos indígenas que lo pescaron del río, y que le dieron cinco atados de plátano a cambio de llevarlo al pueblo y dejarlo frente al Puesto de Salud. *Pero esa señora ya se murió...* La Madrina se acerca al cuerpo y ahí la ve. Es Eva, Eva que parece muerta y que de repente tose, haciendo que se forme una pequeña burbuja de sangre sobre los labios. Respira su propia sangre, está envuelta en una sábana como una momia, pero está viva.

La Madrina le dice a Ana que se vaya corriendo al galpón. Pasados quince minutos, durante los cuales la Madrina abraza el cuerpo y le habla al oído, llegan por fin Andrade, la enfermera y Andrés en la ambulancia. A Abril nadie la llama. Desde la oficina de Andrade oye la sirena de la ambulancia y el griterío por la llegada de un herido y sabe, porque sí, que es su mamá. Cuando la ve le abraza los pies y no quiere soltarla más. Se queda junto a la camilla dos días y dos noches, pidiéndole a la vida que no se le muera. Y no se le muere. El disparo le ha astillado una costilla y le ha salido por la espalda destrozando la paleta, pero no ha tocado órganos vitales ni arterias importantes. Su cuerpo ha perdido mucha sangre y la herida está infectada, pero no es algo que no se pueda curar con suero, antibióticos y gasas.

Andrade pone toda su atención en hacer que se recupere ese cuerpo flaquísimo, muy blanco, cubierto de tatuajes, deshidratado, amoratado, inconsciente, devorado por los insectos. Primero en el Puesto de Salud,

después en el galpón. El Gordo Ochoa no vuelve. Eva sabe que lo peor no es que lo hayan matado. Lo peor es que seguramente lo han desaparecido también, es decir, que lo han despedazado, o lo han enterrado en la selva, o lo han tirado al río, o lo han disuelto en un barril de ácido. En todo caso no solo lo han castigado a él mismo sino también a ella, su única doliente, que nunca sabrá qué fue de su amor, cómo fue asesinado, si fue asesinado.

Pasada una semana de encierro y pesadillas, Eva decide que lo deja todo. Se larga del pueblo con Abril. No tiene nada que hacer ahí, convaleciente y sin nadie a quien querer. A Abril la puede cuidar mejor en la ciudad. No piensa volver a Bogotá, ese territorio frío, sin piedad, que la espera para devorarla de nuevo. Está pensando en Cali, en Barranquilla. Se da como plazo un mes en Bogotá para encontrar trabajo en alguna otra ciudad, en cualquiera, y se jura (como se juran todos los adictos, sin creérselo del todo) que podrá mantenerse alejada de la fiesta, de los viejos amigos, de los bares, de la cocaína. Es un mal plan, pero no se le ocurre uno mejor.

A media noche del undécimo día unos golpecitos en la ventana del galpón despiertan a Eva. Abril duerme y ella se siente feliz de poder pararse por sus propios medios, de poder caminar. Corre la cortina y lo ve. Es el Gordo. Está vivo.

Se pasan la noche despiertos en la cama, abrazados, mirándose a los ojos, sin poder creer que han sobrevivido, sabiendo que el juego no se habrá acabado hasta que se larguen y que todavía no se han largado, pero dichosos por haber llegado hasta allí. Por la mañana Abril se mete entre los dos, como si ella fuera la única que hubiera sabido desde el principio que todo eso era posible. El regreso de su madre, la aparición de Ochoa, la vida imponiéndose. El Gordo no lo dice, pero ya lo habló con la Madrina. Se irán tan pronto como Eva esté lista. Se irán juntos, los cinco, en la misma avioneta, como la familia que ahora son, esa familia disfuncional pero indestructible: Andrade, Ana, el Gordo, Eva, Abril y la Madrina. Llegados a Bogotá, cada uno tomará su propio camino.

El Gordo no les habla de lo que tiene pensado para los tres. Llegados a Bogotá, no le dará oportunidad a Eva de regresar a la fiesta. Se subirán a un bus once horas hasta llegar a su pueblo. Escondido en un valle templado de la Cordillera Oriental, es el único que él conoce al que no ha llegado la guerra.

Rodeado de pequeños cultivos de café y de plátano, habitado por campesinos prósperos, la guerrilla nunca encontró devotos y para los comandantes paramilitares nunca hubo en la región coca ni petróleo ni ganado ni grandes cultivos que justificaran la creación de un ejército de expropiación.

Los jefes del Gordo, además, no tienen idea de su origen, no saben que ha nacido en ese pueblo, ni que su única familia viva son dos tías que podrán ayudarlos tan pronto como lleguen. Con sus pocos ahorros abrirá una tienda, montará un cafetal, comprará un jeep para mover comida. Cualquier cosa menos quedarse en ese puerto. Cualquier cosa menos seguir en la guerra. Ahora tiene una hija y una mujer a las cuales proteger y prefiere renunciar a la adrenalina y al sueño siempre inalcanzable de hacerse millonario que verlas morir en manos de sus enemigos.

La segunda noche le explica a Eva que es peligroso que se queden en la misma casa, que dormirá otra semana en un caserío curripaco: que llegado el día de la huida le hará saber en qué avioneta se irán, que se encontrarán directamente en la avioneta. Esa noche Eva lo despide como si se dirigiera a ser fusilado y no a esconderse. Lo besa en el cuello, en la cara, en la frente. Lloro. Le susurra que no las deje. Siente que se porta como la loca que no es, pero no puede evitarlo. El Gordo llora también, por primera vez en su vida, y le dice que las protegerá desde la distancia, y que llegado el día indicado se irán los tres juntos, para no volver.

Al principio todos creen que Andrade se ha ido a descansar al hotel en el que lleva ya dos semanas con Ana, desde la aparición de Eva, a pesar de que son las dos de la tarde de un jueves. No lo buscan. Ni ese día ni esa noche, que Ana pasa en vela, convencida de que al acercarse la huida él ha recordado que es un médico y ella una puta y la ha dejado. Por la tarde del segundo día Ana va a su casa para ver si se ha refugiado ahí, y cuando no le abren entra por una de las ventanas abiertas. El doctor no está en la cama y en vez de su cuerpo hay una boa inmensa, húmeda, enredada en los barrotes metálicos de la cabecera, moviéndose muy lentamente.

Cuando regresa al Puesto de Salud para hablar con la enfermera, ya ha llegado la noticia. Boca abajo en un potrero, muy cerca del río, lo han encontrado los indios. Con las manos amarradas en la espalda y dos tiros en la nuca. Alrededor del cuello los asesinos han dejado un aviso de cartón.

SAPO BURGUES AL SERVISIO DEL GOBIERNO

Los indios cargan el cadáver envuelto en una sábana, como en una procesión a la que nadie le presta ninguna atención. Lo llevan directamente al Puesto de Salud, aunque es evidente que el doctor está muerto. Lo recibe la enfermera pero es el bachiller Andrés el único con el valor necesario para contárselo a Ana. Ana no llora, no grita. Acepta callada que esa guerra es mucho más grande que ella, que todos, y que se llevará a quien quiera llevarse. Y pide que se la lleve a ella también, que no tiene para qué vivir. Esa noche duerme en el hotel, en brazos de la Madrina, llorando.

La Madrina, que todo lo sabe, no lo ve venir cuando sucede. Es el día antes del aeropuerto y la avioneta, de la huida definitiva. Andrés se ha ofrecido a llevar a las bodegas del aeropuerto lo que se deba ir y a repartir en casas de amigos lo que se deba quedar. Acaba de vaciar el camión y ya no queda nada entre ese momento y aquel en el que se irán todos. Ninguno se ha dado cuenta de que el joven (a pesar de ser el heredero más envidiado del departamento, el que se habrá de quedar con todos los votos y todos los contratos y todos los políticos), a pesar de ser quien es, o precisamente por serlo, como todos los demás, también quiere irse.

Su papá es el gobernador, el dueño de todo, y su madre la más feliz y la más rica de las amas de casa. Él mismo tiene un futuro brillante en cualquiera de las universidades privadas de Bogotá y después un capital asegurado para ser el dueño del departamento, pero lo que quiere, lo único que quiere en esa semana en que se va toda su familia (su verdadera familia: la de la exdrogadicta, la del exdueño de minas, la de la exprostituta y la exmadame), lo único que quiere es irse él también. Mandar a la mierda todo para irse como ellos, como si no tuviera hacia donde correr más que hacia adelante, como si nada lo amarrara en ese puerto que detesta y del que inevitablemente será el dueño.

No lo ven entonces venir, ni la Madrina ni Eva porque él mismo, Andrés, tampoco lo ve venir. Mira el camión vacío, mira a Eva sentada en un andén y, como si estuviera borracho, zigzaguea hasta el andén de enfrente, se sienta, la mira y se echa a llorar. Sin pausa, con grandes lagrimones, hasta que la Madrina se le acerca, le da una limonada y le propone que todos se fumen uno de sus cigarrillos de mariguana a manera de despedida.

Y eso es todo.

Solo queda un día de aguante de Gordo y una noche de pesadillas de Eva y una noche de llanto de Ana. A la madrugada del segundo día es el Gordo quien entra primero en la avioneta. Se sienta en la última fila media hora antes que los demás. Una fila más adelante se acomodan, juntas, la Madrina y Ana. Eva es la última que entra, llevando de la mano a Abril. Podría darse la vuelta en la escalerilla y mirar la silueta oscura de los grandes árboles contra el cielo de la madrugada. Podría cerrar los ojos y sentir mejor la brisa ya húmeda y oír los miles de insectos de la selva. Podría abrirlos otra vez y entrar llorando, sabiendo que nunca volverá. Podría lanzarse a los brazos del Gordo para que sea él quien la consuele.

Pero nada de eso pasa.

Eva no mira atrás. Nunca lo ha hecho y esa no será la primera vez. Solo sube y se sienta en la primera fila sin esperar a que un joven cierre la puerta por fuera y jale la escalerilla. No mira por la ventana. Busca el cinturón de seguridad, que se ha quedado atascado entre su silla y la siguiente. Le tiemblan las manos, siente el corazón latiendo en el cuello, como si estuviera otra vez cayendo herida en el fondo de la curiara. Jala el cinturón cada vez con más fuerza, tratando de sacar la hebilla. Sabiendo que no hay ningún motivo, como si fuera una hija y no una madre, le da tres puñetazos al cierre y siente los ojos humedecidos mientras se le desgarran los nudillos.

Desde 1964 hasta 2016 la guerrilla comunista Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) libró una guerra brutal contra las fuerzas del Estado colombiano. A partir de los años ochenta facciones principales del ejército nacional se aliaron con ejércitos paramilitares de extrema derecha, financiados por grandes grupos económicos, tanto legales como ilegales. La guerrilla a su vez usó para su abastecimiento el secuestro, el narcotráfico y el robo de gasolina, entre otros. La minería, legal e ilegal, fue un combustible efectivo para ambos bandos. El resultado de esos cincuenta y dos años de combates fueron 7 134 000 desplazados, 983 000 muertos y 166 000 desaparecidos. El 26 de septiembre de 2016 se firmó un acuerdo de paz. Los grupos que invirtieron su dinero en la guerra y el sistema político que lo promovió siguen intactos.



ANTONIO UNGAR (Bogotá, 1974). Escribe cuentos, crónicas y novelas. Sus relatos han sido publicados en más de veinticinco antologías en diez lenguas y están reunidos en el volumen *Trece circos y otros cuentos comunes*. Sus crónicas aparecen regularmente en revistas en Alemania, Holanda y Estados Unidos, y en Colombia fueron premiadas en 2005 con el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar. Es autor de los libros *Zanahorias voladoras* (2003), *Las orejas del lobo* (2005) y, publicados en Anagrama, *Tres ataúdes blancos* (Premio Herralde de Novela en 2010 y finalista del Premio Rómulo Gallegos en 2011), y *Mírame*.

ANTONIO UNGAR

Eva y las fieras



Lectulandia